

A woman with long, wavy blonde hair is shown from the chest up, looking back over her right shoulder towards the camera. She is wearing a dark, long-sleeved top. The background is a bright, hazy sky over the ocean. In the lower portion of the image, a large white cruise ship is visible, sailing on the water. The ship has multiple decks and is labeled 'PRINCESS CRUISES' on its side. The overall lighting is warm and golden, suggesting a sunset or sunrise.

SARAH SUMMERS
NO ME OLVIDES

SARAH SUMMERS

NO ME OLVIDES

Título: No me olvides.
© 2019, Sarah Summers.
De la cubierta y maquetación: 2019, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para mis fieles lectores, por estar siempre ahí.

Capítulo 1

Nunca me han apasionado las sorpresas. No me gusta que me cojan desprevenida y tener que improvisar. Sin embargo, esa noche no me quedaba otra que enfrentarme a la sorpresa que nos tenían preparada papá y mamá.

Mi hermana melliza Angélica estaba entusiasmada mientras que mi hermano mayor, Anton, tan solo quería irse a dormir cuanto antes. Había llegado de la calle de estar con sus amigos y deseaba apartarse del mundo y quedarse solo. Pero iba a tener que esperar un poco. Nuestros padres nos tenían algo preparado y estábamos los tres reunidos en el salón esperando a que mamá y papá bajaran del cuarto a darnos la “gran sorpresa” que nos tenían guardada. Me pregunté si debía subir al cuarto de mis padres a meterles prisa pero no fue necesario, ya que a los cinco minutos ambos bajaron, sonrientes y emocionados. Nuestros rostros, en cambio, no eran del todo satisfactorios. Estábamos cansados y solo queríamos que la sorpresita terminara cuanto antes. Tras varios largos segundos, por fin papá se decidió a hablar al ver que ninguno de los tres decíamos nada ni mostramos interés alguno.

—Bueno hijos míos, ¿quién de los tres quiere abrir la sorpresita?

Angy y yo miramos al mismo tiempo a Anton. Mi hermana y yo solemos comportarnos de la misma manera y dicen que hasta coincidimos en los mismos gestos y a veces hasta los hacemos al mismo tiempo. Para mí es un problema que nos parezcamos tanto porque aparte de los rasgos físicos, solemos pensar siempre muy parecido y hasta nos han llegado a gustar los mismos chicos: un gran problema. Yo pienso que no tiene nada que ver que hagamos cosas similares por ser mellizas, tan solo son coincidencias como muchas otras.

Anton no tuvo escapatoria y agarró el sobre que le ofrecía papá en aquel momento. Lo abrió con rapidez para marcharse a su cama a dormir cuanto

antes. En el instante en el que Anton abría el sobre, sentí algo de intriga por primera vez. La sorpresa no venía a cuento de nada en especial. Y con esto me refiero a que no era nuestro cumpleaños ni habíamos ganado ningún concurso en el instituto ni nada por el estilo, tan solo era el primer día de las vacaciones de verano. Anton se había cogido las vacaciones en el trabajo y Angy y yo habíamos terminado Bachillerato con notas no muy altas. Angy rió nerviosa y yo la acompañé. Ambas mirábamos el sobre, hipnotizadas.

—¡Vamos Anton, date brillo! —soltó Angy cada vez más nerviosa.

—Eh, ahora sin prisas.

Papá y mamá se miraban entre ellos. ¿Qué era lo que tramaban?

Y al fin llegó el esperado momento en el que se supone que saltas de alegría porque era lo que esperabas, pero los tres nos quedamos congelados en el sitio. Anton sostenía en la mano lo que parecían ser tres billetes de viaje.

—¿Qué quiere decir esto?

—Papá y yo os regalamos un viaje a Nueva York en un transatlántico. El viaje en barco dura como una semana y una vez en Nueva York, os quedaréis en el hotel que os hemos reservado hasta finales de mes. Justo cuando terminan las vacaciones de Anton. Luego volveréis en otro barco, os podréis descargar los billetes por internet desde el hotel. ¿Qué os parece? —concluyó mamá ilusionada.

Se me aceleró la respiración y el corazón me latió contra el pecho con intensidad y de forma irregular. Estaba confusa. ¿Había escuchado bien? ¿Nueva York? ¿Íbamos a pasar un mes entero en Nueva York? Agarré uno de los billetes para mirarlo de cerca, quería comprobar que mi madre decía la verdad. ¡Era difícil de creer!

Lo volví a leer.

¡Era verdad! ¡Cada billete tenía nuestros nombres!

Angy me miró incrédula, tampoco parecía creérselo.

—¡Anne, que vamos a la ciudad de tus sueños!

—De *nuestros* sueños —rectifiqué ensimismada.

Así es. Nueva York es la ciudad de nuestros sueños. Desde crías nos fascinaba la idea de poder viajar allí alguna vez. Éramos las típicas niñas que cuando veían Nueva York por televisión, íbamos corriendo a papá y mamá a decirles que nos llevaran algún día allí. Cuando seáis mayores iréis, nos repetían miles de veces. Por lo que parecía ya éramos lo bastante mayores para poder ir.

Entonces miré a Anton, su rostro parecía no haber cambiado en absoluto, a mí la idea de viajar en barco me encantaba pero a él quizás no.

—¿Os gusta la idea? —insistió papá desviando la mirada hacia Anton al ver que faltaba su reacción.

—A mí me parece que solo queréis deshaceros de nosotros este verano —respondió Anton en un tono de enfado.

Se va a armar una gorda. Anton no solía buscar bronca, al contrario, era un chico bastante tranquilo. Quizás había tenido un mal día con los colegas y ahora lo pagaba con todos nosotros. No era la primera vez.

Papá se defendió al instante:

—Pero Anton, ¿cómo puedes pensar eso?

—Mira papá, tengo veinte años, creo que soy lo suficientemente mayor como para poder pagarme yo el billete y para irme a donde me dé la gana y cuando *yo* quiera.

Mamá estuvo a punto de intervenir pero Anton me dio su billete y subió a su cuarto sin soltar una palabra más. Nos quedamos todos en silencio hasta que mamá decidió irse a la cocina a preparar la cena. A Anton le pasaba algo, él no solía comportarse de esa manera. Mientras papá y Angélica se quedaron hablando en el comedor, yo quise subir a hablar con Anton. Llamé a su puerta varias veces pero al no recibir ni una mera contestación desistí. Sería mejor dejarle solo.

Esa noche, tras la cena, mantuvimos la típica charla familiar. Papá y mamá se sentaron en el sofá más grande y Angy y yo en los sillones.

—Bueno, Anton parece que no se ha tomado bien lo del viaje —empezó papá—, pero queremos que os quede claro que no hacemos esto por nosotros dos, sino por vosotros. Será la primera vez que salgáis fuera del país, conoceréis gente nueva y otras culturas. Sabíamos cuánto queríais ir a Nueva York y pensamos que este viaje sería algo inolvidable.

—Claro que lo será. ¿Y cuándo sale el barco? —preguntó Angy, ilusionada.

—Ahí lo pone, en el billete. Dentro de dos días.

—Hijas, sabemos que a Anton también le hace ilusión acompañaros, lo que pasa que os ha pillado muy de sorpresa. Seguro que se le pasa —añadió mamá intentando convencerse a sí misma de que habían hecho bien planeando este viaje para sus tres hijos—. Os voy a echar de menos.

—Mamá, no tienes que preocuparte por nosotros, os llamaremos todos los

días.

Se le escapó una lagrimita. Mamá es de las típicas que lloran con los culebrones y enseguida se pone muy sensible. Tras esta pequeña charla, dimos las buenas noches y nos subimos al cuarto. Angy y yo compartíamos una habitación llena de posters, fotografías nuestras, de nuestros ex novios y amigos/as. Vivíamos en una urbanización cerca del centro de Southampton (Inglaterra), no había mucho ruido de coches y era un barrio la mar de tranquilo. Por eso deseaba ir a Nueva York, quería encontrarme con el ruido de la gente cruzando las calles, la aglomeración, los coches, todo aquello que nunca habíamos tenido alrededor. Aquí conocíamos a todos los vecinos y nuestro grupo de amigos eran los mismos vecinos del barrio. Apenas salíamos del barrio los fines de semana, pero este verano todo iba a cambiar: con dieciocho años, iba a poder experimentar lo que de verdad era vivir en una gran ciudad como Nueva York. O al menos esa era la imagen que empezaba a formarse en mi cabeza.

El día siguiente a la sorpresa fue totalmente un caos. Angy y yo nos pasamos mañana y tarde haciendo la maleta con todo lo necesario (y lo que no era necesario también). Íbamos a pasar un mes entero fuera de casa y teníamos que estar preparadas para posibles imprevistos. Anton no había aparecido por casa en toda la tarde así que supuse que no había hecho la maleta aún. Al parecer tendría alguna movida con sus amigos porque por la mañana había estado medio discutiendo por el móvil. Esa noche nos fuimos a dormir pronto, ya que mañana sería el gran día. Fueron pasando las horas y casi sin darnos cuenta ya estábamos a las ocho y media de la mañana en el puerto despidiéndonos de papá y mamá. Una vez vi el enorme transatlántico se me erizó el vello de los brazos. Estaba a punto de embarcar en un barco casi tan grande como el Titanic, el cual salió desde ese mismo puerto. *Titanic* es una de mis películas favoritas así que la emoción era aún mayor. Le di un último abrazo a mamá que lloraba como una magdalena y eso hacía que Angy también llorase y a mí quizás se me escaparan también unas pocas lágrimas. Anton y papá, en cambio, se mantenían serenos, quizás para hacerse los fuertes.

—¿Lleváis los billetes? —preguntó mamá por milésima vez desde que salimos de casa.

—Sí, mamá. No te preocupes.

—Esperemos que todo salga bien. Llamadnos cuando podáis.

—Mamá, por favor —le tranquilizó Angy—, te llamaremos cuando sea

necesario. Tampoco nos vamos al fin del mundo. Y un mes pasa súper rápido.

Miré un momento a mi alrededor mientras mi hermana intentaba tranquilizar a mamá. Todo el mundo estaba abrazándose, llorando o saltando de alegría. Aquel puerto rebosaba de sentimientos y aquello me ponía de buen humor. De pronto, alguien me dio un empujoncito por detrás haciendo que perdiera el equilibrio un instante.

—Perdona, ¿nos dejas pasar?

Me giré y me encontré con la mirada de un chico guapísimo; llevaba ropa bastante ancha y en la cabeza llevaba una gorra hacia atrás. No se le veía el pelo por lo que debía tenerlo corto. Me di cuenta de que iba agarrado de la mano de una chica morena de pelo corto muy guapa y de ojos verdes. Ambos pasaron por delante de mí cuando me aparté dejándoles pasar.

—Gracias —dijo otro chico que iba tras ellos.

No pude contestar porque al igual que el primer chico, éste tenía algo que también me dejó hipnotizada. Tenía el pelo negro y liso, el flequillo adornaba su frente ligeramente y me fijé en que llevaba un *piercing* en una ceja. Éste llevaba ropa más ajustada, unos vaqueros negros y una camiseta blanca de cuello en uve.

Sexy.

Me quedé embobada mientras ambos desaparecían entre la multitud. ¿Serían pasajeros del barco? Por un instante, deseé que lo fueran.

—Guapos ¿eh? —mi hermana me miraba para luego desviarla hacia los chicos. También los había visto.

—¿Qué dices, Angélica? —me hice la tonta.

—A mí me ha gustado el de la gorra aunque el otro no estaba tampoco nada mal —comentaba mientras nos íbamos ya hacia la puerta de embarque.

—¿Ya estáis hablando de chicos? —preguntó Anton al escucharnos—. Pues pronto empezamos.

—Es Angy, está obsesionada —le saqué la lengua.

A los pocos minutos ya estábamos en la puerta y Anton mostraba nuestros billetes a un hombre que vestía totalmente de marinero. Su traje me recordó enseguida a *Titanic*. Por lo menos la había visto cincuenta veces si no más. Siempre había soñado con montar en un barco enorme como ese y tener una historia de amor parecida a la de los protagonistas.

Quién sabe, a lo mejor aquí dentro conozco a mi Jack Dawson.

—Venga chicas, busquemos nuestros camarotes.

Angy y yo seguíamos a Anton aunque hubo un momento en el que le perdimos de vista debido a la aglomeración de gente, sumando también que nos despistábamos con nada.

—¿Y Anton? —miré a mi alrededor poniéndome de puntillas.

—No lo sé. ¡Eh, mira, Anne!

Miré en la dirección en la que señalaba mi hermana. Eran ellos. Los chicos de antes. El chico de la gorra seguía medio abrazado a la chica morena, supuse que sería su novia. El chico de pelo negro teñido también iba con ellos. Parecían igual de perdidos que nosotras.

Entonces la voz de Anton nos hizo volver a la realidad.

—Pero ¿qué estáis haciendo? ¡Vamos! —Anton llegaba hasta nosotras, apurado.

Asentimos y tras recorrer largos pasillos de camarotes al fin llegamos a los nuestros. Por lo visto había tres cubiertas y nosotros estábamos en la más alta. La cubierta A. Teníamos dos camarotes, uno era para Anton y el otro para nosotras. Tras acomodarnos en nuestros camarotes fuimos los tres a dar una vuelta por el buque. Había pasado casi media hora desde que embarcamos cuando al fin el barco comenzaba a moverse. Anduvimos largo rato explorando cada rincón hasta que llegamos al comedor que era enorme. Nos paramos en la puerta de la entrada a mirar el horario:

- Desayuno: 8.00 — 10.00 am
- Comida: 12.00 — 15.00 pm
- Cena: 18.00 — 22.00 pm

El horario no nos gustó demasiado, ya que había que madrugar para desayunar y eso lo llevábamos fatal. Pero todo era adaptarse. De todas formas, por lo que tenía entendido, íbamos a pasar ocho noches en el barco por lo que habría tiempo de sobra para acomodarse.

—¡Eh, mira! ¡La proa! ¡Vamos, Anton! —le agarré de la mano pero él la retiró de forma brusca.

—Prefiero dar una vuelta yo solo —miró el reloj—. Son las diez y media. Nos vemos en el comedor a las doce para comer ¿ok?

Me encogí de hombros y miré a Angy que estaba igual de extrañada que yo con el comportamiento de nuestro hermano. Nos dirigimos hacia la proa y nos

acercamos a la barandilla. El barco rompía todas las olas a las que se enfrentaba, era totalmente alucinante. Pasamos largo rato allí montándonos nuestras películas como siempre. Hablamos de *Titanic* y, finalmente, terminamos sacando el tema de los chicos que nos habían dejado anonadadas desde que subimos a aquel precioso buque.

—¿Y por qué no vamos a buscarles? —preguntó Angy, entusiasmada ante su propuesta.

—Estás loca, es imposible encontrarles entre tanta gente. —resoplé descartando esa idea tan tonta.

La verdad, era una estupidez. ¿Qué haríamos cuando los encontráramos? El chico de la gorra se pensaría que estábamos siguiéndoles y lo más seguro que a la chica que iba con ellos no le hiciera gracia alguna que nos acercáramos a su novio.

—Pues creo que vamos a tener suerte, mira allí —comentó de pronto mirando hacia algún lugar.

Capítulo 2

Arrugué la frente sin entender nada. Entonces señaló con la cabeza a tres personas que venían hacia proa. El corazón me latía con fuerza sin saber la razón. No podía apartar la mirada de aquel chico de andares chulescos que me llamaba tanto la atención. Angy y yo simulamos no haberles visto y comenzamos a hablar de tonterías varias. Sin embargo, no les quitamos ojo. Los dos chicos iban con la chica a todas partes por lo que pude comprobar. Se colocaron cerca de nosotras asomándose también desde la barandilla para ver el océano. La chica parecía tímida, no hacía nada más que seguirles a todas partes pero aún no le había escuchado hablar. Parecía maja. Angy y yo, sin darnos cuenta, nos quedamos en silencio y sin querer escuchamos la conversación que estaban teniendo en ese momento.

El moreno tenía una voz muy dulce y hablaba bastante rápido.

—Max, por favor, esta noche nada de chistes malos que bastantes has contado ya en el viaje en bus.

Max... Así se llamaba aquel chico que me tenía presa.

Seguí escuchando con atención.

—Anda hermanito, sabes de sobra que sin mis chistes no hay diversión.
—una media sonrisa apareció en su rostro y me derretí por dentro.

¿Hermanito? ¿Eran hermanos? La verdad es que se daban un aire, sí.

—Son hermanos —susurré a Angy al oído. Ella asintió y seguimos escuchando

Rieron un momento y luego Max, el chico de la gorra, se sentó en la barandilla. Era un tanto peligroso, ya que podría tener un descuido y caer al mar, menos mal que la chica le previno porque a punto estuve de saltar yo a decirle que se bajara.

Hizo caso a la joven de ojos verdes y se bajó.

—Bueno Sebas, ¿te vienes a echar una partida al billar?

El chico moreno se llamaba Sebastian por lo visto.

Max y Sebas. Bonitos nombres.

—Qué va, id vosotros. Ya voy yo luego.

—Como quieras —se encogió de hombros—. Vamos, Julia. —agarró de la mano a su chica y vi cómo Sebas les echaba una mirada un tanto furtiva.

Tenía una mirada brillante y profunda. Sonrió ligeramente mostrando una bonita hilera de dientes blancos. Me quedé ensimismada. Al cabo de unos segundos me di cuenta de que seguía sonriendo y saludaba con la mano. Entonces me dio un vuelco al corazón. ¡Me había quedado paralizada mirándolo y me estaba sonriendo a mí!

Angy me dio un codazo y volví en sí.

—¿No saludas? —sonrió ella mirando al chico que nos observaba a pocos metros de nosotras.

El rubor de mis mejillas comenzó a salir a la luz. El chico se acercó entonces a nosotras. Angy, al ver que yo no me movía ni tenía intención de hablar, fue la que se puso delante de mí.

—Hola, chicas.

—Hola —respondió Angy sin cortarse un pelo.

Yo nada más que asentí con la cabeza y dejé que hablaran entre ellos. Había pasado mucha vergüenza al pillarme mirándole casi sin parpadear y no podía dirigirle ni una palabra sensata en aquel momento.

—Una pregunta. Sin ofender ¿eh? —sonreía dulcemente—. ¿Estabais todo el tiempo calladas porque queríais cotillear o porque no soléis hablar mucho?

Me alivió que no tuviera que responder yo porque en ese momento no sabría qué decir. La verdad es que sí, estábamos cotilleando pero eso no se lo íbamos a decir.

—Estábamos cotilleando, la verdad —soltó Angy entre risas.

—¡¿Qué?! ¡Angélica! —exclamé dándole un codazo en las costillas—. Lo siento, mi hermana está tonta... —me disculpé, aún más ruborizada.

Sebas sonrió y contestó sin mostrar ningún ligero cambio.

—¿Sois gemelas quizás?

—Mellizas —respondió mi hermana.

—¿Cómo sabes que...?

—Os parecéis mucho, la verdad —interrumpió mirándonos de forma intermitente—. En cambio, mi hermano gemelo y yo no nos parecemos en

nada.

—¿El chico de antes era tu hermano *gemelo*? —pregunté, sorprendida—. Vaya, es verdad que no os parecéis.

—Sí, lo sé. Yo soy más guapo y tengo más estilo —bromeó.

Ambas reímos sin saber qué más añadir al respecto por lo que el joven prosiguió:

—Esta tarde hay un espectáculo en el salón de actos. Podríamos vernos allí. Os presentaré a mi hermano y a su novia.

Su novia. Así que había acertado.

Esperé que no notara mi cambio en el rostro, ya que al decir que Max tenía novia se me quitaron las ganas de conocerle y la sonrisa que tenía desapareció de repente.

—Creo que teníamos que hacer algo esta tarde. ¿No, Angy? —intenté buscar alguna excusa para no quedar con ellos.

—Me parece que no tenemos nada. Allí nos vemos... ehm...

—Sebas, me llamo Sebas.

—Yo soy Angy y ella es Anne —me señaló con el dedo.

Tras los últimos saludos Sebas se marchó a los recreativos a reunirse con su hermano y la chica. Nos dijo de ir con él pero era muy precipitado; le acabábamos de conocer y aunque parecía muy majo no se puede conocer a una persona en cinco minutos de conversación. Fuimos de nuevo a nuestro camarote tras otro largo paseo en el que hablamos de Sebas. Mientras caminábamos por el pasillo nos encontramos a Anton hablando por el móvil. Parecía hablar de un tema serio, ya que en cuanto nos vio se metió en su camarote de un portazo.

—Anton está muy raro —comentó Angy mientras deshacía la maleta.

—Mucho. Lleva así desde que nos dieron los billetes.

—¿Y por qué no intentamos hablar con él?

—Ya lo intenté en casa y no quiso abrirme la puerta. Ya sabes cómo es.

Nos encogimos de hombros y no volvimos a sacar el tema hasta la hora de comer. Fuimos los tres al gran comedor que se dividía en dos zonas: Fumadores y No fumadores. Nosotros no fumábamos así que fuimos hacia una de las mesas libres de No fumadores. Siempre he pensado que deberían poner el cartelito de “Fumadores pasivos” porque eso era lo que éramos realmente. Ambas zonas estaban pegadas una a la otra por lo que el humo llegaba hasta nuestra zona con facilidad.

—Id vosotras primero a por la comida, yo os guardo el sitio —nos dijo Anton cuando nos sentamos.

Nos dirigimos hacia el buffet que estaba lleno de comida de todo tipo. Yo fui corriendo a la zona de postres porque me encantaban, así que mientras Angy ojeaba la comida caliente yo miraba a ver si había helado. Fui pasando por delante de cada postre: flan, natillas, yogurt... ¡Helado! Agarré un pequeño bote para mirar el sabor y al levantar la vista casi me dio un infarto.

¡Era Max!

—¿Qué haces en los postres, Max? —preguntó la dulce voz de Julia. La novia de Max. Le dio un empujoncito en la espalda mientras yo aún le miraba y lo peor —o mejor, según se mire— es que la mirada de él también seguía puesta en mí.

—Estaba echando un vistazo a ver lo que había por aquí —desvió por fin la mirada—. Venga, vamos.

Le agarró de la mano y siguieron hacia la comida caliente. Alguien puso sus manos sobre mis hombros y debido al sobresalto tiré el helado que sostenía en la mano. Menos mal que estaba cerrado, si no se habría desparramado por todo el suelo y habría liado una buena.

—Qué patosa siempre, Ann —me dijo Angy—. Venga, coge tu comida. Yo ya voy a la mesa.

—Vale, enseguida voy —dije colocando el helado en su sitio.

Fui con mi plato aún vacío hacia la zona de la comida y volví a encontrarme a la parejita aunque esta vez él no me miró y enseguida volvieron a la mesa con sus platos. Les seguí con la mirada y vi que allí estaba Sebas sentado, esperándolos. Levantó la mano y saludó.

—¿A quién saludas? —debió de preguntar Max aunque tan solo le vi girarse y mirar hacia dónde estaba yo que le acababa de responder al saludo.

Tras apartarme en un plato un poco de carne y patatas fritas, volví a mi mesa. Anton, que había ido a por sus platos, nos dejó a nosotras vía libre para hablar y cotillear. Le conté a Angy que Sebas me había saludado de lejos y se puso muy contenta.

—Creo que está hablando de nosotras —miré de reojo hacia la mesa donde se encontraban ellos. Estaban un poco lejos porque se habían sentado en la zona de fumadores.

—Sí, claro. Tendrá alguna cosa mejor que hacer que hablar de nosotras.

Me llevé a la boca un trozo de carne y volví a hablar con la boca llena sin

poder remediarlo.

—¡Mira! Si es que nos está mirando todo el tiempo... —me refería a Sebas, ya que Max estaba de espaldas a nosotras.

—A lo mejor le has gustado.

Reí la gracia a mi hermana y después divisé a Anton que volvía con su plato igual de serio que estos días anteriores.

Llevábamos un rato en silencio cuando Angy lo rompió.

—Anton, ¿con quién hablabas antes por el móvil? ¿Con mamá?

—No, no era mamá. —bebió un sorbo del vaso de agua.

—¿Quién era entonces?

—Eso, ¿quién era? —ayudé a Angy—. Parecía que estabas enfadado por algo.

—Pero ¿qué os pasa a las dos? —respondió en un tono borde—. ¿Ahora me vais a interrogar sobre mi vida o qué?

Nos miramos un momento y comenzamos a preocuparnos.

—Anton, estás muy raro estos días. Si no quieres hablarlo con mamá y papá no pasa nada pero cuéntanoslo a nosotras.

—Son cosas mías —se levantó—. Dejadme en paz. No tendría que haber venido a esta mierda de viaje.

Salió del comedor tan rápido que apenas pude verle y su plato rebosante de comida quedó casi intacto.

—¿Qué hacemos? —le pregunté a Angy, desesperada.

Anton comenzaba a preocuparme. ¿Tendría algún tipo de problema personal? ¿No estaría metido en las drogas, no? No, ni siquiera fuma.

—No sé, Ann. Me gustaría saber qué le pasa pero también piensa que nunca nos cuenta nada de su vida personal —contestó, pensativa.

Toda esta movida de Anton nos quitó el apetito, ni siquiera fui a por el helado. Decidimos volver al camarote a echarnos la siesta. Al despertar veríamos todo de otra manera.

Una musiquilla de fondo comenzó a sonar en mi cabeza e hizo que me despertara. Era la alarma de mi móvil. La había puesto porque nosotras éramos capaces de no despertar ya hasta la mañana siguiente. Dormíamos como lirones. Apagué la alarma y llamé a Angélica que estaba en la litera de arriba. Ella era aún más perezosa que yo.

—¿Qué hora es? —preguntó con los ojos medio cerrados.

—Las siete en punto.

—¿Las siete?! —gritó de pronto bajando de la cama casi de un salto.

—¿Qué pasa?

—Habíamos quedado con Sebas en el salón de actos ¿no?

Yo no tenía ganas de ir, ni siquiera me había acordado de que habíamos quedado. No quería encontrarme con su hermano y su novia. ¿Por qué sería que me molestaba tanto?

—¿Tenemos que ir? —resoplé para que notara que no me apetecía ese plan.

—Pues claro que tenemos que ir. Hay espectáculo de algo. Tiene que estar interesante. No he venido a este viaje para pasarme las horas durmiendo en un camarote.

—Ya habrá terminado —le intentaba convencer para que no fuéramos pero fue imposible. Y no me apetecía quedarme sola tampoco por lo que accedí a ir.

<<Bueno, solo queda una hora para ir a cenar>>, pensé acordándome del horario del comedor. Se pasará rápido.

Llegamos al salón de actos algo tarde porque no lo encontrábamos. Podría decir que nos habíamos recorrido todo el barco en apenas una media hora. Al fin encontramos el dichoso sitio. Había bastante gente dentro, parecía que un gran espectáculo estaba en su momento culmen. Se escuchaba música, un sonido de guitarra y una dulce voz masculina que cantaba. Fue al entrar cuando les vi a ellos. Allí estaban, en el centro del escenario, siendo el punto de mira de todos los que estaban en la enorme sala. Sobre todo me di cuenta de que la mayoría eran niños y adolescentes. También me fijé en que casi todo el público constaba de chicas. Sebas cantaba mientras que Max le acompañaba con una guitarra. Sentí una punzada de celos cuando vi que Julia estaba justo debajo del escenario y que Max le sonreía todo el tiempo. Enseguida las luces disminuyeron, la música cesó y el público aplaudió. ¿Se dedicaban a la música? ¿Y cómo era que les dejaban tocar en el barco? Estas preguntas las respondió un hombre de traje y corbata que subió al escenario cuando se iluminó de nuevo el salón.

—Muy bien, un gran aplauso para La Malicia, una banda de dos hermanos que va saliendo a la luz poco a poco —les señaló a ambos que se situaban a ambos lados—. Sebastian y Máximo Adams; dos hermanos de Southampton que dedican su vida a la música desde pequeños y que sabemos que llegarán

alto. ¡Gracias, chicos! Volverán a estar con nosotros más tardes como éstas.

—¡Vamos a saludar a Sebas! —gritó Angy emocionada haciendo que volviera a la realidad.

No me dejó contestar siquiera, ya que me arrastró de la manga abriéndonos paso entre la gente que salía de la sala.

—¡Hola, Sebas! —exclamó mi hermana en cuanto éste bajó del escenario. ¿Por qué era tan expresiva y espontánea? A mí me daba mucha vergüenza. Realmente la admiraba, ya que en ese aspecto no parecíamos para nada mellizas.

—¡Chicas, habéis venido! —se puso muy contento al vernos.

—¡Enhorabuena! No sabíamos que cantabas.

Mientras Sebas y mi hermana mantenían una conversación de la que yo no recuerdo nada porque no estaba prestando atención, divisé a Max que a punto estaba de besar a su chica cuando de repente una jovencita rubia que había estado entre el público se acercó y le dio un golpecito en la espalda haciendo que se girarse para saludarla. Me alivió bastante no tener que ver a Max y Julia besándose, la verdad. No sé por qué.

—¡Enhorabuena! Nos habéis encantado, la verdad —le felicitaba la chica rubia que se había acercado a la pareja y había interrumpido el momento del beso. Julia no parecía molesta, al contrario, sonreía contenta.

—Gracias. Tampoco es para tanto —sonrió Max—. ¿Cómo dices que te llamas?

—Kristin —se presentó la chica, sonriendo.

—Yo soy Max y ella es Julia.

Ambas sonrieron.

—Kristin, ¿vamos a cenar? —preguntó un chico que llegaba hasta ellos. Era rubio, pelo corto y llevaba gafas de pasta. Tenía un contorno fuerte y un rostro muy amigable.

Julia le miró medio embelesada y Max pareció darse cuenta reaccionando de inmediato.

—Nosotros nos vamos también ya a cenar. —agarró a Julia de la mano.

—Nos veremos en otro momento. Por cierto —dijo Kristin antes de irse—, él es mi hermano, Simon.

Éste último se presentó en el mismo momento en el que llegábamos nosotras con Sebas. No pude mirar a Max al tenerlo tan cerca, ni siquiera podía decir alguna palabra con sentido en ese momento pero para eso tenía a

mi hermana melliza que era mi segunda voz, por así decirlo.

—Bueno, ya que todo son presentaciones, yo soy Angy y ésta de aquí atrás —me señaló— es mi hermana melliza, Anne.

Me moría de la vergüenza. ¿Por qué tenía que presentarme a mí también? No hacía falta. Entonces me fijé en Julia, al tenerla tan cerca pude observar que era realmente guapa. Sus ojos verdes eran bastante llamativos y resaltaban al tener el cabello oscuro. La envidié en ese instante por ser tan bella y por pertenecer a Max. También me fijé en la chica rubia, Kristin. Era también bastante mona y además llevaba un *piercing* brillante encima del labio que le daba un toque femenino muy sexy. Max no le quitaba el ojo de encima por lo que pude observar. Al rato, Sebas fue presentado a Kristin y Simon. Y finalmente, llegó el momento en que nos presentaron a Max.

—Mira, Max —dijo Sebas cuando ya Kristin y Simon se dirigían a la salida—. Ellas son unas chicas que conocí esta mañana en la proa; Anne y Angy. Son mellizas.

Esperé con impaciencia un abrazo que jamás olvidaría pero ¿cómo iba a poder olvidarlo si ni siquiera me lo dio? Tan solo dijo “un placer” y además con la mirada fija en Kristin y Simon que salían al tiempo por la puerta. Enseguida comenzó a andar junto a Julia hacia la salida. A mí me pareció algo borde por su parte aunque nadie dijo nada, ni siquiera Angélica, así que no me molesté en sacar el tema y junto a Sebas fuimos hacia el comedor para cenar.

Capítulo 3

Habían pasado ya cinco noches desde que salimos de Inglaterra y tan solo nos quedaban tres días en aquel enorme transatlántico. ¡No me lo podía creer! ¡Vería Nueva York en tan solo tres días!

—Jajaja, espera a ver si llegas a ver Nueva York porque esto todavía se puede hundir.

—¡Sebas, calla, no seas gafe! —exclamé dándole un golpecito en el hombro.

¡Sí, era yo la que estaba hablando con Sebas! Durante esos días había conseguido quitarme un poco la vergüenza y había cogido más confianza. Íbamos con él a todas partes. Angy se llevaba mucho mejor con él que yo, pero es que ella era mucho más charlatana y siempre conseguía hablar de algún tema. Julia era bastante maja, se parecía mucho a mí con respecto a la timidez. Era poco habladora y eso me alegraba porque quería decir que yo también podía ser el tipo de chica de Max, ¿no? Éste último era bastante raro, muy misterioso, por lo menos en los últimos días. Siempre decía que tenía que hacer cosas en el camarote y no le veíamos el pelo hasta la comida o la cena. En cambio, Julia y Sebas siempre estaban con nosotras para hacernos compañía. Hace un par de días Sebas nos contó un poco la historia de amor entre Max y Julia (ella no estaba presente en esos momentos). Max y Julia se conocían del barrio. Vivían también en Southampton pero más al norte y a las afueras. Desde muy pequeños fueron los tres juntos a la escuela y con los años Max y Julia comenzaron a sentir más que amistad. Ahora llevaban casi un año saliendo juntos como pareja. Cuando me contó esto, mi corazón se resquebrajó como los cristales de un espejo al romperse.

—Entonces va la cosa en serio ¿no?

—Bueno, un año no es mucho pero la verdad es que para mi hermano sí

que lo es. No le suelen durar las novias. Y, bueno, han pasado cosas y no creo que duren mucho más.

Esa última frase me alivió y me reconstruyó de nuevo el corazón con todos sus pedacitos. Sebas sabía por qué lo decía, se le notaba bastante convencido. Era su hermano y le conocía. No quiso decirnos mucho más y no volvimos a sacar el tema. ¿Qué cosas habrían pasado para que Sebas no pusiera su mano en el fuego por el futuro de la pareja?

Max y Sebas volvieron a actuar varias veces y cada vez iba más gente a verles. La Malicia iba a llegar alto aunque quizás le faltara algún componente más para lograrlo. Le dije esto una vez a mi hermana. Ella estaba de acuerdo y se lo propusimos a Sebas y a Max. A Sebas, como imaginábamos, le pareció buena idea. Tan solo había que buscar a alguien adecuado. Pero Max, también como imaginábamos, tiró nuestra propuesta por la borda diciendo que La Malicia solo se compone de ellos dos y no entraría nadie más. Max era muy extraño y difícil de leer, esa es la conclusión a la que llegué finalmente.

Respecto a Kristin y Simon, alguna vez se juntaban con nosotros aunque con Kristin apenas hablé esos cinco primeros días, ya que también desaparecía de vez en cuando con la excusa de tener continuas jaquecas. Simon era un chico muy majo. Tenía diecinueve años. Éste, junto a nuestro hermano Anton —que tenía veinte—, eran los más mayores, ya que el resto teníamos dieciocho.

Y qué decir de Anton. Una de las noches que nos juntamos en nuestro camarote contando anécdotas decidió contar aquello que le había tenido preocupado desde que comenzamos el viaje. Al parecer, su novia —con la que llevaba cerca de siete meses— había sido ingresada en el hospital pocos días antes de recibir los billetes del viaje. La chica era un tanto complicada y se juntaba con gente que le vendía todo tipo de drogas. Gracias a Anton comenzó a dejarlo pero siempre tenían alguna discusión fuerte cuando éste descubría que su chica seguía consumiendo a sus espaldas. Cuando le llamaron del hospital diciendo que había sido ingresada por una sobredosis de cocaína, éste no supo si llorar de tristeza o gritar de enfado. Había luchado por ella durante aquellos siete meses pero parecía una lucha imposible. Ella no le hacía caso y recaía una y otra vez. Por tanto, la última llamada de teléfono que tuvo hace unos días en el barco, fue para hablar con ella directamente y romper la relación. No podía más. Nos contó que se sentía culpable por abandonarla y un cobarde por no seguir luchando por ella pero que la situación le superaba y

no sabía qué más hacer. Toda esa rabia se la había estado guardando dentro hasta ese momento en el que nos lo contaba. Angélica y yo supimos entonces que se sentía aliviado de poder soltarlo todo finalmente. Julia, Simon y Sebas agradecieron su honestidad aunque nos quedamos todos compungidos ante la historia. Pese a todo, durante el transcurso de los días, Anton fue siendo cada vez más nuestro hermano de siempre y puedo decir que el cambio fue al conocer a nuestros nuevos amigos. Sobre todo se hablaba con Simon con el que había comenzado a trabar más amistad. Todo era perfecto. Sin embargo, nadie sabía que esa misma noche, a tres días de llegar a nuestro destino, toda esta felicidad iba a volverse un verdadero caos.

Estábamos sentados en una mesa de la sala de recreativos. Simon y Anton se habían ido a dar una vuelta mientras Sebas, Angy, Julia y yo jugábamos a las cartas.

—Hala, vuelvo a ganar. —echó las cartas Sebas finalmente encima de la mesa.

—¡No puede ser, haces trampas! —le señalé una carta que tenía sobre las piernas.

—¡Ahí va! —exclamó agarrando la carta—. Os juro que no me había dado cuenta ¿eh?

Todas reímos y decidimos dejar de jugar al poco rato.

—Ya casi es la hora de cenar. ¿Vamos? —propuso Sebas.

—Hacer trampas te ha dado hambre ¿no?

Odiaba perder en los juegos. Nunca es divertido ser el perdedor. ¿Verdad?

Sebas me agarró de los hombros mientras caminábamos.

—Anda, anda, no te piques tanto —sonrió, risueño.

Llegamos a la mesa de la zona de fumadores donde solíamos sentarnos. Solo fumaba Max y por ello íbamos allí. Era una manía que según su hermano era solo para chulear. Y no me sorprendía en absoluto, ya que el aspecto chulesco parecía llevarlo por fuera y por dentro. Para ser el gemelo de Sebas no se parecía en nada a él. Sebas era tierno, sensible y muy amable. En cambio, Max parecía el lado opuesto: era poco hablador (al menos con nosotras), borde y creído.

Nos encontramos a Kristin allí sentada junto a Anton y Simon.

—¿Y mi hermano? —preguntó Sebas notando su ausencia.

—Allí está —señaló Kristin con el dedo.

Max llegaba hasta ellos con dos platos a rebosar de ensalada.

—¿Piensas comerte esos dos platos tú solo? —dijo Sebas riendo—. Sé que eres bastante glotón pero tampoco como para...

—Uno es para ella —contestó solamente dejando un plato delante de Kristin.

Ésta le dio las gracias sonriendo y comiéndole con la mirada. Miré a Julia. No expresaba nada en el rostro. Yo, en cambio, no podía resistir las ganas de odiar a Max y a Kristin. Ambos parecían solo pensar en ellos y pasaban de todo. Max sacó un cigarro a mitad de la comida y se lo ofreció a Kristin. Ésta lo aceptó pero un manotazo hizo que cayera el cigarro al suelo aún apagado.

—¡¿Qué coño haces, Simon?! —exclamó Kristin disgustada y mirando a su hermano con rabia.

—No te permito fumar. Que yo sepa ya no fumas... —le miró seriamente.

—No tienes por qué saber lo que hago o dejo de hacer —le contestó de mala gana al tiempo que se agachaba a coger el cigarro.

—Vamos Simon, déjala. Ya es mayorcita para decidir lo que quiere hacer con su vida —le defendió Max al tiempo que también le ofrecía un mechero—. Si quiere fumar que fume.

Kristin terminó fumando y todos seguimos cenando un poco incómodos por la situación. Simon parecía estar de mal humor y aunque intentaba hablar y meterse en las conversaciones acababa dejando de intervenir enseguida. Kristin miraba a Max de reojo de vez en cuando.

Ellos fueron los primeros en terminar.

Qué casualidad.

—Voy a fumar un rato fuera. —se levantó Max.

Simon le fulminó con la mirada mientras se alejaba y salía del comedor.

—Julia, ¿no vas con él un rato? —preguntó la entrometida de mi hermana.

Julia se encogió de hombros.

—Estoy terminando el postre —dijo la chica metiéndose en la boca una cucharada de yogurt.

Kristin fue la siguiente en levantarse.

—¿A dónde vas? —le preguntó su hermano Simon.

—Voy al baño. ¿Qué pasa? ¿Tampoco me vas a permitir ir a mear?

Kristin se estaba comportando algo rebelde y estaba hiriendo a su hermano sin darse cuenta.

—Yo me voy al camarote ya, estoy cansado —se levantó Simon al rato de irse su irritable hermana.

—¿No vienes al bar? Hoy tiene pinta de estar muy animado —comentó Anton intentando convencer a su amigo de que se quedara. Pero Simon negó con la cabeza y despidiéndose con un simple “hasta mañana” salió de allí.

El comedor empezó a quedarse vacío así que decidimos ir al bar al que íbamos la mayoría de las noches. Nos tomaríamos unas copas y pasaríamos un rato agradable como otras tantas noches. Sin embargo, esa noche iba a ser diferente. Faltaban Simon, Max y Kristin y se notaba que no reinaba la felicidad por parte de todos. Sebas no estaba tan activo como otras veces, Anton miraba su copa embobado, y Julia, que no solía hablar, nos estaba contando una anécdota que le ocurrió una vez cuando era pequeña. Todo era distinto a las noches anteriores.

Una de las veces que salí del baño me dirigí expresamente a Sebas que estaba apartado de los demás y terminándose una copa.

—¿Qué te pasa, Sebas? Estás raro. Bueno, en realidad, *todos* estáis muy raros.

—No es nada, no te preocupes —su voz sonó apagada—. Es solo que me molesta la actitud que está teniendo mi hermano con respecto a vosotras. Os juro que no suele comportarse así normalmente —me miró a los ojos. Estaba siendo sincero—. No sé, me tiene algo preocupado.

—Venga Sebas, no te rayes —le coloqué mi mano sobre su hombro—. Seguro que será una etapa por la que está pasando. No pasa nada, de verdad.

Sonrió por primera vez en esas últimas horas y se la devolví. Me encantaba poder verle sonreír. Tenía una sonrisa perfecta. En cambio, no puedo afirmar eso de Max, no porque no la tuviera sino porque aún no había tenido la oportunidad de verle sonreír.

—Ahora vuelvo —dijo Sebas al rato de estar con los demás—. Voy a por el móvil que me lo dejé en el camarote.

Asentimos y salió del bar. Nosotros seguimos de risas y bebiendo, poco a poco se fue animando la gente. Yo estaba manteniendo una conversación con Julia acerca de los exnovios que habíamos tenido, hasta que sacó el tema de Max.

—...hubo muchos troteos al principio, a mí me daba mucha vergüenza hablar con él a pesar de ser amigos pero finalmente acabamos saliendo juntos —me explicaba con entusiasmo.

No podía creer la confianza que había cogido conmigo, ya que me parecía algo privado y personal preguntar por la relación que tenían pero no me hizo

falta preguntar porque ella mismo me lo acabó contando.

—Se nota que le quieres mucho... —comenté a mi pesar—. Lo que no entiendo es qué haces aquí ahora —sonreí—. ¿Por qué no estás con él?

—No me gusta agobiarle. Cuando él quiera estar conmigo yo le recibiré con los brazos abiertos.

—¿Y no te preocupa que...?

—¿Que se enrolle con otras a mis espaldas? —acertó como si hubiera leído mis pensamientos—. No —respondió—. Confío en él.

Al mismo tiempo que manteníamos esta interesante conversación, Sebas salía de su camarote con el móvil en la mano. Cerró con llave y emprendió el camino de vuelta al bar. Max no estaba en el cuarto. ¿Dónde se habría metido? Decidió entonces cambiar de rumbo e ir a buscarle antes de ir al bar, le molestaba que dejara tanto tiempo sola a Julia y quería dejarle claro unas cuantas cosas.

<<Estoy empezando a hartarme de este jueguito Max>>, pensaba furioso caminando por los interminables pasillos.

Todos estaban vacíos, eran las diez de la noche y la gente estaba ya durmiendo o de fiesta en alguno de los bares o pubs. Sin embargo, Sebas no se dio por vencido y siguió caminando hasta llegar a la cubierta C que era la de la clase más baja. Encontró al final de uno de los pasillos a dos niños señalando un hueco donde Sebas supuso que estaba la puerta de emergencias. ¿Qué estaban señalando que se reían tanto? Decidió ir hacia allí y comprobarlo él mismo, total, no perdía nada. Una vez Sebas llegó hasta ellos se apartaron un poco, tal vez porque les intimidaba la idea de que un chico tan mayor tuviera pensado jugar con ellos. Sebas había acertado, era una puerta de emergencia por la cual se podía ver a través de ella gracias al ojo de buey. Se asomó unos segundos y entonces supo el porqué de las risitas de los niños: una pareja se estaba dando el lote en las escaleras y eran ni más ni menos que su hermano Max con Kristin. Sebas negó con la cabeza varias veces sin dar crédito a lo que veía. ¿O sí?

Ya he aguantado bastante guardando tus secretitos Max, se dijo para sí, es hora de que afrontes todo lo que has estado haciendo a escondidas.

Decidió marcharse de allí. Para cuando volvió al bar ya estaba casi vacío.

—¡Seb! —exclamó Angy abrazándolo. Sebas se extrañó, ya que nunca lo había hecho antes.

—¿Qué le pasa?

—Ha estado bebiendo —sonreí—. Se vuelve bastante más cariñosa.

—Sebas, ¿dónde has estado? —preguntó Angy entre sus brazos.

—Fui a dar una vuelta por si veía a Max o a Kristin.

—¿Y les viste? —preguntó Julia acercándose un poco.

Sebas tuvo que contener las ganas de decirle todo lo que había visto con sus propios ojos pero ya había pensado en otra manera de hacérselo saber. Julia era una chica muy inocente y nunca quiso ver más allá de las apariencias y era algo que iba a tener que aprender a hacer, ya que si seguía así iba a tener muchos problemas en el futuro. Sebas la quería bastante, sobre todo antes de que saliera con Max, pero decidió apartarse cuando vio que su hermano se la iba ganando poco a poco. Lo que Sebas no sabría hasta más adelante es que Max iba a ser infiel a Julia varias veces. Sebas había advertido a su hermano en varias ocasiones de que tuviera cuidado de no lastimarla y éste siempre contestaba lo mismo: “Tranquilo hermanito, ella nunca me preguntará. Mientras no sepa nada no hay problema”. Sebas tuvo que aguantarse muchas veces las ganas de decirle a Julia que Max le estaba siendo infiel pero siempre se arrepentía porque la veía tan feliz... Siempre hablaba de Max y además había sido con él con quien había perdido la virginidad y eso para ella era muy importante y le hizo quererle mucho más. Esto Sebas no lo supo hasta que el propio Max se lo contó. Por lo visto, Max había intentado hacerlo más veces con ella pero ésta ya no quiso porque iba muy deprisa y a partir de ahí Sebas se enteró de su infidelidad hacia ella. Pero esta vez no iba a callarse. No se lo iba a contar directamente pero iba a hacer que lo descubriera ella misma. Sebas ya había comenzado a idear un plan perfecto.

—No, no les vi —mintió finalmente, dolido.

—Bueno, pues será mejor que nos vayamos a dormir —dije unos minutos más tarde.

Todos asintieron y tras despedirnos nos fuimos cada uno a nuestro camarote. Angélica y yo tardamos mucho en dormirnos, ya que ella al estar un poco contenta por la bebida no paraba de hablar. La verdad es que apenas le escuchaba pero sí presté atención cuando sacó el tema de Sebas.

—...pero es que es encantador ¿no te parece? —decía mientras miraba al techo desde su cama—. Me encanta su voz, sus gestos, ese *piercing* en la ceja... —suspiró al final.

—Pero ¿a ti no te gustaba Max? —pregunté al recordar cómo ambas hablábamos de Max a todas horas desde la primera vez que le vimos.

—Pero Max tiene *muchos* inconvenientes —enfaticó empezando a contar con los dedos—. Tiene novia, le gusta vacilar, fuma, no parece muy cariñoso, tontea con Kristin...

—Espera, espera, ¿cómo que tontea con Kristin? —interrumpí de inmediato.

—Sí, Anne. El otro día fui a dar una vuelta y les vi juntos en la cubierta C. Estaban muy acaramelados —dijo sin darle vital importancia. Pero para mí sí era importante. Kristin y Max desaparecían últimamente y siempre faltaban al mismo tiempo, sería mucha casualidad que se ausentaran siempre a la misma vez. No quería imaginarme nada pero, ¿podría estar siéndole infiel a Julia? No, no podía ser verdad.

—Voy a apagar ya la luz, Angy —dije levantándome de la cama para dirigirme al interruptor.

—Vale. Hasta mañana, Ann.

—Hasta mañana.

Apagué la luz y volví a la cama. Necesitaba poner en orden todo lo que sentía en esos momentos. Odiaba a Max pero también me gustaba. Y Sebas... Es cierto que era encantador pero Max me atraía mucho más. ¿Por qué me gustaban los más complicados? No era la primera vez que me pasaba. Además pensé en Julia, me caía realmente genial y ella confiaba en Max plenamente por lo que me había contado. No quería meterme en la cabeza la idea de que Max estuviera siendo infiel a aquella pobre chica.

Capítulo 4

Al día siguiente, tras el desayuno en el que también estuvieron Max y Kristin, nos juntamos todos a las doce del mediodía en la piscina que había en la parte superior del barco, al aire libre. Estaba llena de gente que se daba un chapuzón o tomaba el sol en las hamacas. Angy y yo llegamos las primeras. Estrenamos un mismo bikini de color rosa que nos regalaron los abuelos el año pasado.

—¡Aaay! —estiró los brazos Angy a la vez que suspiraba—. ¡Qué día más soleado!

Fuimos hacia unas tumbonas cercanas a la piscina para coger sitio y esperamos a que llegaran los demás. Los siguientes en llegar fueron Anton y Simon.

—¡Hola chicas! ¿No os bañáis? —saludó Simon más animado que la noche anterior. Se quitó la camiseta al igual que nuestro hermano. La verdad es que ambos tenían un cuerpazo aunque el de Anton lo teníamos ya muy visto.

—Vaya Simon, veo que te gusta provocar ¿eh?

—¡Angélica! —le di un golpecito en el hombro. ¿Por qué era tan directa siempre? ¿Es que todo lo que pensaba lo iba a decir?

Sin embargo, Simon solo sonrió y junto a Anton fueron a darse un baño.

—¿Dónde estará Julia? —pregunté al cabo de un rato.

—Llegará con Sebas y los demás supongo —se levantó—. Voy al agua. ¿Te vienes?

—No, ve tú —dije cogiendo la crema solar para echarme sobre las piernas que ya comenzaban a coger un tono rojizo sobre mi piel blanquecina.

Mientras me cubría las piernas con la crema observaba a mi alrededor: Anton, Simon y Angy se salpicaban con el agua y reían sin parar. La verdad es que lo estábamos pasando la mar de bien y solo nos quedaban dos noches más

para llegar a Nueva York. Entonces caí en algo: ¿Nos tendríamos que separar de nuestros nuevos amigos? La verdad es que nunca llegamos a hablar de ese tema. La sola idea de imaginar a Sebas, Julia y a Max lejos de mí me partía el alma. Les habíamos cogido mucho cariño en poco tiempo. Nuestros padres nos habían dado una dirección de hotel pero ¿dónde se hospedaban ellos? Mientras pensaba en todo esto me di cuenta de que llegaban Sebas y Kristin. Tras saludarnos, Kristin fue corriendo a meterse al agua mientras que Sebas me hizo compañía.

—Se está bien aquí ¿eh? —dijo colocándose en la hamaca de al lado y poniéndose las gafas de sol.

—Sí...

—¿Te pasa algo?

—No, nada, ¿dónde están Max y Julia?

—Hacía tiempo que no se quedaban a solas y se quedaron charlando. Enseguida vienen. ¿Por qué lo preguntas?

Me incorporé sobre la hamaca y tras asegurarme de que nadie podía escucharme dije:

—Sebas, estoy preocupada por Julia. Ayer por la noche mi hermana me comentó que vio a Max con Kristin muy juntos en la cubierta C —hice una pausa—. Julia confía plenamente en su novio, no creo que...

—No sigas por ahí —se puso serio de pronto—. De verdad Anne, no quiero que te metas en las movidas que pueda traer mi hermano con su novia.

—Lo siento. —me sentí fatal. ¿Había metido la pata?

—En serio, sé de lo que hablo y es mejor que no te metas, ni tú ni tu hermana. ¡Ah, mira! Ya vienen por ahí.

Miré hacia el frente y vi a Max que venía sin camiseta (qué cuerpazo...) y con un bañador tipo pantalón de color rojo que le quedaba genial. No llevaba la gorra puesta por lo que su pelo corto de color castaño brillaba con los rayos de sol. Tenía el pelo demasiado corto en mi opinión, rapado al uno o al dos. Nunca he sido una gran fan de los chicos con el pelo rapado pero a él le quedaba perfecto e iba con su estilo. Julia y Max llegaban agarrados por la cintura. No pude remediar mirar la cara de Kristin al verles llegar. Ésta miraba a Max con una sonrisilla mientras seguía jugando en el agua con los demás.

—Hola Anne —me saludó Julia tan encantadora como siempre.

—¡Eh, Julia! —agitaba los brazos Simon—. ¡Vente con nosotros que vamos

a echar una partida a Waterpolo!

Julia miró a Max un momento y éste asintió ligeramente. ¿Le estaba pidiendo permiso? ¡No me lo podía creer!

—¿No te metes tú? —me preguntó Max dirigiéndose a mí por primera vez.

—Eh... —miré de reojo a Sebas. Noté que sobraba allí y supuse que tenían que hablar de algo entre ellos así que me levanté—. Sí, creo que voy a darme un chapuzón.

Max enseguida se puso las gafas de sol, su sagrada gorra y se tumbó en mi lugar. La piscina seguía abarrotada de gente. Nosotros habíamos formado un equipo y jugábamos a Waterpolo haciendo que la gente se animara a jugar, sobre todo los niños. Mientras tanto, Sebas y Max seguían en las hamacas y parecían mantener una conversación seria que mis oídos no llegaban a escuchar.

—Mira Max, soy tu hermano y sé que eres incapaz ahora mismo de decirle que no a cualquier tía que se te presente pero piensa que llevas ya casi un año con Julia, no creo que sea apropiado que cada vez que pase una tía por delante de ti pues...

—Sebas, ¿a qué viene todo esto? —le interrumpió Max.

—Me gustaría saber una cosa —hizo una leve pausa y añadió—: ¿Quieres a Julia?

—Pues... —dudó unos segundos—. Pues claro que la quiero, si no no estaría con ella.

—¿Entonces por qué no estás con ella últimamente? ¿Dónde te escondes? —Sebas no quiso entrar en detalles, quería escuchar de su propio hermano que se enrollaba con Kristin a escondidas pero Max no parecía estar por la labor de responder.

—Sebas, no tengo ni idea de a qué viene tanta pregunta tonta, mejor déjalo. —giró la cara hacia el otro lado a la vez que buscaba un cigarrillo para encenderlo seguidamente.

Sebas asintió y decidió no volver a hablar con él al respecto. No iba a sacar nada en claro así que no le dejó opción: iba a poner en funcionamiento el plan que tenía entre manos.

Tras el chapuzón —que nos sentó de maravilla— fuimos a cambiarnos para la comida y de nuevo nos encontramos todos en el comedor. Sebas y Julia fueron los últimos en incorporarse a la mesa, ya que se quedaron atrás hablando de algo. Julia llegó a la mesa con una tímida sonrisa y mirando a

Max de reojo. ¿Qué le habría dicho Sebas? Me invadía la curiosidad pero hice caso a las palabras de Sebas y decidí no meterme en el tema. Estuvieron toda la comida contando chistes malísimos, sobre todo mi hermano que hacía que el chiste malo de Max fuera mejor al contar el suyo. Nos enteramos de que tocaban de nuevo en el salón de actos, después de cenar. Sería su última actuación en el barco.

—Bueno, pues vamos a ponernos guapos ¿no? —se levantaba Sebas ilusionado.

—Tú estás guapo siempre, hermanito —bromeó Max guiñándole un ojo.

—Gracias por el piropo, cariño —imitó la voz de una chica.

Todos nos echamos a reír. La verdad es que Max cuando quería era bastante gracioso pero aún le notaba muy distante, como si no quisiera acercarse a nosotras. Tan solo hablaba con los chicos o con Kristin. Ni siquiera le había visto dirigir palabra a su propia novia desde la piscina. Simon, en cambio, sí que había cogido confianza con nosotras al llevarse tan bien con nuestro hermano e hizo que poco a poco se acercara más. Su hermana Kristin, al igual que Max, era distante y un poco repelente. Parecía vivir en su propio mundo. Tan solo prestaba atención a Max. Algo tenía que haber entre ellos, ya no me cabía duda.

Estábamos Angy y yo en el camarote discutiendo sobre una camiseta que queríamos ponernos las dos para la cena cuando alguien golpeó la puerta suavemente. Fui a abrir y Julia entró.

—Vaya Julia, qué guapa —comenté al verla más arreglada de lo normal.

—Sí, es que hoy tengo una cita con Max —sonrió nerviosa y tímida.

—Pero ¿no se supone que sois pareja? —soltó la descarada de Angélica.

—Sí, ¿y qué tiene que ver?

—Pues que eso de las citas las tendréis normalmente ¿no? Tampoco es que sea tan especial.

—Angy, ¿en qué mundo vives últimamente? —suspiré—. ¿No te has dado cuenta de que apenas han podido pasar un rato juntos estos días?

—Pss... —chistó con poca gana—. Pues porque ella no ha querido.

Sin darme cuenta había terminado poniéndose mi camiseta, siempre solía salirse con la suya de una manera u otra.

—Bueno, Julia —le miré sin hacer caso a mi hermana—. Que me alegro un montón. A ver qué tal se da. ¿Cuándo has quedado?

—Ahora, antes de cenar.

Estaba contenta por ella. Imaginé entonces que Sebas le había dicho a Julia que tenía una cita con Max y que también se lo diría a él aparte para que fuera en plan sorpresa. Todo sería perfecto. La verdad es que Sebas había tenido una idea genial. Julia se despidió de nosotras a la hora que tenía la cita. Le deseé suerte y suspiré cuando salió.

Julia había hecho caso a lo que le dijo Sebas. “En proa estará Max, es una cita a ciegas así que no le digas nada”, recordó las palabras de Sebas mientras caminaba hacia allí. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Ya había tenido más citas con él, tan solo era una más. Además, era su novio. Llegó a proa algo antes de la hora acordada. Se acercó tímidamente y miró fijamente hacia la barandilla donde comenzaba el barco.

<<No... No puede ser...>>

Se quedó paralizada. Por un instante pensó que tan solo era una alucinación: Estaba viendo a Max besándose con Kristin, la hermana de Simon a la que hacía menos de una semana que había conocido. Ellos no se habían percatado aún de su presencia. Julia no se movió de allí. No porque no quisiera, es que no podía. Estaba petrificada y en cuanto dejaran de besarse le verían, sabía que le descubrirían allí pero le daba igual.

<<Lo siento mucho Julia, pero quería que lo vieras por ti misma>>, pensaba Sebas que le había seguido sin que ella se percatara. Tan solo se encontraba a unos pocos pasos de ella viendo toda la escena.

Varias lágrimas se derramaron por el rostro de Julia sin poder remediarlo. De pronto, en cuestión de segundos, pasaron varias cosas a la vez. Max se giró notando la presencia de alguien y Kristin miró hacia atrás también.

—Julia... —susurró éste al verla allí plantada mirándolos con los ojos inundados de lágrimas—. ¡Julia, espera! —gritó cuando vio que se daba la vuelta y echaba a correr.

—¡Déjala, Max! —le agarró Kristin del brazo, frenando el impulso de salir tras ella—. Preferirá estar sola.

Ambos se miraron y se quedaron en silencio un buen rato.

Julia corría por toda la cubierta sin saber a dónde ir. No había visto a Sebas que se había escondido tras una puerta de emergencia pero en cuanto la vio correr salió detrás de ella de un impulso. La gente se les quedaba mirando con extrañeza. Finalmente, las fuerzas de Julia se agotaron y se dejó caer en el

suelo apoyándose en la pared del barco. Sebas llegó hasta ella exhausto y, sin decir nada, se sentó a su lado. Éste, al ver que la chica no paraba de llorar, le agarró suavemente la barbilla haciendo que le mirara a los ojos.

—Julia, lo siento —susurró—. Pero no podía aguantarlo más, quería que lo vieras por ti misma.

La joven rompió a llorar aún más fuerte y se lanzó a sus brazos. Éste le correspondió. En el regazo de Sebas se sentía siempre segura y sabía que nada malo le podría ocurrir.

Mientras tanto en proa, Max comenzaba a ponerse aún más nervioso ante lo que acababa de pasar.

—Tengo que ir a hablar con ella, Kris —respondió Max cuando ésta le aconsejó por milésima vez que se olvidara del tema.

—Pero Max, ¿no era esto lo que querías? —escupió las palabras, molesta—. Me prometiste que cuando se enterara de lo nuestro... —no terminó de hablar porque Max le interrumpió.

—Lo siento, Kristin. —Y salió corriendo de allí sin mirar hacia atrás.

Max tardó un rato en encontrar a Sebas y Julia. Comenzaba a ponerse el sol y empezaba a refrescar. Después de varios minutos encontró a su hermano abrazando a Julia y no pudo evitar que los celos le invadieran por un instante. Dio unos pasos más hasta que Sebas se percató de su presencia y se levantó inmediatamente enfrentándose cara a cara con su hermano.

—Ahora entiendo todo —dijo Max en voz baja mirando primero a Julia y luego a Sebas—. Has sido tú quien ha montado esto ¿no? Nos has escuchado a Kristin y a mí decir que íbamos a vernos a esta hora y tú has llevado a Julia hasta allí —Sebas le miraba fijamente y serio—. La quieres para ti ¿no es así? Debí pensar que aún la querías...

—Max, no malinterpretes las cosas —le interrumpió Sebas—. Ya te dije que yo te guardaría todos tus secretos pero no puedo soportar que sigas engañando a Julia —hizo una pausa—. Ella no es una más.

El joven de pelo rapado resopló vacilando y desvió la mirada hacia el océano.

—Mírala, Max —pero éste seguía mirando hacia otro lado—. Max, he dicho que la mires.

El aludido giró la cara lentamente haciendo caso a su hermano y observó a Julia que estaba derrumbada con las manos en la cara y sollozando.

—Ahora dime, ¿qué sientes? ¿De verdad la quieres?

Max tragó saliva y volvió a mirar a Sebas a los ojos.

—¿Qué sientes, Max? —insistió.

—Siento que te odio —le miró a los ojos—. Confiaba en ti. Ahora me doy cuenta del buen hermano que tengo.

A Sebas le dolió ese comentario pero sabía que lo decía porque estaba cabreado y también sabía que acabaría reflexionando tarde o temprano, lo conocía igual de bien que así mismo.

—Nos vemos en la cena —respondió solamente girándose hacia Julia.

—No voy a actuar esta noche, así que puedes ir tú solo si quieres —y diciendo esto desapareció entre la multitud.

Sebas tuvo que ir más tarde a cancelar la actuación. No saldría él solo. Sin su hermano él no era nadie allí arriba. Max no apareció en la cena tampoco. Nadie nos contó nada de lo ocurrido aunque yo noté que algo grave había pasado y que tenía que ver con Max y Julia. Ésta tenía una expresión triste y seria. Además, no dijo palabra alguna mientras cenábamos. Me fijé en Kristin que también estaba muy extraña, parecía como si estuviera ausente del mundo al igual que Julia. Apenas hubo conversación. Normalmente, tras la cena, nos juntábamos en el bar pero esa noche no quedamos, ya que como no había actuación, Sebas, Kristin y Julia se quisieron retirar a sus camarotes y los demás les imitamos.

Capítulo 5

Al día siguiente, a falta de una noche más para llegar a nuestro destino, Max decidió hablar con Julia, no podía dejar las cosas así con ella. Se levantó temprano y sin que Sebas se diera cuenta se dirigió al camarote de la chica. Esa noche había estado reflexionando sobre lo ocurrido llegando a la conclusión de que su hermano había acertado con su comportamiento. Julia no se merecía ser tratada de esa manera.

Julia se despertó al escuchar unos suaves golpes en la puerta y tras levantarse lentamente abrió dejando pasar a Max.

—¿Qué quieres? —preguntó la joven en pijama y con el pelo revuelto.

—Julia... Yo... Estuve pensando esta noche, apenas he dormido. Sé que hice mal —balbuceó sentándose al borde de la cama de la joven—. Lo siento.

Julia abrió la boca para decir algo, pero éste volvió a retomar la palabra.

—Mira, antes de que me digas nada necesito decirte yo algo —hizo una leve pausa para coger aire—. Creo que aún no estoy preparado para una relación seria —agachó la cabeza sin poder mirarle a los ojos—. Espero que me entiendas.

—Entonces, ¿estás rompiendo conmigo? —Su voz sonó temblorosa mientras se dejaba apoyar contra la pared para no caer al suelo por la flojedad que le entró en ese momento.

Max se levantó de la cama y se colocó frente a ella quien rompió a llorar en silencio al tenerle a escasos milímetros y no poder tan siquiera volver a besarle.

—No te merezco, siento mucho haberte hecho daño. No quiero volver a hacerlo nunca más —le agarró de los hombros y le arrimó más a él. Hizo el amago de abrazarla pero ésta se percató de las intenciones y le dio un suave empujón haciendo que se alejara de ella unos pocos centímetros. Éste frunció

el ceño. ¿Qué pasaba? ¿Por qué no le dejaba consolarla?

—Max... —se decidió a hablar entre sollozos—. Sé que en Nueva York vamos a tener que convivir juntos unos días pero quiero que me prometas algo.

—Lo que quieras. Dime. —Sus ojos estaban puestos en los de ella.

Julia tragó saliva.

—Una vez volvamos a Inglaterra no vuelvas a acercarte a mí, no quiero que me vuelvas a dirigir la palabra. —Apenas pudo terminar la última frase. Le dolía mucho tener que llegar a decir aquellas horribles palabras a la persona de la que se había enamorado perdidamente, pero tenía que hacerlo. Debía ser dura.

—Pero Julia...

—Has dicho que no quieres volver a hacerme daño ¿no? —le interrumpió mirándolo a los ojos y alzando la cabeza para estar más a su altura—. Pues cúmplelo. De esta forma no me harás daño.

—No sé si podré.

—Si has podido alejarte de mí estos últimos días —dejó salir una triste sonrisa—, seguro que podrás hacerlo el resto de tu vida.

Fue un golpe duro para Max el escuchar aquellas palabras tan crueles de la boca de Julia, pero tenía razón. Sin decir nada más salió de allí hacia algún lugar. Julia rompió a llorar en cuanto Max se marchó. ¿Por qué tendría que haberse enamorado precisamente de él? Ya no había vuelta atrás, solo le quedaba el desahogo y el paso del tiempo. Decidió vestirse y salir a contar lo ocurrido a las únicas personas con las que se sentía más a gusto hablando. Pensó en desahogarse con Sebas pero él era muy cercano a Max y, además, prefería tener contacto femenino sobre este tema.

Angélica y yo estábamos a punto de salir a desayunar cuando nos encontramos de frente con Julia, en la puerta. No traía buena cara así que decidimos dejarle pasar y enseguida volvió a llorar de nuevo sin poder remediarlo. Me dolía verla con tanta angustia, ya que Julia me parecía una chica encantadora y feliz y este nuevo aspecto no le pegaba para nada. Confío en nosotras y tras calmarse un poco nos contó todo lo ocurrido, desde el plan de Sebas de la encerrona para ver a Max con Kristin hasta lo que habían hablado hacía menos de una hora en su camarote. Odié a Max con todas mis fuerzas y a Kristin no la soportaba. La idea de saber que se había enrollado con él a escondidas de Julia y los demás me sacaba de mis casillas. Por lo visto mi hermana había acertado respecto al lío que se traían Kristin y Max.

Decidimos bajar a desayunar más tarde cuando supondríamos que los demás ya habrían terminado. De esta forma estaríamos más tranquilas. Por lo visto, Max ni siquiera había desayunado. Tras hablar con Julia fue decidido a hablar con Kristin, con la que también quería dejarle claro unas cuantas cosas. Fue a su camarote y tuvo la suerte de que aún no había salido. Ésta le recibió con una gran sonrisa.

—¿Ya la has dejado? —preguntó ella en cuanto le abrió la puerta.

—Sí... —entró cabizbajo hacia el interior y cerró la puerta tras su espalda.

Kristin le agarró de la cintura estrechándole contra ella y sonriendo dijo:

—Entonces por fin podemos estar juntos, sin más problemas de por medio.

Max luchó contra su mente que le decía que dijera que sí y que siguiera con ella, pero también luchaba contra su corazón que le decía que no. Finalmente, su corazón fue mucho más fuerte y se separó de ella de forma brusca.

—Kris —susurró su nombre abreviado, como él solía decirle—. Lo siento mucho pero he prometido a Julia no volver a hacerle daño y vernos juntos le perjudicaría.

La cara de Kristin cambió repentinamente, torció la boca y frunció el ceño. No entendía nada en absoluto.

—Max, no puedes hacerme esto, sabes de sobra que me he pillado por ti. Nos hemos acostado juntos... —hizo una leve pausa y añadió—: ¿No te importa lo que yo sienta? —Kristin fue directa con él, necesitaba que Max supiera que ella se había enamorado de él.

—Lo siento...

¿Cuántas veces había dicho esas palabras a lo largo de la mañana y no habían servido para nada? Salió de allí dejando a la joven petrificada. Kristin sintió cómo la rabia le sucumbía por dentro. ¿Quería decir con esto que le importaban más los sentimientos de Julia que los suyos? Ella no podía dejar las cosas así. Iba a contarle todo a su hermano, necesitaba desahogarse. Estaba cansada de ser traicionada, ya que no era la primera vez.

En el desayuno, las chicas y yo nos encontramos con Simon y Anton. Julia estaba algo más tranquila.

—Hola chicos —saludó Angy la primera.

—Oye, ¿habéis visto a mi hermana? —preguntó Simon una vez había terminado su vaso de leche.

—Ni idea, no la hemos visto. —Me encogí de hombros.

Julia se estremeció al escuchar el nombre de la que ahora era su rival. No

podía quitarse de la cabeza la escena del beso en la proa con Max. Su ahora ex novio.

—Por cierto, ¿habéis visto vosotros a Sebas? Necesito hablar con él —dije cuando los chicos ya se levantaban para irse.

Negaron con la cabeza y salieron del comedor.

—¿Para qué quieres hablar con él? —preguntó Angy extrañada.

—Quiero saber qué van a hacer en Nueva York. No hemos hablado de ello y mañana ya llegamos.

—Yo sé para qué van. —Se metió Julia en la conversación.

¡Claro! Ella debía de saberlo, ¿por qué no había caído en ella? Le miramos y esto hizo que respondiera sin más.

—Sebas y Max, como ya sabéis, han formado un grupo, La Malicia. Pues les llamaron desde Estados Unidos por un contacto que tiene su familia allí y creo que van a hablarles sobre la posibilidad de grabar un disco.

—¡Eso es estupendo! —exclamó Angy entusiasmada.

Pero para mí no lo era, para mí eso significaba la separación. Estos ocho días que habíamos vivido junto a ellos pasarían al olvido o por lo menos para ellos.

—¿Por qué no te alegras, hermanita?

—Porque mañana ya se termina todo, nos separaremos y cada uno tomará un camino distinto.

—Pero si todos vamos a Nueva York —añadió ella.

—Sí, pero Nueva York es grandísimo y seguro que ellos ya tendrán un lugar donde quedarse —miré a Julia pero ésta negó con la cabeza para mi asombro.

—No tenemos nada. Por lo menos aún no. Lo primero que tenemos que hacer es ir a la discográfica para hablar con los señores esos y luego ya nos dirán dónde tenemos que ir. Eso tengo entendido.

Una llama de esperanza se iluminó de pronto en mi corazón. ¿Podría haber quizá una mínima posibilidad de seguir con ellos durante nuestras vacaciones? ¿Podrían quedarse en el mismo hotel que nosotros! Deseaba con todas mis fuerzas que así lo fuera, pero de nuevo todo se resquebrajó a la hora de la comida.

Sebas y Max llegaron juntos pero se sentaron separados. No sé si Max lo hizo a propósito pero insistió en sentarse entre medias de Angy y de mí y aquello no encajaba demasiado, ya que apenas nos dirigía la palabra.

—¡Mañana llegamos por fin! —sacó el tema Anton estirando los brazos tras terminar el postre.

—Menos mal —suspiró Max mientras se encendía un cigarrillo al finalizar su postre.

Le miré de reojo sin que se diera cuenta. ¿Por qué me gustaba tanto aun teniendo ese aspecto de chulería? Y, sobre todo, ¿por qué me gustaba aun sabiendo que era un idiota? Hola, me llamo Anne Watson y me gustan los idiotas.

Julia se levantó de pronto haciendo chirriar la silla.

—¿A dónde vas? —saltó Sebas.

—Voy a echarme la siesta un rato.

—Voy contigo.

—¿Os vais a echar la siesta juntos o qué? —preguntó Max sin mirarlos siquiera.

—¿Acaso te importa? —le contestó Sebas muy serio. Agarró a Julia de la mano y ambos salieron de allí.

Todos sabíamos que Julia y Max ya lo habían dejado. Kristin no dejaba de mirar a Max con enfado y Simon le miraba también de la misma manera. Si las miradas matasen...

—Oye, Anton —dije sacando tema para romper aquel silencio incómodo que se había creado—. Sabes la dirección del hotel, ¿no? ¿Cómo llegaremos mañana hasta allí? ¿Taxi?

—Tranquila hermanita. Hay cambio de planes. Lo he hablado con Simon y está todo controlado.

Miré a Angy echándome hacia atrás, ya que Max que estaba en medio y me impedía verla. Ella me respondió con la misma mirada, extrañada.

—¿Cambio de planes? —preguntó Angy esta vez.

—Ellos ya conocen Nueva York —explicaba Anton refiriéndose a Kristin y Simon—. Y nos han dicho que tienen un apartamento en Manhattan así que nos han invitado a quedarnos con ellos todo el tiempo que queramos. ¿No es genial? Ya he cancelado el hotel así que no os preocupéis por eso.

Anton sonreía contento. Simon se había convertido en su mejor amigo y le alegraba vivir con él y con Kristin, pero a nosotras no nos hizo ninguna gracia. Pensar que tendríamos que soportar a Kristin un mes entero no nos alegraba en absoluto.

—¿Vivienda gratis? Yo me apunto —comentó Max de repente apagando el

cigarro.

—Me parece que tú no estás invitado. —Todos nos quedamos estupefactos tras el frío comentario de Simon.

¿Por qué habría dicho eso? ¿Acaso no se llevaban bien?

Max se encogió de hombros mostrando desinterés y luego dijo al tiempo que se levantaba:

—No importa. Lo decía en broma. Ya os veo en la cena.

Kristin observó cómo salía del comedor y en su mirada noté rabia y odio. ¿Qué habría pasado entre ellos? ¿Acaso Max también había dejado tirada a Kristin al igual que a Julia?

Simon se levantó sin decir nada y siguió a Max.

—¡Max, espera!

Salieron al exterior del comedor. No había gente en la cubierta, ya que la mayoría seguía en el interior.

—¿Qué quieres ahora, Simon? —dijo Max enfrentándolo—. No sé por qué me has contestado de esa manera tan borde.

—Kris me lo ha contado todo —contestó rápidamente.

—¿Y qué tiene que ver contigo? —Max no entendía aún a dónde quería llegar Simon.

—¿Que qué tiene que ver conmigo? ¡Soy su hermano! —Simon comenzó a alzar la voz—. No soporto ver a mi hermana sufrir de esta manera, no entiendo cuáles son tus intenciones. Te enrollas con ella teniendo novia, después dejas a tu novia y seguidamente dejas a mi hermana. ¿A qué demonios juegas, tío?

—Simon, yo... —comenzó a explicarse, pero Simon le interrumpió.

—Max, ¿qué coño pretendías con mi hermana? ¿Acaso no te importa lo que ella sienta por ti? —se acercó más a él. Max tragó saliva—. Has jugado con sus sentimientos y no solo con los de ella, también con los de Julia —finalizó, enfadado.

—Lo de Julia es asunto mío; y Kristin debía saber que para mí era un simple rollo.

—¿Lo sabía de verdad? ¿Tú crees?

—No es culpa mía que se enamore de una persona con tanta facilidad porque eso es una estupidez —hizo una pausa buscando las próximas palabras y añadió—: Porque a mí eso no me pasa ¿sabes? Ni jamás me va a pasar —le señaló con el dedo, vacilando—. Y déjame decirte que no creo que esté enamorada de mí tanto como dice.

—¿Estás llamando a mi hermana mentirosa?! —bramó Simon.

—Eh, baja la voz, Simon. —La gente que comenzaba a salir del comedor se les quedaba mirando, sobre todo a Simon que comenzó a ponerse más furioso.

—¡Kristin te necesita! —exclamó sin hacer caso a su petición.

—Simon, deja de liarme más con todo esto, de verdad. Kristin no me necesita para nada. —Y se giró para dejar la conversación por terminada pero Simon le agarró del brazo y le hizo girarse de nuevo.

—Kristin tiene un problema... —Max le observaba, intrigado—. Hace unos meses le encontraron un tumor en el pulmón izquierdo. Kris lleva fumando desde los trece años y los médicos no ven claro que pueda recuperarse. Está tomando medicina para la quimio por si llegara a ayudar pero... —hizo una leve pausa mientras bajaba la voz—. Kristin ha tenido un par de novios desde entonces pero cuando se enteraban de su enfermedad le dejaban tirada —Simon acabó susurrando las últimas palabras—. Sé que tú podrías ayudarlo. Te tiene mucho aprecio. Por favor... —le suplicó—. Quédate a su lado.

Max se llevó las manos a la cara, estaba muy confuso. De repente, recordó algo.

—Por eso no querías que fumara aquel día que le ofrecí un cigarro... —Simon asintió—. Está bien. Estaré a su lado —Simon sonrió—. Pero no como ella quiere. No quiero tener nada más con ella, no quiero que piense que la quiero como algo más cuando no es así. Lo siento pero preferiría no tener que lastimarla más, ¿entiendes?

Simon volvió a ponerse serio.

—Vale, Max. Gracias de todas formas, pero te pido un favor más.

—Dime.

—No le cuentes a nadie sobre esto. Haz como que no sabes nada. A ella no le gusta que la gente lo sepa. Deja que ella te lo cuente si quiere.

—No te preocupes. Guardando secretos soy único —sonrió un poco—. Nos vemos luego.

Max desapareció entre la gente asimilando toda la conversación que había tenido con su nuevo amigo. Ahora tenía un secreto que guardar y haría todo lo posible para guardarlo. No quería volver a herir a nadie más. En ese momento, Anton vio cómo Max se alejaba. No había podido evitar escuchar la conversación y ahora él también conocía el secreto de Kristin. Su corazón había reaccionado enseguida al escuchar aquella triste noticia y sus

pensamientos fueron enseguida hacia su ex novia que también sufría una enfermedad.

—Hola, Anton.

La dulce voz de Kristin le sobresaltó y le hizo volver a la realidad. Se giró y la contempló con tristeza sin poder evitarlo. Por un instante, le pareció tener a su ex novia ante él. Una chica feliz, llena de vitalidad pero frágil por dentro.

—¿Te pasa algo?

—Eh... No, no, nada —intentó sonreír en vano—. ¿Qué haces aquí?

—Solo quedaban tus hermanas en el comedor —se encogió de hombros—. Y no es que hablen demasiado conmigo. ¿Has visto a dónde fue mi hermano?

Anton desvió la mirada hacia el lugar donde había estado Simon hacía un momento, pero ya no había nadie.

—No, no le he visto —mintió—. Vine a buscarle pero no le alcancé. ¿Te apetece dar una vuelta?

Kristin sonrió y aceptó la invitación. Caminaron largo rato por la cubierta parándose de vez en cuando a observar el océano en cuyas olas se reflejaban tímidos rayos de sol. Anton se sentía muy a gusto con ella y Kristin descubrió que Anton era bastante interesante y divertido.

Capítulo 6

—¿Qué hacemos? —pregunté una vez salimos fuera del comedor, ya que lo cerraban y no volvían a abrirlo hasta la cena.

—Yo creo que me voy a ir a dormir un rato —bostezó la dormilona de mi hermana—. Esta noche seguro que hay mucha fiesta así que será mejor descansar ahora, ¿te vienes?

—No tengo sueño. Daré una vuelta por aquí.

Angy asintió y desapareció dirigiéndose al camarote.

Me apetecía estar sola un rato y pensar en todo lo ocurrido. Sebas estaría con Julia probablemente durmiendo juntos y no me sorprendía porque como dijo él, se conocían desde la escuela y tenían bastante confianza. Simon estaba muy raro con respecto a Max, por algún motivo no le tragaba y todo daba indicios a que tenía que ver con su hermana Kristin a la que Max ya ni miraba. Fui atando cabos mientras caminaba sin rumbo y llegué a la conclusión de que Max había jugado con ambas y que ahora estaba libre y sin compromisos. Para cuando llegué a proa, el sol comenzaba a posarse sobre el horizonte. ¿Tanto había estado caminando que ya estaba atardeciendo? El tiempo parecía transcurrir a toda velocidad. Me apoyé sobre la barandilla con las manos dejando que el aire me echara el pelo hacia atrás. Me recordó al primer día que subí al barco. El día que conocimos a Sebas y a...

—Bonito atardecer.

Di un respingo al escuchar aquella voz que se distorsionó un poco por la ráfaga de aire que iba en nuestra contra, después vi su gorra negra a mi lado —cada día llevaba una de un color diferente— y noté que se dejaba apoyar en la barandilla a varios centímetros de mí.

—¿A dónde te fuiste tan corriendo antes? —pregunté mirándole de reojo.

Él mantenía la mirada fija en el sol que le quedaba menos de un minuto

para desaparecer en el profundo océano.

—Necesitaba que me diera el aire...

—¿Te puedo preguntar una cosa? —Me armé de valor. Me costaba un poco pronunciar bien todas las palabras y formar una frase coherente, ya que hasta ese momento no había tenido una conversación a solas con él.

—Eres libre de preguntar lo que quieras. —Seguía con la mirada fija al frente, pero ya no miraba al sol, ya que acababa de desaparecer dejando un color precioso en el cielo.

—¿En realidad eres así? —El corazón me palpitaba con fuerza.

—¿Así? ¿A qué te refieres?

—Tan... borde y sin sentimientos. —Apenas me escuché yo misma de lo bajito que pronuncié aquellas palabras pero sé que él me escuchó porque giró finalmente el cuerpo hacia mí mirándome con aquellos preciosos ojos color miel.

—¿Así me ves por fuera?

—Es lo que demuestras —carraspeé—, al menos lo que he visto en este viaje.

—Gracias por decírmelo.

¿Gracias? Yo quiero saber por qué eres así, no que me des las gracias. Pero eso nada más que lo pensé. Me mordí la lengua y no me atreví a volver a sacar el tema. Entonces, tras un pequeño silencio llegó lo más inesperado.

—Anne, me gustaría pedirlos perdón —me volvió a mirar—. A ti y a tu hermana. Sé que no sirve de mucho decir esas palabras porque ya lo he comprobado —no supe a qué se refería, pero le seguí escuchando—: Pero quiero que sepáis que si he sido un poco arisco con vosotras no fue con mala intención. Han sido unos días un poco raros. Lo siento.

Tragué saliva al notar la garganta seca. ¿Qué debía responder? ¡Se estaba disculpando! ¡¿Dónde está mi segunda voz cuando se la necesita?!, exclamaba mi mente pensando en mi hermana.

—No pasa nada. —No me salieron más palabras.

Me di cuenta de que en ese rato habíamos acabado pegados uno al otro y rozaba su brazo con el mío lo que hizo que me diera un escalofrío.

—Vaya, ¿tienes frío? —se separó un momento—. Toma, pónstela.

Se quitó la anchísima sudadera que llevaba quedándose en manga corta aunque la manga le llegaba hasta el codo al ser al menos una talla XL.

—No, Max, no hace falta. Si tengo frío me voy dentro —rechacé la

sudadera.

La verdad es que sí comencé a tener frío, pero no tenía nada de ganas de volver dentro, quería quedarme allí mismo con él, a su lado, todo el tiempo que fuera necesario. Aquellos minutos valían oro y los iba a aprovechar.

—He dicho que te la pongas —me ordenó algo serio al principio aunque cuando la agarré pude ver una media sonrisa que me hizo sonreír.

—Gracias —dije una vez con la sudadera puesta.

Max soltó una carcajada de pronto que me desconcertó.

—¿De qué te ríes? —arrugué la frente.

—Que poco más y te llega la sudadera a los pies.

Ambos nos reímos un rato hasta que volvimos a colocarnos como antes; apoyados en la barandilla y observando cómo el barco rompía contra las oscuras olas.

—¿Tú no tienes frío? —le pregunté tras tener una pequeña conversación sobre mi película preferida, *Titanic*.

—No. Yo soy un tío muy fuerte —bromeó sacando músculo de ambos brazos.

—Nunca hubiera imaginado esta faceta tuya —dije honestamente.

—¿A qué te refieres?

—Eres muy bromista y gracioso, y por lo visto también hablas demasiado —sonreí—. Como Sebas —añadí al final.

—Mi hermano es peor aún, no se calla ni debajo del agua —sonrió con cierta timidez pasándose después la lengua sobre el labio inferior.

Entonces me fijé por primera vez en su lengua. Llevaba un pendiente en ella.

Sexy.

Nos quedamos un instante en silencio, ese momento que siempre surge en una conversación que de repente se termina y en el que empiezas a buscar rápidamente cualquier otro tema del que hablar. Pero lo peor de todo es que me había quedado en blanco sin saber qué decir. Entonces fue Max quien dijo algo que quizás hubiera sido mejor que no dijera.

—Me gusta hablar contigo, Ann —Espera. ¿Había abreviado mi nombre? ¿Qué confianzas eran éstas?—. Me arrepiento un montón de no haberte dirigido apenas la palabra en todos estos días.

Esas palabras fueron preciosas, pero por algún motivo no quería

escucharlas. Pensé en Julia, en cómo lo estaba pasando de mal por él y en que yo era su amiga. Me quedé sin voz en ese preciso instante, no supe qué contestar y como si todo fuera a cámara lenta noté cómo se acercaba más a mí y se inclinaba un poco para aproximarse a mis labios. Apenas estábamos a un centímetro cuando recuperé el don de la palabra.

—Creo que ya es la hora de cenar. —Me separé de un impulso.

Max retrocedió, asintió y sin decir nada más volvimos juntos al comedor. Había estado soñando todas las noches con la llegada de aquel primer beso pero fui yo misma la que evitó que ocurriera, por alguna razón supe que haríamos mal. Nunca me había dolido tanto rechazar un momento tan esperado como aquel. Por cierto, Max tenía una sonrisa preciosa. Por fin había sido testigo de ello.

En la cena volvimos a reunirnos todos. El ambiente parecía relajado hasta que Max no pudo aguantarse más las ganas de romper aquella tranquilidad.

—¿Qué tal la siesta? ¿Habéis dormido cogiditos de la mano? —preguntó levantando la mirada hacia Sebas y Julia que estaban frente a él.

—Max, no empieces. ¿Podemos acabar la última noche bien, por favor? —le suplicó su hermano bastante serio.

Max resopló y no volvió a hablar durante el resto de la cena.

—He visto un cartel en cubierta. Al parecer hoy hay una especie de discoteca solo para jóvenes. ¿Vamos, no? —comentó Kristin que parecía estar un poco mejor de humor.

—¡Claro, cuenta conmigo! —saltó Anton de inmediato.

—Joder hermanito, nunca antes te había visto tan emocionado por ir a una disco —comentó Angy entre risas.

Anton intentaba esconder algo, lo conocía bastante bien y notaba algo extraño en su forma de actuar desde que nos habíamos sentado para cenar. Parecía más... ¿alegre?

—No sé, es el último día aquí ¿no? A mí me parece buena idea.

Tras terminar fuimos saliendo hacia nuestros camarotes para vestirnos con nuestras mejores galas.

—Oye Ann, ¿dónde te has metido esta tarde al final? —me preguntó la curiosa de mi hermana una vez dentro del camarote.

—Fui a dar una vuelta, ya te lo dije.

—¿Tú sola?

Tanta insistencia no me gustó mucho por lo que supuse que me había visto

acompañada y quería sonsacarme información.

—Me viste con Max ¿no? Pues déjate de tanto interrogatorio tonto y ve al grano —dije mientras elegía un short y un top que me encantaba.

—Jajaja, ¿cómo sabes que os he visto?

—Angélica, que soy tu hermana, te conozco demasiado —hice una pausa y la miré. Seguía con cara de esperar una respuesta—. No pasó nada entre nosotros —añadí enseguida.

—Pero te gusta, ¿no? Además quién sabe si le volverás a ver luego en Nueva York, quizás esta noche deberías irte a solas con él y lanzarte. Parece que ya no le interesa ni Julia ni Kris. Tienes vía libre.

Angy tenía razón en una cosa; ¿y si no le volvía a ver al bajar del barco? Estaba segura de que veríamos a Simon y Kristin porque nos íbamos a quedar con ellos en su casa pero, ¿y los gemelos? No sabíamos qué pasaría con ellos cuando llegáramos a Nueva York. Me daba rabia también la posibilidad de no seguir viendo a Julia quien se había convertido en una buena amiga para mí y no quería perderla.

Kristin, una vez ya arreglada, estaba a punto de salir en busca de su hermano para ir juntos hacia la discoteca cuando unos golpecitos en la puerta hicieron que abriera y se enfrentara a la persona que estaba aguardando tras ella.

—Max...

Al verle de nuevo tan cerca hizo que el corazón le latiera al máximo. Iba guapísimo, para él sus mejores galas era igualmente tallas más grandes de lo normal pero iba muy conjuntado. Kristin recibió un golpe de olor a su perfume habitual que le hizo recordar momentos íntimos a su lado.

—¿Puedo pasar un segundo? —preguntó sacándole de sus pensamientos.

—S-sí, claro —le dejó pasar al interior y cerró la puerta.

—Estás muy guapa, Kris. —sonrió dulcemente.

—Por favor, si tienes que decirme algo dilo ya. Tengo prisa.

Max se aclaró la garganta, algo nervioso. Kristin no estaba para tonterías. Sentía mucha pena por ella. El problema que guardaba en su interior era muy grave y de algún modo quería que ella terminara contandoselo personalmente.

—Quiero que sepas que siento mucho si te he hecho creer que yo... Bueno que... —No encontraba las palabras exactas.

—¿Que sentías algo por mí? —le ayudó—. No te preocupes, ya me he dado

cuenta de que no es así; demasiado tarde pero me he dado cuenta.

—Te pido perdón de nuevo —agachó la cabeza—. Quiero seguir siendo tu amigo y que sigas contándome tus cosas.

—¿Para qué? —se encogió de hombros—. Si a partir de mañana desaparecerás de mi vida, al igual que yo de la tuya.

—Joder Kristin, no seas así —le miró a los ojos—. Seguiremos viéndonos, tienes mi número de móvil y yo me quedaré allí todo el verano seguramente por la movida de la discográfica así que podremos vernos —hizo una pausa y añadió—: Si tú quieres, claro.

Kristin se mordió el labio sin saber qué más decir, le quería muchísimo como para decirle que se olvidara de ella. No quería separarse de él y si al menos iba a poder verle debía alegrarse por ello. De todas formas poco le quedaba por disfrutar y ella lo sabía más que nadie.

Capítulo 7

La discoteca se iba llenando de adolescentes y jóvenes adultos dispuestos a pasar una última noche inolvidable dentro de aquel enorme buque. Cerraban a las seis de la mañana con lo cual teníamos tiempo suficiente para pasar un buen rato. Para cuando Angy y yo llegábamos a la puerta de la discoteca ya estaban allí Anton, Simon, Sebas y Julia. Todos vestidos con sus mejores galas.

—¡Vaya, qué guapos todos, si parecéis otros! —exclamó Angy al verlos.

Yo asentí dándole la razón y, tras saludarnos, Simon sugirió que entráramos antes de que se llenara de gente.

—¿Y Max? —decidí preguntar. No podía ocultar el interés que tenía en verle. Me asaltó la duda de que hubiera una probabilidad de que no viniera pero intenté no pensar en ello.

—Me dijo que tenía que hablar con Kris —contestó Sebas.

¿De qué tenía que hablar con ella? ¿No se supone que ya no se hablaban? ¿O es que quizás tenía pensado volver con ella aun sabiendo que Julia lo iba pasar mal? No, no le veía capaz de hacer eso.

—Bueno, vamos dentro. Les esperamos allí —insistió Simon.

El ambiente estaba genial. Había música y un dj, además de un escenario. La sala estaba oscura a pesar de los focos de colores que había en el techo. A un lado estaba la barra donde nos dirigimos nada más entrar.

—¿Ya vais a beber? —pregunté al ver a mi hermano aceptando una jarra de cerveza del camarero.

—Pues claro hermanita, pero solo Simon y yo que somos los mayores.

—Perdona *hermanito* —se metió la entrometida de Angy haciendo hincapié en la última palabra—. Pero todos aquí tenemos dieciocho años y podemos beber si queremos. Al menos mientras estemos en este barco.

Anton puso los ojos en blanco pensativo y luego contestó sonriendo:

—Está bien. Pero no os acostumbreis ¿eh?

—Hoy porque es el último día —añadió Simon sonriente.

—¡Genial! —Y Angy les dio un beso en la mejilla a ambos.

Mientras discutíamos un poco sobre la bebida no pude evitar desviar la mirada hacia el otro lado de la barra donde Sebas tiraba del brazo a Julia. ¿Qué intentaba con ese gesto? A los pocos segundos supe de qué se trataba; le estaba convenciendo para bailar con él y encima acababan de poner una balada preciosa. Finalmente, salieron a la pista a bailar aquella canción lenta junto a otras parejas.

—¡Ann! ¿Hola? —Una mano pasó por delante mis ojos.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté a Angy que acababa de tapar la escena que me tenía ensimismada.

—¿Qué miras?

Abrí la boca para decírselo pero recordé de pronto que a Angy le interesaba Sebas y no veía apropiado decirle que en esos momentos, justo detrás de ella, estaba bailando con Julia así que tuve que mentir.

—Nada, me había quedado pensando en... —Mierdas. No se me ocurría nada.

—¿En Max quizás?

—Eh... Sí —improvisé.

—Anda, no te rayes y bebe —dijo ofreciéndome de su vaso. Era vodka con limón. Yo no solía beber, ya que me afectaba bastante el alcohol pero Angélica parecía controlar bastante.

Media hora después llegaron Max y Kristin aunque yo no me di cuenta hasta que vi cómo Sebas se separaba de Julia y la arrastraba hacia ellos.

—¿Qué haces, Seb? —preguntó Julia dejándose llevar.

—Quiero que tú y Max hagáis las paces. Kristin ya ha hecho las paces con él, ahora te toca a ti —Julia iba a replicar pero éste le interrumpió—: Y no admito un no por respuesta.

Kristin saludó a todos y se acomodó en la barra junto a los chicos. Max y Sebas se miraron un instante y se comprendieron a la perfección.

—¿Podemos ir fuera un segundo? —dijo Max al oído de Julia para hacerse oír por encima de la música.

—¿Te ha obligado tu hermano a hablar conmigo? —preguntó ya fuera del salón, en la cubierta—, porque si es así no tenemos nada de qué hablar.

—No. Soy yo quien quiere hablar contigo y no me ha tenido que decir él nada.

—Ya... —Se cruzó de brazos.

—No me lo pongas más difícil por favor, sé que te mueres de ganas por entrar dentro para estar con mi hermano —hizo una pausa que hizo que Julia levantara la cabeza y le mirara—, así que terminemos cuanto antes.

—No vas a conseguir que con cuatro palabritas esté todo arreglado.

—Ya lo sé, créeme que lo sé —contestó enseguida—. Pero al menos dejaré de comerme la cabeza pensando en que jamás iba a poder hablarte.

Julia sintió ganas de perdonarle sin más pero no podía, debía mantenerse fuerte y de algún modo hacerle sufrir para que aprendiera de sus errores.

—Ya me estás hablando, ¿contento?

Max alzó las cejas sorprendido por el modo de actuar de Julia, ya que jamás se había comportado de aquella manera tan impulsiva. Julia era una chica tímida e ingenua que se dejaba llevar por todos o eso era lo que pensaba Max hasta ese momento.

—Por lo que veo mi hermano te ha hecho cambiar de actitud ante la vida.

—¿Quieres dejar de hablar de Sebas?! —exclamó enfadada—. ¿No se supone que querías arreglar lo nuestro?! Porque parece que lo que más te importa es la relación que tengo con él.

Max se quedó sin palabras.

<<¿Entonces era verdad que le importaba más eso?>>, pensó Julia en ese instante al comprobar su silencio.

—Está bien. Por lo visto ya hemos terminado —Y dándose la vuelta entró al interior.

—¡Mierda! —escupió Max en voz alta.

Dejó pasar a varios adolescentes que le saludaron al reconocerle por las actuaciones que habían hecho a lo largo del crucero y, tras un poco de calma, volvió a entrar dirigiéndose a la barra a beber un poco. Necesitaba despejarse de todo.

Todo el mundo estaba bailando en la pista cuando cerca de las tres de la mañana, apagaron la música y enfocaron hacia el escenario. En él había una chica joven que comenzaba a hablar por el micrófono tras esperar a que los adolescentes dejaran de gritar y reclamar de nuevo la música.

—¡Perdonad la interrupción! —exclamó haciendo señas con la mano—. Sé que lo estáis pasando fenomenal pero lo vais a pasar aún mejor con el

siguiente juego que os voy a explicar...

—¡Ahí va! ¡Esto se pone interesante! —exclamó Anton, emocionado.

Ángela y yo nos miramos sin entender la nueva forma de ser de nuestro hermano. Nunca antes lo habíamos visto tan emocionado por juegos tontos como estos.

—Espero que haya beso o toqueteo sino no mola —añadió Max con travesura.

—Jajaja, tú siempre pensando en lo mismo, aunque tienes razón —le dio un codazo Anton.

—Bueno, callaos que lo explique que no nos vamos a enterar de las reglas del juego —intervino Simon prestando atención.

La joven subida en el escenario comenzó a explicar el juego y conforme lo iba explicando se fueron escuchando comentarios y murmullos. La mayoría emocionados por comenzar. El juego, explicó la chica, se llamaba Vampiros Sedientos. Comenzaba separando a las chicas de los chicos. Ellos eran los vampiros y ellas las humanas. Su misión era cazar a cuantas humanas pudieran para convertirlas en vampiresas, pero no iba a ser con un mordisco sino con un beso en el cuello. Las chicas debían llevar una venda en los ojos porque nuestra misión era adivinar quién era nuestro vampiro. La sala iba a quedar casi a oscuras dejando tan solo una tenue luz proveniente de un foco. Ganaba la chica que acertara a su propio vampiro y ganaba el vampiro que más humanas hubiera cazado. Los chicos llevarían un número pegado en sus camisetas para luego poder reconocerles. Iba a ser todo un caos: una sala llena de adolescentes corriendo de un lado a otro para cazar o ser cazados. Pero la verdad es que a todos nos encantó la idea y estábamos deseando que empezara.

—¡Muy bien, pues ya explicado el juego y resuelto las dudas, colocaos: chicos a un lado de la sala y chicas al otro lado!

Kristin, Julia, Angy y yo nos juntamos y nos unimos al resto de chicas. Escuchábamos muchos comentarios sobre los chicos hasta que presté atención a dos de ellas.

—¡Guau! ¿Te imaginas que mi vampiro es Máximo Adams? —suspiraba una de ellas.

La otra sonrió y aportó su opinión:

—Yo prefiero al hermano.

—¡Ah, mira! Ya reparten las vendas.

Esto hizo que me fijara en la chica del escenario que iba con una bolsa llena de vendas de color negro las cuales iba repartiendo una a una a cada chica.

—¡Qué ganas de empezar! —exclamó Angy cuando agarró su venda.

Alguien apagó las luces de la sala dejando tan solo un foco blanco demasiado tenue para que hubiera más intimidad y, a mismo, para hacer el juego más complicado. Tras terminar de repartirnos las vendas, la organizadora se colocó en el medio de ambos grupos.

—Está bien, ahora pondremos música escalofriante para dar algo de ambiente al juego. Chicas, poneos las vendas en los ojos —nos miró—. Chicos, a por ellas —les miró a ellos—. ¡Suerte!

—Dios, qué nervios —suspiré colocándome la venda.

El corazón me latía a mil por hora. Nunca me habían gustado este tipo de juegos a ciegas. Siempre tiendes a hacer trampas y a mirar por debajo de la venda, pero esta vez no quise hacerlo. Al comienzo del juego iba agarrada de la mano de Angélica. Por algún motivo prefería saber que estaba a mi lado pero alguien me empujó y nuestras manos se soltaron. Escuchaba risas, voces y la música de fondo. ¿Y si hiciera trampas aunque fuera por un momento? No, no fuera a ser que quedara descalificada y quedara mal ante el resto de adolescentes.

Mientras caminaba a ciegas iba con las manos hacia delante y de vez en cuando tocaba a alguien, pero enseguida se apartaba de mi camino. <<¡Que alguien me dé el beso en el cuello, quien sea, pero quiero terminar ya con el dichoso juego!>>, pensaba una y otra vez. No era como yo esperaba y todo aquello de ir a ciegas me estaba poniendo nerviosa. Por un momento me vino a la cabeza que nadie iba a querer besarme, seguro que iba a ser la única a la que no querían convertir en vampiresa. Estaba comenzando a hartarme de andar a ciegas, no veía nada y no sabía hacia donde me tenía que mover. ¿Y Angy? ¿Y Kristin y Julia? ¿Les habrían cazado ya? ¿Sería yo la única que quedaba y estaban decidiendo los chicos quién iba a quedarse conmigo? Seguía sumida en mis pensamientos cuando volví a chocar con alguien, pero ésta vez no me apartó sino que me agarró de los hombros y me besó el cuello muy lenta y dulcemente. Me dio un escalofrío haciendo que la piel del cuello y los brazos se me erizase. Respiré el olor que desprendía al tenerle tan cerca, me resultaba bastante familiar el perfume que llevaba pero no supe del todo reconocerle. Tras el beso en el cuello noté cómo me agarraba de la mano y me

conducía hacia algún lugar. A los pocos segundos, paramos. Estuve un rato sin moverme ni un centímetro al tiempo que escuchaba voces femeninas a mi alrededor. Entonces olí la mano que había agarrado mi vampiro. Sí, el perfume que llevaba lo había olido antes y además lo tenía muy reciente, pero ¿de quién provenía? No sé el tiempo que llevaba con los ojos tapados pero por un instante creí haber perdido la vista, deseaba quitarme la venda ya. Entonces una voz femenina exclamó diciendo que el juego había finalizado.

—¡Podéis quitaros las vendas de los ojos, chicas! —Escuché decir a la misma voz.

Suspiré al tiempo que me la quitaba, me costó un tanto enfocar bien la vista pero al fin pude ver con claridad tras frotarme los ojos. Frente a mí estaban todos los chicos en una fila horizontal y a mi lado tenía a varias chicas, entre ellas localicé a Julia. Separadas por una valla había más grupos de chicas. En el mío estábamos una gran mayoría que en el resto. ¿Quería decir eso que nuestro vampiro había ganado por conseguir la mayoría? La chica que había organizado el juego iba pasando por cada grupo de chicas preguntando una a una. Finalmente, llegó mi turno.

—Bueno ¿y tú? ¿Quién crees que ha sido tu vampiro? Piénsalo bien.

La chica llevaba un cuaderno donde iba apuntando las respuestas y nuestros nombres para saber quién acertó y quién no. Tan solo había que decir el número del supuesto chico. Miré a los chicos colocados frente a nosotras; eran por lo menos doce. Uno de ellos debía ser mi vampiro. Si acertaba ganaba un premio y si no nada. ¿Qué más daba? Si total, solo era un juego. Aun así odiaba perder así que tenía que acertar como fuera. Fui posando la mirada uno por uno, ellos sonreían aunque algunos parecían más serios. Llegué a Anton que negó con la cabeza lentamente. Seguí mirando. Simon, Sebas... ¿Era el perfume de Sebas el que tanto me resultaba familiar? De nuevo me llevé la mano a la nariz que aún seguía teniendo el olor del chico en cuestión. Seguí mirando los rostros. No, ese perfume no pertenecía a Sebas. Seguí mirando y llegué al último que sonreía tímidamente: Max. ¡Claro! ¡Era su perfume! ¡Estaba segurísima de que le pertenecía! Había estado con él antes de cenar y la sudadera que me había prestado olía tan bien que la podría reconocer al 100%. Era su perfume, era él... Max era mi vampiro.

—El número tres —respondí fijándome en la cifra que Max llevaba en su camiseta.

La chica asintió y lo apuntó en su cuaderno anotando también mi nombre. Miré de nuevo a Max y éste me guiñó un ojo. Noté cómo las mejillas me ardían. ¿Por qué había querido “cazarme” a mí si apenas había mostrado interés alguno por mí durante toda la fiesta? No tenía ningún sentido. Este chico me sorprendía cada día más. Entonces miré a Julia, también la había cazado a ella. Aquel dato me hizo desanimarme de alguna manera. Seguramente seguía sintiendo cosas por su ex novia.

Tras todo el recuento, la chica subió de nuevo al escenario para anunciar al vampiro ganador de la noche.

—Bueno, chicos. El vampiro que más ha cazado esta noche es... ¡El número tres! —todos aplaudimos—. ¡Vamos, sube aquí a recibir el premio!

—Cómo no iba a ser él... —susurró Sebas a un chico que tenía al lado que no conocía de nada. El aludido se encogió de hombros sin saber qué decir.

Max agarró el premio que le daba la chica; una medalla de color negro. Se la colocó sobre el cuello, saludó feliz y volvió a bajar.

—Ahora diré los nombres de las chicas que han acertado a su vampiro. Tengo que decir que sois muy pocas las que habéis acertado —soltó una risita y esto hizo que muchos la imitaran—. Pero la verdad es que era muy difícil entre tanto vampiro. Muy bien, que vayan subiendo al escenario las siguientes chicas: Andrea, Vera, Lisa...

Que no diga mi nombre, que no diga mi nombre, me repetía a mí misma una y otra vez.

Capítulo 8

Se me revolvieron las tripas de los nervios en ese momento. No quería subir al escenario y que todo el mundo viera lo colorada que estaba.

—Michelle, Julia... —miré a Julia, era ella ¡Había acertado!

Y entonces dijo mi nombre.

—Y por último ¡Anne! ¡Un fuerte aplauso para ellas!

Kristin y Angélica por lo visto no habían acertado. Corrí hacia Julia y ambas cogimos las medallas dando las gracias mientras todos aplaudían.

—¡Bueno, y ahora que siga la fiesta!

¿Que siga la fiesta? ¿Qué hora era? Miré el reloj, aún quedaban dos horas para el cierre de la sala. Marcaban las cuatro.

—Vaya juegucito ¿eh? —comentaba Julia al tiempo que bajábamos del escenario.

—Yo no he pasado más vergüenza en mi vida —dije tocándome las ardientes mejillas—. Necesito tomar algo frío.

—¡Te invito! —exclamó alguien detrás de nosotras.

Ambas nos giramos y vimos a Max que nos sonreía feliz. Yo le sonreí también, pero Julia le miró seriamente y desapareció entre la gente dejándonos solos. ¿Qué habría pasado? ¿Acaso no habían hecho las paces al igual que las había hecho con Kristin?

Julia iba a toda prisa abriéndose paso entre la gente hasta que chocó con alguien.

—¡Apártate, Sebas! Me voy fuera.

Pero Sebas seguía frente a ella impidiéndole el paso. La música sonaba muy alta y apenas podían hablar.

—¡Te acompaño! ¡Tenemos que hablar! —bramó haciéndose oír.

Julia sabía que no tenía escapatoria y salieron fuera juntos. La cubierta

estaba vacía. Comparado con la agitación y el ruido de la sala, el exterior era el paraíso. Silencioso y tranquilo. La luz de la luna era lo único que alumbraba el exterior. Julia se llevó las manos a los brazos, hacía bastante frío por el movimiento veloz del barco.

—Toma, pónstela. No querrás coger un catarro antes de llegar a Nueva York —Sebas se quitó la chaqueta y se la puso por encima de los hombros a Julia que no se negó en aceptarla—. Y ahora dime —se puso frente a ella—. ¿No has perdonado a Max? ¿Ni siquiera le has dado la oportunidad de ser amigos?

Julia miró hacia otro lado.

—Sebas, ¿tenemos que hablar de Max? ¿Es necesario?

—Sí, para mí es importante y necesario —agarró a Julia de la barbilla y le giró la cara para mirarle a los ojos—. Julia, me sienta mal ver cómo apenas os dirigís la palabra. No te estoy pidiendo que olvides lo que ha pasado pero al menos que podamos seguir saliendo los tres juntos.

A Julia le comenzaron a asomar unas tímidas lágrimas y al parpadear comenzaron a deslizarse por sus mejillas con rapidez.

—Seb... Tengo miedo a caer en sus redes y a que vuelva a hacerme daño.

—Eso no va a pasar —decía al tiempo que le secaba las lágrimas con los dedos—. Créeme —se miraron a los ojos—, porque yo voy a estar contigo, a tu lado, para que no vuelva a hacerte daño.

—No sé, Sebas... —decía con un tono de duda en la voz. Bajó la mirada al suelo. Tener a Sebastian a escasos centímetros comenzó a ponerle bastante nerviosa sin saber el porqué. Sebas era su mejor amigo pero en ocasiones le recordaba tanto a Max...

Mientras los dos jóvenes hablaban, Angélica bailaba en el interior junto a Kristin, Anton y Simon.

—¡Ahora vengo, voy a buscar a Julia por si quiere venir a bailar! —daba saltos Angy—. ¡Me dijo que esta canción era su favorita! —señaló el altavoz.

—¿Sabes dónde está?! —gritó Anton mientras bailaba cada vez más cerca de Kristin.

—¡Salió fuera con Sebas, les vi salir! —respondió Simon.

Angy asintió y fue hacia la salida en busca de Julia. Iba tambaleándose, había bebido ya más de cinco cubatas y comenzaba a surtir efecto en su cuerpo menudo.

—Julia, estás... —descubrió a Sebas y Julia abrazados tiernamente— aquí—concluyó la frase entre susurros.

Los dos amigos se separaron de inmediato al escuchar la voz de Angélica.

—¡Ah, hola Angy! —exclamó Sebas sonriendo.

Julia intentó sonreír, pero no estaba con el ánimo muy alto.

—¿Quieres algo? —preguntó Sebas al ver que Angy seguía observándoles sin decir nada.

—No —respondió enseguida—. S-solo venía a tomar un poco el aire. Hace mucho calor dentro y apenas se puede respirar.

Angélica tenía mucha facilidad para improvisar y sobre todo le salía de una forma muy espontánea cuando iba medio borracha.

—Nosotros nos vamos ya dentro, ¿no, Julia?.

La chica de ojos verdes asintió y éste le agarró de la mano. Angy salía al tiempo que ellos entraban. Necesitaba despejarse, estar sola y pensar en lo que acababa de ver. ¿Qué era lo que pretendía la inocente de Julia? ¿Ahora que Max le había dejado iba tras su hermano gemelo?

<<Esto me pasa por no haberme adelantado>>, pensó con rabia.

Por un instante no pudo retener el sentimiento de odio hacia Julia. No podía soportar cómo estaba alejándose la posibilidad de atraer a Sebas de alguna manera ahora que acababa de ver cómo Julia y éste se abrazaban.

Mientras tanto en el interior del salón, Max me acabó invitando a un cubata después de aquel juego. Ya era el tercero que me tomaba en la noche y no tenía pensado tomarme más, no quería acabar por los suelos. Estábamos apoyados en la barra, me encantaba poder tenerle tan cerca y poder respirar ese perfume que tanto me atraía.

—...fue la risa la verdad porque Sebas iba todo el tiempo detrás de las que yo tenía pensado pillar pero al final conseguí que fueran mías.

Reí tras su comentario aunque no me gustó demasiado. ¿Quería decir eso que Sebas había querido “cazar” a Julia y que Max se había interpuesto para cazarla él? ¿O se refería a otras chicas?

—¿Te pasa algo?

Aquella pregunta hizo que me sacara de mis pensamientos.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, te has quedado así como pensativa.

¡Vaya! ¿Cómo lo había notado? ¿No podía leer el pensamiento, no?

—No, solo estaba pensando —respondí sin ser capaz de improvisar igual de bien que mi hermana.

—¿Y en qué pensabas? —dijo un sorbo al cubata que tenía en la mano.

¡Oh, no! ¡Ahora sí que tenía que improvisar! ¡No podía decirle la verdad!
Corre, Anne, piensa, vamos, di lo primero que te venga a la cabeza, decía mi mente a toda prisa.

—Me gustas.

¡Oh, Dios mío! Pero ¡¿por qué había dicho eso?!

—¿Cómo?

No sé si lo preguntó porque no me entendió o porque necesitaba escucharlo de nuevo.

—Que... que me gusta... El cubata. Me gusta el cubata —añadí de inmediato dando un sorbo a mi bebida.

Me temblaban las manos.

—No has dicho eso —sonrió de forma pícaro—. Está la música alta pero tampoco tanto como para no escuchar a una persona que tengo a varios centímetros.

Se pasó la lengua por el labio inferior y pude ver de nuevo el *piercing* de su lengua. Me derretí por dentro. Pero la había cagado de una manera impresionante. ¿Qué debía hacer?

Entonces ocurrió un milagro que me salvó de tener que responder.

—Oye, Ann —me agarró Anton del hombro—. Que Simon y yo nos vamos ya a los camarotes. Estamos reventados.

—Se queda Kristin por aquí, así que estad algo pendientes ¿vale? —nos pidió Simon dirigiéndose a Max en especial.

Éste último asintió y volvió a posar la mirada en mí en cuanto se fueron.

—Creo que yo también me voy a dormir ya. Mañana llegamos temprano —dije enseguida intentando escabullirme y sin poder mirarle a los ojos.

—¿No me lo vas a decir?

—¿El qué? —pregunté haciéndome la tonta.

—Pues lo de antes.

—Ya te lo he dicho. —Me encogí de hombros.

—Bueno, pero prefiero asegurarme de que he escuchado bien para no quedar mal —dijo dando el último trago a su bebida y dejando el vaso vacío sobre la barra.

—¿Para no quedar mal? ¿A qué te refieres?

¿Por qué iba a tener que quedar mal? No le veía lógica.

—Sí, para no quedar mal al hacer lo que tengo pensado.

El corazón me latía con fuerza. Me había perdido en la conversación, no

entendía a qué se estaba refiriendo exactamente. Entonces pregunté de nuevo para dejar de dudar.

—¿Y... qué tienes pensado? —tragué saliva esperando una respuesta.

De nuevo parecía haberse parado el tiempo como aquel momento en la proa. Se fue acercando a mí lentamente. Nuestros labios estaban a punto de rozarse cuando al tiempo que cerraba los ojos para dejarme llevar, alguien agarró a Max del brazo separándonos en el acto.

—¡Kris! ¿Qué haces? —soltó de pronto al verla y no con muy buena cara.

—Max... Max me encuentro muy mal...

Kristin acababa de estropear el mejor momento de mi vida, pero en realidad tenía muy mal aspecto, parecía estar a punto de desmayarse.

Max le agarró de la cintura.

—¿Has bebido demasiado, no? —ésta asintió con los ojos cerrados—. Voy a llevarte al camarote.

Se pasó un brazo de Kristin por el cuello al tiempo que la sujetaba de la cintura con la otra mano. Se giró para mirarme unos segundos y sin decir nada salieron de allí. ¿Cómo debía tomarme aquello? ¿Bien o mal? Había sido una buena persona al ocuparse de ella pero tampoco estuvo bien dejarme tirada de esa manera.

Al terminar de beber lo poco que me quedaba llegó Julia hasta mí mirando a su alrededor.

—¿Qué buscas, Julia? —pregunté temiendo que me hubiera visto hace un momento con su ex novio a punto de besarnos.

—A Max. Hace nada estaba contigo, ¿dónde está?

No lo decía seriamente ni enfadada cosa que me alivió porque quería decir que no nos había visto a punto de enrollarnos.

—Ha ido a acompañar a Kristin a su camarote, estaba muy mal la chica —añadí para que no pensara otras cosas.

Sebas llegó hasta nosotras en ese preciso instante.

—Seb, tu hermano ya se ha ido —dijo Julia rápidamente—, así que prefiero irme a dormir. ¿Te vienes, Anne?

En realidad tenía pensado quedarme por si Max volvía pero, ¿y si no volvía y prefería quedarse cuidando de Kristin el resto de la noche? No quería quedarme esperando para nada así que asentí.

—¿Y mi hermana? ¿Se fue ya?

—Estaba fuera hace un rato, así que quizás se haya marchado.

—¿Te vienes, Sebas? —le pregunté al ver que seguía parado.

—Id vosotras. Ahora os alcanzo.

Ambas salimos de allí charlando sobre el juego de vampiros que tanto nos había marcado la noche. Mientras Sebas pedía otro cubata alguien pidió otro más a su lado.

—¡Angy! —se sorprendió al verla—. Creíamos que ya te habías ido a dormir.

—Pues ya ves, quería beber uno más —murmuró sin mirarle.

—Quizás no deberías —le aconsejó al tiempo que cogía su cubata.

—Quizás tú tampoco —Angy dio un trago al suyo y le sonrió forzosamente. Aún recordaba el momento en el que Sebas había abrazado a Julia y no podía dejar de sentir un poco de odio y quizás algo de envidia.

La gente comenzó a desalojar la discoteca a falta de media hora para cerrar.

—¿No tienes sueño? Está a punto de amanecer —comentó Sebas observando cómo Angélica se tambaleaba de vez en cuando.

—No. Tengo mucho aguante.

Sebas se rió pero se puso serio de pronto cuando Angélica cayó en redondo hacia atrás. Éste le agarró fuertemente de la cabeza que gracias a él no llegó a tocar el suelo. La gente que estaba alrededor se apartó un poco del susto. Los camareros se alarmaron pero Sebas les calmó a todos. Estaba consciente. Solo había tenido un pequeño desmayo.

—Sebastian... —susurró su nombre abriendo los ojos lentamente.

—No pasa nada Angy, estoy aquí —le dijo apartándole el pelo de la cara—. Por favor, haced hueco —alertó a la gente que los rodeaba al tiempo que la cogía en brazos para llevarla al exterior.

—¡Oh, mierda! —exclamó al ver que no tenía la chaqueta para dejársela. Julia se la había llevado sobre los hombros—. ¿Puedes mantenerte en pie?

—Sí...

Sebas fue dejándola en el suelo poco a poco sin dejar de sujetarla.

Angélica estaba tiritando de frío y los camarotes estaban un poco lejos y tampoco estaba en un buen momento como para caminar deprisa.

—Sujétate a mí, vamos al descansillo.

Llamaban “descansillo” a una sala llena de cómodos sofás que además tenía un billar y unas dianas para pasar el tiempo. Era bastante tranquila y acogedora y tan solo estaba a dos minutos del bar. Ayudándose de Sebas

llegaron a la sala que por suerte estaba totalmente vacía. Aún quedaba una hora para que amaneciera así que decidió tumbarla en uno de los mullidos sofás para que durmiera un rato.

—Ya está, no te preocupes ¿eh? Aquí estarás bien.

—¡Seb! —exclamó cuando se alejó del sofá—. Sebas, no me dejes sola...

—No te voy a dejar sola —se arrodilló en el suelo cerca de ella—. Ahora duerme un rato.

—Tú también deberías dormir... —susurró—. Aquí hay sitio para dos.

Angy señaló una parte del sofá. Había espacio suficiente para dos personas.

—¿No te importa? —Se puso en pie.

—Claro que no... —Angy respondía cada vez más bajo. Estaba a punto de caer dormida. Tenía ya los ojos cerrados cuando Sebas se tumbó a su lado quedando cara a cara. Éste observaba cómo dormía. Era encantador ver cómo poco a poco iba cayendo profundamente en los brazos de Morfeo. Finalmente, los ojos de Sebas también se cerraron.

Capítulo 9

Apenas había dormido dos horas cuando me desperté por el estruendo sonido que emitió el barco. Era una especie de bocina muy grave. ¿Estaría anunciando que ya habíamos llegado a Nueva York? Miré rápidamente hacia la cama de mi hermana para despertarla pero estaba vacía. Eran las ocho y media. ¿Ya se había levantado o aún no había vuelto de la fiesta? Cuando me despedí de Julia la noche anterior, me encontré el camarote vacío pero me dormí pensando que volvería tarde o temprano. Decidí no darle demasiada importancia y me vestí corriendo para comenzar a preparar la maleta.

De repente, Angy apareció por la puerta. Tenía un aspecto horrible y unas ojeras muy marcadas.

—¿No has venido a dormir? —pregunté en cuanto la vi aparecer.

—Dormí con Sebas.

—¿Con Sebas?! —abrí los ojos sorprendida—. ¿Os enrollasteis?

—No. No pasó nada. No te emociones.

Resoplé y seguí haciendo la maleta.

—Tengo el número de móvil de Sebas —comentó una vez comenzó a hacer la suya.

—¿Y el de Max?

—Sí, también me lo ha dado, así que cualquier día podemos quedar con ellos.

Llevábamos un rato haciendo nuestras maletas cuando alguien dio unos golpecitos en la puerta. Fui a abrir. Era Sebas.

—Chicas, ¿estáis listas? Vamos a desayunar todos.

—¿A qué hora desembarcamos?

—A las diez he escuchado por ahí —asomó la cabeza hasta encontrarse con la mirada de mi hermana—. Angy, ¿todo bien? —ésta asintió—. Bueno, os

espero en la puerta del comedor.

Asentimos y cerré la puerta. Miré a mi hermana extrañada.

—¿Qué pasa? —preguntó dándose cuenta de que no paraba de mirarla.

—Pues que creo que tienes que explicarme a qué se debe tanta preocupación por su parte ¿no?

Angy no tuvo elección. Cuando quería yo también podía ser cabezota y éramos mellizas ¿no? Algo tendríamos en común aparte del ligero parentesco físico. Mientras me lo contaba todo, Julia se encontraba frente a la puerta del camarote de los hermanos Adams. Acababa de llamar para hablar con Max, ya que Sebas se lo había vuelto a recordar. Max aún estaba medio dormido y en calzones cuando recibió a Julia en la puerta.

—Ah, eres tú.

Julia no pudo evitar mirarle de arriba abajo.

—Podrías taparte un poco, ¿no?

—¿Para qué? —vaciló—. Total, ya me has visto más de una vez así, no es nada nuevo.

Julia suspiró y sacó el tema para terminar cuanto antes.

—Tenemos que hablar.

—Ahora sí, ¿no? —Julia se mordió el labio inquieta—. Anda, pasa.

—¡Kris, vamos! ¡Sal ya o llegaremos tarde a desayunar! —Golpeaba Simon la puerta de su hermana que no salía del camarote.

A los pocos minutos salió, se había maquillado lo suficiente para que no se notara la cara de sueño que tenía. Ambos se dirigieron hacia el comedor donde ya aguardaban Sebas y Anton.

—¿Y los demás? —preguntó Simon al llegar.

—Max está hablando con Julia, ahora vendrán. Las demás no sé —respondió Sebas.

Kristin cerró el puño con rabia al escuchar aquel comentario; le ponía muy celosa saber que Max estaba con su ex novia. ¿Y si anoche hicieron las paces? La verdad es que no recordaba mucho sobre lo ocurrido en la fiesta, apenas recordaba algunas escenas sueltas y sin sentido. Lo que sí recordaba es volver al camarote con Max, después se quedó dormida al instante y cuando despertó

él ya no estaba.

—¡Ah mira, por allí vienen las mellizas! —saltó Simon al vernos llegar a Angy y a mí.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó Anton.

—Estábamos terminando de hacer las maletas.

En parte era cierto aunque también nos habíamos entretenido hablando. Angy me contó lo que ocurrió anoche y yo le conté lo que me pasó con Max. Angélica se puso muy contenta por mí pero también maldijo a Kristin por haber interrumpido el momento del beso. << Tenemos sus móviles >>, me había dicho ella, << así que otro día quedáis a solas y os enrollais tranquilamente >>. Mi hermana lo veía todo siempre tan fácil que al final lo parecía, pero no era así. Era todo muy complicado, empezando por Julia y terminando por Kristin. Por cierto, ¿dónde estaban Max y Julia? Estuve a punto de preguntar cuando ambos llegaban hasta nosotros caminando lentamente.

—Ya estamos todos, vamos a desayunar que me muero de hambre —dijo Max nada más llegar sin apenas darnos los buenos días.

Entramos todos al mismo tiempo excepto Sebas y Julia que se quedaron un poco atrás.

—¿Todo bien?

La joven tan solo asintió y ambos nos siguieron al interior del comedor.

Estábamos terminando el desayuno cuando volvió a sonar la bocina del barco, esta vez durante mucho más tiempo.

—¡Eh Ann! ¡Vamos a proa, corre! —Me agarró Angy del brazo tirando de mí.

—¿Para qué?

—¡Tú solo sígueme! ¡Venga!

Sin pensarlo dos veces corrí tras mi hermana.

Y entonces vi el paraíso.

Ví mi sueño al fin hecho realidad: Nueva York se abría paso ante mis ojos.

—¡Angy, mira! ¡La estatua de la libertad! —exclamé al reconocerla. Casi se me saltan las lágrimas, no sé si de la emoción o del aire que hacía, pero sí sabía que tenía una adrenalina en el cuerpo increíble. Imposible de describir.

Enseguida llegaron todos los demás que también se asomaron desde la barandilla. Max se subió a ella, me miró y me extendió la mano. Al principio dudé pero su sonrisa me arrastró hacia él como si de un imán se tratara.

Agarré su mano y me colocó delante de él, de espaldas. Los demás seguían abajo. Sentí la libertad y las ganas de volar.

—Extiende los brazos... —me susurró al oído—. ¿No me dijiste que querías vivir esto alguna vez? Pues aprovecha.

Entonces supe a qué se refería. Estábamos en la misma postura que Rose y Jack en la película de *Titanic*. Siempre había soñado con poder vivir algo como ellos y al fin lo había conseguido, de alguna manera. Me morí de alegría al ver que Max recordaba que esa era mi escena preferida de la película. Me agarró entonces de la cintura con fuerza y confiando en él extendí los brazos hacia los lados y él dejó apoyar su cabeza sobre mi hombro.

—¡Es impresionante! —grité emocionada y sintiendo cómo los latidos de mi corazón golpeaban mi pecho con fuerza.

—¡Hala, yo también quiero! —Daba saltitos la envidiosa de mi hermana.

Angy miró a Anton pero éste se negó en rotundo al igual que Simon. Solo le quedaba Sebas.

—Está bien. Vamos —sonrió tímidamente.

Sebas y Angy nos imitaron colocándose a nuestro lado. No pude ver las caras de Kristin y Julia pero de seguro que no les gustaba un pelo que estuviésemos con ellos de esa manera tan romántica. Sin embargo, en ese momento me daba igual lo que pensarán los demás. Yo estaba feliz y quería aprovechar aquel momento de satisfacción que estaba teniendo junto a Max. Tras varios minutos así nos tuvimos que bajar, ya que un guarda nos mandó dirigirnos con las maletas a la zona de desembarque. Tengo que decir que sentía nostalgia y pena al ver cómo bajábamos del barco pero luego me daba la vuelta a observar a mi alrededor y solo me entraban ganas de saltar y gritar que estaba en Nueva York. ¡La ciudad que tanto admiraba en las películas! Acordamos ir todos a casa de Simon y Kristin directamente. Los gemelos nos dijeron que tenían que ir a la discográfica por la tarde así que decidieron quedarse mientras tanto con nosotros para comer. Cogimos dos taxis, ya que no cabíamos solo en uno. Me llamaron la atención los taxis, eran amarillos, típicos de las películas americanas. Simon iba en nuestro taxi de copiloto para indicar al taxista el camino hacia la casa. Anton, Angy y yo íbamos en el asiento trasero. ¿Cómo sería la casa? Tenía bastante curiosidad por ver la que sería nuestra vivienda durante el próximo mes.

A mitad del trayecto sonó un móvil.

—¡Es mamá! —exclamó Angy mirando su móvil y descolgando la

llamada—. ¿Sí? ¡Hola, mami! —contestó feliz—. Sí, todo bien. Ah, no, al final vamos a dormir en casa de unos amigos que hemos hecho en el barco —tanto Anton como yo asentimos—. Anton ha cancelado el hotel al que íbamos a ir. Claro, mamá. No os preocupéis, adiós.

—¿Todo bien? —preguntó Simon.

—Sí, dice que por qué no vamos al hotel —rió Angélica.

—Pues está claro; porque con Kristin y conmigo nada más tendréis que pagar la comida. Seréis nuestros invitados. Os sale mucho más barato.

Todos reímos aunque aún no estaba contenta con la idea de pasar un mes entero junto a Kristin. Notaba que nuestra relación nunca iba a llegar a estrecharse. Éramos muy diferentes.

Media hora más tarde, tras dejar atrás el centro de Manhattan y sus preciosos y voluminosos rascacielos que me dejaron boquiabierta durante todo el camino, llegamos a un edificio de color blanco. Miré hacia arriba sin poder ver el final del alto edificio. Salimos del taxi con las maletas y respiré profundo. Los taxis amarillos seguían pasando por la carretera, el ruido de la calle me agradaba. No había ni pizca de comparación con el ruido de nuestra calle en Southampton en la que apenas pasaban coches. Miré más allá y pude ver que el río Hudson no quedaba muy lejos. Era perfecto. Y por lo que Simon nos había comentado, desde aquí se podía caminar hasta Broadway. Estábamos en el *Upper West Side* de Manhattan. Era increíble.

—¿Qué os parece? —nos preguntó Simon cuando se acercaban los demás que bajaron del otro taxi guiados por Kristin.

—¡Yo estoy flipando! ¡Qué genial debe ser poder venir aquí siempre que quieras! —exclamó Angy dejando la maleta en el suelo.

—Pues aquí pasamos todos los veranos que podemos. Nuestros padres pasaron su luna de miel en Nueva York y les gustó tanto que compraron este piso. Lo alquilamos durante el invierno para sacar algo de dinero y luego en verano lo usamos. Como podéis ver, el centro pillá a menos de media hora de aquí en coche.

Todos sonreímos de felicidad. Nos adentramos al interior del edificio y cogimos el ascensor. Debíamos subir al piso veinte que además era el último, y por lo que nos contaron en el ascensor tenían azotea privada. Debía ser alucinante poder ver Nueva York desde las alturas siempre que quisieras. Una vez nos enseñaron la cocina, el salón y la preciosa azotea con vistas al lado oeste de *Central Park*, volvimos al interior del salón.

—Bueno, ¿y dónde dormiremos? —preguntó la curiosa de Angy.

Le di un codazo suavemente y Simon que se dio cuenta dijo:

—Pero no la molestes, hombre. A ver, seguidme.

Nos adentramos por un largo pasillo en forma de *L* en el que aparte de tener las puertas que daban a los dormitorios también se encontraban los dos baños, uno más grande que el otro.

—Aquí hay un cuarto —señaló Simon una cama individual de tamaño *Queen*.

—¡Ésta para mí! —saltó Anton enseguida.

—Joder Anton, qué ansioso —rió Simon bromeando—. Y ahora si vamos por aquí... —nos dirigió hacia un cuarto con dos camas—. Pues en ésta podéis dormir vosotras —nos señaló a Angy y a mí—. Y justo en ésta de aquí al lado —prosiguió andando por el largo pasillo— pues dormiremos Kris y yo.

—¿Tengo que dormir contigo? —bufó Kristin disgustada desviando la mirada hacia Anton sin saber bien la razón.

—¿Y con quién quieres dormir?

—Pues quiero tener mi propio cuarto, ya que es mi propia casa.

—La otra habitación es el cuarto de invitados Kris, y además está sin arreglar.

Ésta resopló sin saber qué contestar. Acababan de llegar y no quería empezar con broncas tontas.

De pronto, en un momento de silencio, sonaron las tripas de alguien.

—Son las mías —dijo Max acariciándose la panza.

Todos reímos sin poder evitarlo.

—Vamos a tener que ir a comprar comida —dijo Simon—. No hay nada aquí.

—¿Hay supermercado cerca? —preguntó Sebas.

—No, andando tardarías por lo menos media hora. Recordad que en Nueva York las calles son larguísimas. Tenemos dos motos en el garaje.

—Una es mía —intervino Kristin sonriendo.

—No sabía que tuvieras moto —soltó Max arqueando las cejas.

—Pues ya lo sabes —le guiñó un ojo.

Decidieron quiénes se quedarían en el piso a preparar la mesa y quienes irían de compras. Yo me quedé junto a Max, Kristin y Julia. Mientras estaba sacando la ropa de mi maleta y colocándola en el armario, alguien entró sin llamar a la puerta.

—¿Podemos hablar?

—Sí, claro —miré de reojo cómo Max se sentaba sobre la que sería mi nueva cama—. ¿De qué quieres hablar?

—Lo primero, quiero que dejes de estresarte con la ropa y te sientes a mi lado para que me escuches.

Le hice caso y paré de colocar la ropa, miré la puerta que la había dejado abierta y decidí cerrarla para que las chicas no pudieran escucharnos. Me senté a su lado sin mirarle y comenzó a hablar.

—Quería pedirte perdón por dejarte anoche tirada en la fiesta.

¡No podía creerlo! ¿Se estaba disculpando por aquella tontería? Bueno, para mí no fue ninguna tontería la verdad pero supuse desde un principio que para él seguro que lo había sido así que quise restarle importancia.

—Ah, no pasa nada. Hiciste bien ayudando a Kristin, se le veía muy mala cara.

—Ya, bueno, pero pensé que me esperarías. —Se movió un poco y noté cómo se acercaba un poco más a mí.

—No te entiendo —fruncí el ceño—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que después de dejar a Kris en su camarote volví para...

—¿Volviste? —pregunté interrumpiendo sus palabras sin poder evitar usar un tono de sorpresa en mi voz.

—Por supuesto, pensé que estarías allí pero ya no había nadie y por eso te pido perdón por haberme marchado sin más.

—P-pero... ¿Para qué volviste? —Cada vez me costaba más articular palabra. Tenía los nervios a flor de piel.

—Para terminar lo que empezamos...

Y entonces volvió a acercarse a mí. ¡Dios! ¿Qué debía hacer? ¿Besarle aun sabiendo que Julia era su ex novia y además mi amiga? ¿Estaba todo muy reciente o debía dejarme llevar? De todas formas a lo mejor no volvía a verle después de ese día ¿no? Cerré los ojos dejándome llevar finalmente y enseguida noté cómo pasaba su brazo por mi cintura. Entonces, juntamos los labios. Fue tan solo un beso, uno solo, porque de nuevo la vida me volvía a estropear aquel preciado momento.

Capítulo 10

Alguien abrió la puerta de golpe sin llamar.

—Ya han llegado con —Julia se paró en seco al vernos— la comida.

Me puse en pie reaccionando de inmediato. Los tres nos quedamos en silencio sin saber qué decir hasta que finalmente ella se giró comenzando a correr.

—¡Julia, espera! —exclamé saliendo tras ella.

El resto, que se encontraba en la cocina sacando la comida de las bolsas, se volvió para mirar lo que ocurría. Julia había salido escopetada del piso y derecha hacia las escaleras. Una vez llegué al pasillo exterior Max me alcanzó y me hizo frenar.

—Déjame a mí, quédate aquí —me acarició la mejilla y salió corriendo escaleras abajo para alcanzar a Julia quien pretendía bajar los veinte pisos que tenía el edificio.

—¡Julia, para! —gritaba Max por las escaleras corriendo tras ella. Aún no estaba a la vista pero sentía que le llevaba dos pisos de ventaja.

—¡Ayyy! ¡Joder!

—¡Julia!

Tras bajar los escalones de dos en dos la encontró tirada en el suelo. Estaban en la planta doce.

—¡Déjame, Max! —gritó la chica entre sollozos y llevándose la mano al pie derecho.

—¿Que te deje? ¡Mírate! ¡Seguramente te hayas roto el tobillo!

Julia comenzó a ponerse de pie pero tras un par de intentos tuvo que agarrarse finalmente a Max. El tobillo le dolía mil demonios y no podía apoyar el pie por el intenso dolor que le producía al hacerlo.

—Por favor Julia, déjame que te lleve en brazos si quieres evitar que te

duela más —le suplicó Max seriamente.

La joven de ojos color esmeralda no tuvo elección; le dolía muchísimo el pie y no se atrevía a volver a apoyarlo.

—Ya podrías haber cogido el ascensor —dijo Max intentando bromear tras pulsar el botón del ascensor.

Sin embargo, a Julia no le hacía nada de gracia y las lágrimas corrían por sus mejillas sin poder evitarlo. Una vez llegó el ascensor, Max la cogió en brazos. Ya en el interior pulsó el botón número veinte. Tras llegar a la puerta del apartamento que se encontraba entreabierta aparecieron los demás. Sebas, alarmado al ver el panorama, pidió a voz en grito hacer hueco para tumbar a Julia en el sofá del salón. Apartó a Max una vez éste depositó a Julia sobre el mullido asiento. Se agachó al lado de su amiga con gesto preocupado.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó mirando expresamente a Max.

—Yo no tengo la culpa —se excusó rápidamente su hermano.

—Ya, seguro. Fíjate que últimamente siempre has tenido algo que ver con que a Julia le pase algo.

Max no pudo soportarlo más y explotó.

—¡Mira, Sebastian, calla la puta boca! —bramó elevando los brazos a modo de enfado—. ¡Estoy hasta los huevos de ti y también de ella! —miró a Julia que seguía llorando de dolor—. Todavía no entiendo por qué no estáis juntos de una maldita vez si es lo que de verdad queréis desde hace ya tiempo —Y diciendo esto salió del piso dando un tremendo portazo.

—No le hagas caso —susurró Sebas al ver cómo Julia sollozaba aún más fuerte.

—Me duele mucho, Seb —gemía intentando agarrarse el tobillo malherido.

Entre todos decidieron coger una bolsa de hielos del congelador para colocarla sobre el tobillo y así intentar calmar el dolor y la hinchazón. Una vez con la bolsa puesta Julia explicó que había discutido con Max y que había salido corriendo escaleras abajo.

—Me tropecé en los últimos peldaños y creo que me he torcido el tobillo. ¡Me muerdo de dolor!

Yo me encontraba algo alejada pero escuchando cada palabra. Por lo que parecía Julia no tenía intención de contar lo que de verdad había ocurrido entre Max y yo. Por alguna razón, no quiso que los demás se enteraran. Yo, avergonzada, no me atrevía ni a mirarle a la cara. ¿Y Max? ¿A dónde se habría marchado?

De pronto, volví de nuevo a la realidad al escuchar la voz de Sebas llamando por teléfono a una ambulancia..

—La ambulancia llegará en menos de quince minutos —anunció Sebas tras colgar la llamada. Luego, se arrodilló en el suelo junto a Julia y agarró su mano suavemente.

Angélica sintió una punzada de celos pero también le conmocionó mucho ver a Julia en aquel mal estado. La chica estaba pasándolo fatal. Vaya comienzo de viaje...

—Sebas, no hace falta que vayas con ella al hospital. Puedo ir yo para que no lleguéis tarde a la cita con la discográfica —se ofreció Simon sentándose en el sillón de al lado, preocupado.

—Gracias pero yo iré con Julia. Max puede ocuparse de la reunión solito.

—¿Y a dónde a ido Max? —preguntó Kristin de repente leyéndome el pensamiento.

—Espero que no haya ido muy lejos. Nueva York es enorme —comenté entre murmullos y sin poder evitar pensar en él.

—Tranquilos —dijo Sebas sin dejar de mirar a Julia que se retorció de dolor—. No creo que le pase nada. Es mayorcito para saber lo que hace.

A los pocos minutos, Kristin se ofreció a ir a buscar a Max diciendo que seguro que estaba en el portal. Sin pensarlo dos veces me uní a ella. Fue un momento incómodo, ya que no teníamos relación alguna pero aceptó mi compañía. Una vez bajamos al portal del edificio y vimos que no se encontraba allí decidimos separarnos. Daríamos la vuelta al bloque. Ella se pidió ir por la derecha por lo que yo fui por la izquierda. Tras caminar por una larga calle, giré a la derecha llegando así a la parte trasera del edificio. No sabía muy bien dónde buscar porque no me conocía la zona hasta que al fin le divisé sentado en los escalones de un portal. Pero no estaba solo. Kris se me había adelantado. ¿Cómo había hecho ella para llegar antes que yo? Claro, ella se conocía el barrio palmo a palmo por lo que seguramente sabría dónde mirar. Y por lo visto había acertado. Seguí caminando un poco más. Ninguno de los dos me había visto por lo que me escondí lo más cerca que pude para escucharles hablar. De todos modos no tenía otra cosa mejor que hacer.

—Kris, no hace falta que estés aquí, estoy bien.

Ella le contó enseguida que una ambulancia estaba a punto de llevarse a Julia al hospital y se alegró por dentro al ver que Max no había salido corriendo para acompañarla.

—Lo siento por preocuparme tanto pero no puedo evitarlo.

Max pensó que iba a seguir hablando pero al ver que callaba observó entonces su perfil y vio un par de lágrimas caer por su mejilla derecha.

—Eh... pero no llores. —Pasó un brazo por la espalda de ésta para intentar consolarla.

—Sé que es tontería decirte que sigo sintiendo cosas por ti porque también sé que tú no sientes lo mismo pero me da miedo perderte... —consiguió decir entre sollozos y apoyándose un poco sobre él.

—¿Por qué te pones tan melodramática? ¿Perderme? Ni que estuviera a punto de morir —sonrió creyendo que le haría algo de gracia pero provocó justo lo contrario. La joven lloró aún más.

Fue justo en ese instante que no pude más. No quería seguir escuchando a la idiota de Kristin. ¿Acaso Max no veía que era todo teatro? Estaba intentando dar pena para así conseguir que él la animara. Enseguida vi cómo Max acariciaba su espalda y sus manos. Con lágrimas en los ojos me di la vuelta y comencé a caminar para volver al piso. En este instante Max recordó que Kristin estaba enferma y que todo lo relacionado con la muerte no le agradaría para nada. ¿Cómo demonios se le había olvidado tal cosa?

—Joder, lo siento —dijo mordiéndose la lengua y abrazándola aún más—. No entiendo muy bien por qué estás así de mal —mintió— pero si quieres contármelo, soy todo oídos.

Kristin le miró a los ojos, tragó saliva y lo soltó de golpe.

—M-me estoy muriendo, Max. —Su voz sonó entrecortada y su labio inferior temblaba con rapidez.

La chica de cabello claro le contó el problema que llevaba en su interior. Max comenzó a sentir algo intenso en esos momentos pero no sabía bien de qué se trataba. ¿Compasión? ¿Pena? ¿Dolor? Y es que aunque ya conocía el secreto de Kristin, dicho de la boca de la misma chica era mucho más difícil de sobrellevar. Max le besó en la cabeza sin saber qué decir y la joven le abrazó aún más fuerte. Seguidamente, Kristin le besaba en los labios y éste le correspondía sin poder evitarlo

La ambulancia recogió a Julia y a Sebas mientras que Anton y Simon acordaron en ir en las motos. Angélica se quedó en el piso para esperar a su hermana, Kristin y Max.

—¡Acuérdate de decirle a Max cuando aparezca que vaya a la discográfica! ¡Que no se te olvide, por favor! —le pidió Sebas antes de subir al ascensor.

Una vez los asistentes médicos metieron a Julia en la ambulancia con la ayuda de una camilla, Anton y Simon subieron en las motos y salieron detrás de la ambulancia. Mientras tanto, Angélica se había quedado sola en el piso preguntándose dónde se habían metido los demás. Tras dar varias vueltas por el piso salió a la azotea para contemplar el paisaje. Los rascacielos imponían mucho y *Central Park* se veía enorme. De pronto, escuchó la puerta y volvió al interior.

—¡Anne! ¿Dónde está Max? ¿No habías ido a buscarle con Kristin?

Sin decir nada la abracé y me correspondió. A sus brazos no pude reprimir las ganas de llorar.

—Eh, ¿qué te pasa? —Me separó para mirarme a la cara.

—M-Max está con Kris —dije casi sin poder hablar entre tanto sollozo—. ¡No para darle bola a Kristin y encima después de haberme besado!

—Espera, espera ¿qué? ¿Al final os habéis liado y me estoy enterando ahora?

—Solo ha sido un simple beso —susurré casi para mí misma y la volví a abrazar más fuerte.

Pasamos cerca de dos horas sentadas en unas hamacas que había en la azotea y hablando de todo lo ocurrido hasta ahora. Comenzaba a atardecer cuando Angélica recordó algo.

—¡Mierda! —se puso en pie de pronto—. ¡Joder!

—¿Qué pasa, Angy?

Ésta se llevó las manos a la cabeza, aterrada.

—¡Se me olvidó llamar a Max para recordarle la reunión con la discográfica! ¡Pensaba que subiría al piso! ¡Sebas me va a matar! —exclamó alarmada mientras le temblaba todo el cuerpo del nerviosismo.

—No te preocupes, seguro que Max se habrá acordado y habrá hablado con su hermano.

A pesar de mis ánimos, Angy no se quedaba tranquila suponiendo las cosas, quería asegurarse. Por tanto, me convenció para salir a la calle a

buscarle. Quizás seguía con Kristin en aquel portal de la calle de atrás. Pero una vez estuvimos en la planta baja vimos a Max y Kristin llamar al ascensor.

—¡Chicas, estáis aquí! —exclamó Max al vernos—. Oye, ¿sabéis si Sebas ha cancelado la reunión de hoy por lo de Julia?

—No me digas que no has ido... —El rostro de Angy comenzaba a palidecer.

Max se encogió de hombros y frunció el ceño.

—¿Ido? ¿Yo solo?

Angy cerró los ojos y gruñó con fuerza.

—Joder, joder... ¡Joder! —maldijo al tiempo que abría la puerta del ascensor con rabia.

Una vez todos dentro pulsé el botón número veinte.

—¿Qué coño pasa? A mí no me ha dicho nada, pensé que lo habría cancelado.

Miré a Kristin que sonreía maliciosamente detrás de Max. ¿Acaso le hacía gracia aquella situación? Entonces recordé de pronto la imagen de ambos medio abrazados en los escalones de aquel portal, y cerrando los puños lentamente con rabia solté lo que pensaba sin importarme las consecuencias. .

—Tienes muy poca responsabilidad, Máximo —era la primera vez que le llamaba por su nombre completo—. En vez de estar tan acaramelado con Kristin deberías haber pensado en la reunión que tenías. Pero bueno —le di la espalda cuando las puertas del ascensor se abrían al llevar a nuestra planta—, supongo que para ti es más importante ella.

—Pero Anne... —comenzó a decir para intentar explicarse.

Sin embargo, Kris colocó su mano sobre el hombro de éste para silenciarlo.

—Déjala Max, no vale la pena discutir con ella —Y le agarró de la mano al tiempo que salíamos del ascensor.

Como era de esperar, el salón del piso se convirtió en un escándalo cuando llegaron los demás.

—¡Joder, Max! ¡¿Acaso no podías haber ido tú o qué?! —le gritaba Sebas en cuanto se enteró de lo ocurrido.

—¡A mí nadie me avisó y como tú no me llamaste ni nada pensé que lo habías cancelado! —se defendió Max.

Entonces Sebas dirigió su mirada a Angy. Ésta se estremeció de arriba a

abajo pero le sostuvo la mirada. Sebas no le dijo nada, por alguna razón no quería seguir discutiendo y menos delante de todos.

—Está bien Max, coge tus cosas. Nos vamos ya.

—¿Qué?! —exclamamos Angy y yo al unísono.

—¿A dónde vamos? —preguntó Max agarrando su maleta que aún seguía en el mismo sofá donde la había dejado desde que llegaron.

—Pues al hotel que hay al lado del hospital donde está ingresada Julia. Ya he hecho la reserva. Así podremos estaremos cerca por si nos necesita hasta que le den el alta —hizo una breve pausa—. Además, la discográfica está a dos calles del hotel así que nos viene perfecto.

Sebas, Anton y Simon nos contaron que tras una radiografía les informaron de que Julia tenía un esguince de carácter leve. Le pondrían una escayola, pasaría una noche de reposo en el hospital y al día siguiente, tras una revisión, le darían el alta. Julia iba a tener que llevar la escayola puesta al menos dos semanas y reposo absoluto. Todos nos aliviarnos un poco al saber que no había sido nada grave.

Una vez Max y Sebas cogieron sus maletas les acompañamos al portal del edificio para despedirnos. El oscuro cielo se alzaba sobre nosotros aunque las brillantes luces de los edificios de Nueva York corroboraba la expresión que dice “Nueva York, la ciudad que nunca duerme”. Las luces de las calles hacían que pareciera más temprano, pero eran ya cerca de las nueve de la noche de nuestra primera noche en Nueva York.

Mientras Max hacía aspavientos a cada taxi que pasaba por allí para que les recogiera, el resto empezamos a despedirnos de Sebas.

—Oye tío, ¿y qué vais a hacer con la discográfica? —preguntó Simon.

—Les llamaré mañana. A ver si pueden darnos otra oportunidad.

Cuando Max consiguió que un taxi se parase se acercó a nosotros para despedirse.

—Volveré a verte, ¿no? —le susurró Kristin al oído tras darle un suave beso en la mejilla.

—No lo sé, Kris —contestó seriamente.

La sonrisa de la chica desapareció de inmediato. Max ni se dio cuenta de aquel gesto y siguió despidiéndose del resto. Al llegar a mí nos dimos un abrazo relámpago. De esos que no duran ni un segundo. Fui yo la que me aparté enseguida. No me apetecía abrazarle en ese instante. Al mismo tiempo, Sebas miró a Angy quien estaba algo separada del resto. Tan solo se miraron y

éste se dio la vuelta para marcharse sin ni siquiera decirle un adiós. Nadie se fijó en aquel mal gesto aparte de Angy y yo. Ésta volvió al interior del edificio con rapidez y desapareció adentrándose en el ascensor. A los pocos minutos Sebas y Max cogían el taxi dirigiéndose hacia el hotel.

Una vez subimos al piso me dirigí al que sería nuestro cuarto y allí encontré a Angélica llorando sobre una de las camas. Cerré la puerta tras mi espalda y me senté junto a ella. Intenté animarla diciéndole que no se echara toda la culpa pero estaba bastante enfadada consigo misma.

—¡No lo entiendes, Anne! ¡Sebas me odia! ¡Ni siquiera se despidió de mí!

Rompió a llorar de nuevo. Dejé que se desahogara un par de minutos y luego dije:

—Anda, no digas tonterías. Venga, vamos a cenar un poco. Se te pasará cuando tengas el estómago lleno.

—No tengo hambre.

—¡A cenar! —se escuchó la voz de Anton al otro lado de la puerta.

—Bueno, yo me muero de hambre.

Sabía que mi hermana se ponía muy cabezota con sus enfados y rabietas por lo que salí de allí esperando que se le pasara pronto. En el salón había una mesa de madera de roble y allí ya estaban sentados Anton, Kristin y Simon. ¿Por qué no me agradaba cenar con ellos? Vaya pregunta absurda: porque notaba la ausencia de Max y Sebas... Y de Julia. Aún tenía que hablar con ella así que decidí ir mañana al hospital para verla tras la revisión y explicarle que fue todo por mi culpa. Pero sobre todo iría para pedirle perdón.

—¿Qué soléis hacer por las noches aquí? —preguntó Anton mientras pinchaba un poco de ensalada con el tenedor.

—Bueno, yo no salgo mucho —contestó Simon—. Suelo ir a un local que tenemos alquilado para hacer fiestas y tal. Y allí tengo mi batería así que voy a tocar a menudo.

—No sabía que tocabas la batería. Yo toco el bajo.

—Tampoco me dijiste nada —sonrió Simon, emocionado—. Tengo un bajo también en el local. Intenté aprender pero al final lo dejé y me centré más en la batería. Si quieres vamos ahora cuando terminemos y te lo enseño.

—¡Suenan genial!

Vaya coincidencia que a los dos les gustara tanto la música. La verdad es que Anton desde pequeño había estado yendo a clases en una escuela de música. Al principio comenzó a tocar el piano aunque finalmente descubrió

que lo suyo era el bajo. En Southampton había intentado juntar a un par de amigos para formar una banda pero entre unas cosas y otras siempre le dejaban tirado. Mientras los chicos hablaban de lo suyo, Kristin y yo seguíamos comiendo a nuestro sin abrir la boca nada más que para comer. Tras recoger la mesa, Anton y Simon se fueron al local para tocar los instrumentos. Comenzaron a hablar sobre sus grupos de música favoritos, sus influencias y sus propias experiencias. Yo, al quedarme a solas con Kristin, decidí salir un rato a la enorme azotea. Fui hacia una de las hamacas y me tumbé. El cielo se veía muy diferente al que veía desde el dormitorio de mi habitación en Southampton. No se veían apenas las estrellas por el resplandor de las luces de Nueva York. Hacía algo de fresco por estar a tanta altura pero me daba igual. Desde allí se podían escuchar a lo lejos los ruidos de los coches al pasar pero sin llegar a molestar. Cerré los ojos durante lo que parecieron ser un par de minutos cuando noté que alguien se tumbaba en la hamaca de al lado. No supe de quién se trataba pero en cuanto habló la reconocí de inmediato.

—Qué pena que se hayan tenido que ir tan pronto ¿verdad?

La voz de Kristin sonaba infantil y frágil pero a la vez sensual como si de alguna manera quisiera atraerte con su voz.

—Sí, una pena —respondí sabiendo que se refería a los hermanos Adams.

Noté que suspiraba. Abrí entonces los ojos y me atreví a preguntarle algo.

—¿Vas a volver a quedar con Max?

—Por supuesto —respondió enseguida como si fuera una respuesta obvia—. Él desea verme y yo también a él. Hoy me correspondió al beso que le di así que me dio esperanzas. Pienso que aún podría sentir algo por mí.

En aquel momento me dieron ganas de retorcerle el cuello. ¿Se habían besado en aquel portal cuando me marché? No podía creerlo. Max me había defraudado una vez más.

Abrí la boca para hablar cuando me interrumpió.

—Cuando le encontré nos sentamos en un portal a hablar. Me dijo que no iba a separarse de mí —volvió a suspirar—. Es tan dulce... —suspiró.

Esas palabras se me clavaron en el corazón de inmediato haciendo que me doliera de una forma irremediable. ¿Había dicho eso Max de verdad o estaba mintiendo? ¿No quería separarse de ella? Por lo que tenía entendido ya no quería saber nada de ella. Estaba confusa.

—Mañana voy a ver a Julia al hospital —comenté cambiando de tema.

—Haces bien. Yo iría ¿sabes? Pero no creo que le agrade mucho verme.

No entiendo por qué me odia. Yo no le tengo rencor por haber sido novia de Maxi.

¿Maxi? ¿Ahora le llamaba así? ¿Por qué tenía que sacar a Max en cada conversación?

—¿Quién lo diría, eh? —volvió a abrir la dichosa boca—. Nos conocemos todos en un barco, llegamos a la gran ciudad de Nueva York y aquí seguimos, todos juntos de alguna manera. Además, hasta podrían formarse parejitas y todo este verano.

Era mi turno de hablar pero llegó hasta nosotras Angy que nos miró a ambas con el ceño fruncido al vernos juntas hablando como si nada.

—Anne, ¿podemos hablar? —miró de reojo a Kristin que seguía tumbada en la hamaca de al lado.

Yo me incorporé para quedar sentada. Kristin no parecía tener intención de moverse de allí así que Angy volvió a hablar para aclarar su petición.

—A solas, si puede ser.

Kristin captó la indirecta y levantándose con un estilo propio de ella dijo:

—Joder, ya me echan hasta de mi propia casa.

—Qué tonta... —susurré viendo cómo exageraba el contoneo de sus caderas mientras se dirigía a la puerta de la azotea para ir al interior.

Angy se sentó en la hamaca que Kristin había dejado libre.

—He estado pensando una cosa y tras darle muchas vueltas he llegado a una conclusión.

—¿Qué conclusión?

—Me vuelvo a casa.

—Pero ¿qué dices Angy?

Ésta solamente asintió.

—P-pero ¿por qué? Si acabamos de llegar.

Me sorprendió bastante su actitud. No podía hablar en serio.

—Ann, no puedo. No puedo seguir aquí —comenzó a llorar de repente—. Te parecerá una tontería pero creo que me he enamorado de Sebas.

—¿Tontería por qué? No es ninguna tontería, Angy. Anda, ven aquí. —Pasé un brazo por sus hombros atrayéndola hacia mí.

—No lo entiendes —negó con la cabeza—. Sebas pasa de mí totalmente. Está obsesionado con Julia y ahora mucho más porque está en el hospital. Y además me odia —sorbió por la nariz al empezar a llorar de nuevo—. Necesito irme muy lejos de aquí.

—Eso sí que es una tontería. Sebas no te odia, si apenas te conoce. Y acabamos de llegar a Nueva York. Esto es solo un enfado y seguro que se le pasa. Además, tú lo tienes mucho más fácil que yo. A ti Julia no te odia ¿sabes? Puedes hablarlo con ella y quizás te ayude pero yo con Kristin me llevo fatal.

—No sé, estoy hecha un lío.

—Yo también Angy, yo también.

Ambas nos quedamos allí sentadas un buen rato hasta que comenzó a refrescar más y decidimos irnos a dormir.

Mientras me ponía el pijama sonó mi móvil. Era un mensaje.

Hola Anne. Soy Max, necesito hablar contigo y aclarar algunas cosas. ¿Podemos vernos mañana? Besos. 23:25

El corazón me latía a mil por hora. Angy ya se había metido en la cama y estaba tan agotada que no quise molestarla con nuestra tontería así que me metí bajo las sábanas y le contesté.

Hola. Mañana tenía pensado ir a ver a Julia después de la revisión. ¿Quedamos luego? Besos. 23:27

Ok. Te aviso mañana de la hora. No le digas nada a nadie.

No quiero que se entere Kris.

Nos vemos, guapa. 23:30

Tras leerlo, dejé el móvil en la mesilla y me arrojé hasta el cuello pensando qué sería lo que tendría que hablar conmigo. No quería que Kristin lo supiera y quería aclarar cosas. ¿Qué cosas quería aclarar? ¿Estaría a punto de decirme que había elegido a Kris y que me olvidara de él? Todo apuntaba a que era eso, por lo que me había contado Kris en la azotea, pero no quise hacerme ninguna idea sin saber la verdad así que pensando en ello me quedé dormida.

Capítulo 11

A la mañana siguiente tenía un mensaje de Max en el que me avisaba de que Julia había salido de la revisión y le darían el alta en un par de horas. Por tanto, me preparé rápidamente y tras subir al primer taxi que pasó por el portal me dirigí hacia el hospital. Kristin me había dicho que cogiera la moto de su hermano (estaba claro que no iba a ofrecerme la suya), pero le dije que no hacía falta. Preferí coger un taxi. No quería exponerme a tener un accidente y empezáramos con malos rollos. Bastantes había ya.

A las doce menos cuarto de la mañana entré al hospital. Me dijeron que estaba en la primera planta y fui directa hacia allí. Cogí aire y llamé a la puerta.

—Adelante —escuché decir desde el interior.

—Hola, Julia —dije al entrar y cerrar la puerta a mis espaldas.

—Ah, hola.

—Si no quieres que me quede me voy... —susurré con cierta inseguridad por no saber cómo iba a reaccionar al verme.

Julia me miró desde la camilla con ojos cansados y señalando un sillón frente a ella insinuó que me sentara.

—Me alegra verte —comencé a decir al tiempo que miraba su pie totalmente escayolado—, ¿qué tal estás?

—Bien —contestó sin apenas mirarme.

Aún estaba enfadada conmigo y en realidad me lo merecía por no haberle advertido que sentía una sincera atracción por su ex novio. Sin embargo, decidí decírselo en ese momento.

Ahora o nunca.

—Julia, quiero que sepas que siento mucho no haberte dicho que Max me gustaba.

—No importa, ayer lo descubrí por mí misma.

El tono de voz que utilizaba no le pegaba en absoluto. La noté fría y distante. Me levanté y me senté en la camilla, a su lado. Ella giró la cara hacia el lado opuesto.

—Julia, por favor, perdóname —hice una pausa—. No sé... —comencé a titubear—. Lo tuyo con Max se terminó y no pensé que te molestaría tanto que...

—Anne, ¿no lo entiendes? —volvió la cara para mirarme a los ojos por primera vez en lo que llevaba en aquella habitación—. No me molesta que Max se enrolle contigo, con Kristin o con quien sea, créeme que eso ya lo tengo más que asumido. Lo que más me ha molestado de todo esto es pensar que confiabas en mí y que me lo contarías —hizo una pausa y añadió—: Pero ya veo la confianza que depositas en mí. Pensé que éramos amigas.

Un par de lágrimas rodaron por mis mejillas lentamente mientras ella hablaba. Julia tenía razón. ¿Por qué había sido tan tonta? ¿Por qué no tuve el valor suficiente para contarle lo que sentía por él? Pero ya no había marcha atrás, solo arrepentimiento.

Sonó mi móvil en aquel instante. Era un toque de Max.

—Tengo que irme —dije aún con lágrimas en los ojos y sintiéndome horrible por no contarle tampoco que iba a ver a Max en tan solo unos minutos.

Una vez en pie, Julia ya no me miraba; se había dado la vuelta apoyando un lado de la cara sobre la almohada. Esperé un adiós por su parte pero no dijo nada así que salí de allí cabizbaja y deprimida. Y aunque yo no pude verla, ella había girado la cara para llorar también.

Max me esperaba en un banco del parque que había frente al hospital. Me sequé las lágrimas antes de llegar pero desgraciadamente notó que había estado llorando.

—¿Qué ha pasado? ¿Es Julia? —Se alarmó al verme.

—No, no. Tranquilo. Ella está bien.

Suspiró y volvió a preguntar por ella:

—¿Cómo está?

—Mejor. ¿No has ido a verla aún? —pregunté extrañada.

—No, bueno, estuve en la sala de espera mientras le hacían la última

revisión. Luego me fui y se quedó mi hermano con ella. No creo que le haga mucha gracia verme.

—¿Por?

Mientras hablábamos comenzamos a caminar.

—Ya sabes, por toda la movida de ayer. Y por las malas palabras que salieron de mi boca cuando la dejé en el sofá del piso. —Sonrió ligeramente aunque enseguida se puso serio.

—Vaya. —No supe qué más decir. ¿Por qué no sacaba ya el tema? ¿O tenía que ser yo la que le preguntara? Pero no quise precipitarme así que tras invitarme a un helado nos sentamos en un banco.

—Por cierto, ¿qué pasó al final con la discográfica? —pregunté para sacar tema, ya que él aún no estaba por la labor y los incómodos silencios me estaban matando por dentro.

—Ah, pues Sebas les llamó esta mañana, se inventó una excusa por haber faltado ayer y hoy tenemos que ir sin falta. Después de comer —añadió mientras se terminaba el delicioso helado y sacaba un cigarro del bolsillo.

—Me alegro que podáis ir después de todo. Angy se alegrará.

—¿Angy?

Mierda, ¿lo había dicho en alto?

—Sí, bueno... —dije, nerviosa—. Es que dice que ella tiene toda la culpa por no haberte avisado.

Max sonrió y me derretí por dentro.

<<Contrólate, Anne>>, me decía mi mente una y otra vez.

—Dile que no se preocupe. Sebas me echó la culpa a mí un vez en el hotel y no mencionó para nada a tu hermana.

No pude evitar alegrarme y me entraron unas ganas enormes de enviarle un mensaje a Angy para contárselo, pero tuve que contenerme. Ya se lo diría más tarde.

Nos quedamos en silencio un buen rato. ¿A qué esperaba para contarme lo que en realidad quería decirme? Entonces pareció como si me estuviera leyendo el pensamiento porque al fin sacó el tema.

—Bueno, supongo que estarás pensando por qué te he traído aquí —Sí, lo estaba pensando—. Pues, veras... La verdad, no sé por dónde empezar.

—Kristin —solté su nombre sin más.

—Sí, eso ayuda un poco —sonrió ligeramente pero a mí ya no me hacía nada de gracia hablar precisamente de ella—. Kris tiene un problema.

—¿Qué tipo de problema?

—Creo que está obsesionada conmigo —dijo sin apenas inmutarse—. Estoy acostumbrado la verdad —sonrió de forma picarona—, pero esta obsesión no me agrada.

—Pues para no agradarte bien que la besaste ayer ¿no? —No podía creer lo fácil que me habían salido aquellas palabras.

La cara que puso me hizo ver que no le gustó en absoluto que me hubiera enterado de aquel beso secreto que tuvieron en el portal de la calle trasera del edificio.

—Fue un error. Una cosa que aún no sabes de mi es que las féminas son mi debilidad. Me pierden y no pienso con claridad. —Dio una calada al cigarro dándole ese toque de chulería que tanto admiraba.

—Aun no entiendo bien a dónde quieres llegar con todo esto.

—Quiero que me ayudes a conseguir de nuevo a Julia —dijo rápidamente al tiempo que tiraba al suelo el cigarrillo a medio terminar.

Esas palabras me dejaron de piedra. Me esperaba cualquier cosa menos eso. ¿Ayudarle a salir con Julia de nuevo? Era imposible de imaginar cómo iba a conseguir que Julia quisiera volver con él después de haber mantenido aquella conversación con ella en el hospital. Julia no parecía tener intención alguna de volver con Max. ¿Y lo que me iba a doler a mí intentar que Max —el chico por el que suspiraba— volviera con Julia, la chica a la que acababa de perder como amiga?

No podía hacerlo. Imposible.

—Me ayudarás, ¿verdad? —Noté que me agarraba de ambas manos y tuve que mirarle.

No contesté enseguida. Estaba totalmente en *shock* al tenerle tan cerca.

—Por favor Ann. Sé que puedes hacerlo. Si vuelvo con Julia, sé que Kristin me dejará en paz de una vez por todas. Y eso es lo que ambos queremos ¿no? Sé que no te cae muy allá.

—Lo intentaré —dije finalmente con voz temblorosa.

¿¿Por qué no pude decirle que no?! ¿¿Por qué era siempre tan débil?! Si él se sentía débil ante el sexo femenino, yo lo era ante él. Max era mi debilidad. Todo esto iba a perjudicarme sentimentalmente pero yo solo quería ayudar a Max en lo que fuera. Quería que él fuera feliz para poder verle sonreír más a menudo. Así de tonta era yo.

—Muchas gracias —dijo tras besarme cerca de la comisura de los

labios—. Ahora tengo que irme. Sebas me espera para comer. Ya te contaré qué tal la discográfica —se puso en pie—. ¡Ah! Y mantenme informado. —Me guiñó un ojo y salió corriendo de allí.

—Adiós —susurré para mí observándole a lo lejos.

Para cuando llegué al piso me encontré a todos comiendo sin mí.

—¿Qué tal está Julia? —preguntó Simon nada más verme.

—Bien. Mejor, le dan el alta hoy —comencé a dirigirme hacia mi cuarto al tiempo que Anton me llamaba para comer—. ¡No tengo hambre! —exclamé ya una vez dentro del cuarto con la puerta cerrada.

Debía aclarar mis ideas. Tenía que conseguir que Max y Julia volvieran juntos para que Kristin dejara de ir detrás de Max, pero me invadía una pequeña duda. ¿Dejaría Kristin de molestar a Max aunque éste estuviera con Julia? Tenía la impresión de que el plan de Max iba a resultar en vano y además perjudicaría a Julia porque Max ya no estaba enamorado de ella ¿no? Y quizás ella de él tampoco.

Abrí los ojos al escuchar el cierre de la puerta. Me había quedado dormida.

—¡Ann! ¡Anne! —Angélica me zarandeaba en la cama—. No te vas a creer lo que he descubierto...

—¿Qué has descubierto? —pregunté sin mostrar interés con ojos soñolientos.

—Mira, mira esto.

Me incorporé y agarré los papeles que me ofrecía. Eran unas fichas médicas de Kristin.

—¿Por qué has cogido esto? —pregunté mirando a Angy—. No es de nuestra incumbencia —hice el amago de devolverlos.

—Deja de ser la niña buena de la película y lee —dijo colocando el papel de nuevo en mis manos y señalando un párrafo en particular.

Resoplé y comencé a leer en alto:

—“Kristin Parker. Dieciocho años. Diagnóstico final: Cáncer de pulmón terminal. Fumadora desde temprana edad...”

Había mucha más información al respecto pero paré de leer. Miré la fecha en la que estaba redactado aquel informe.

—Estos informes datan de este año... —me tembló la voz al decirlo.

Angy se sentó a mi lado.

—Y por lo visto está tomando medicamentos para alargar un poco su vida.

Lo he leído por ahí —señaló Angy el papel con la voz quebrada.

Era horrible. La primera pregunta que me vino a la cabeza fue por qué estarían en Nueva York de vacaciones pudiendo estar con su familia cada día. Algún motivo tendría que haber. Había llegado a odiar a Kristin pero en esos instantes solo sentía pena.

—Joder Angy, ¿por qué has hurgado donde no te llaman?

—Kris ha salido a comprar y entré al cuarto de Simon y Kris para cotillear un poco, ya sabes —estuve a punto de protestar pero ella volvió a hablar—: ¡Joder, lo siento! Estaba aburrida y ya sabes que a veces me paso de curiosa.

—Tenemos que guardarlo en su sitio y rápido.

Pero lo que ocurrió segundos después fue lo peor que podría habernos pasado en esos momentos. Al abrir la puerta nos chocamos de frente con la mismísima Kristin que se dirigía hacia su cuarto. Enseguida guardé los papeles a mis espaldas y Angy se arrimó mucho a mí. Pero fuimos demasiado lentas.

—¿Qué escondéis ahí?

—Eh... Nada. Unas fotografías nuestras —mintió Angy con rapidez.

Yo asentí de forma exagerada.

—¿Y no puedo verlas o qué?

—No, no puedes. Lo siento —respondí con valor.

Pero Kris no iba a dejarlo así, tenía que salirse con la suya.

—Dame esos papeles, he visto que no son fotos. No habréis cogido cosas mías o de mi hermano sin permiso, ¿verdad? —preguntó cruzándose de brazos y mirándonos alternativamente.

A mí me latía el corazón tan fuerte que no sabía cómo aún no me había salido disparado por la boca. ¿Qué debíamos hacer? ¡No podía descubrir que habíamos cogido aquellos papeles! ¡Nos echaría de su casa a la primera!

Capítulo 12

Kristin seguía esperando una respuesta por nuestra parte.

De repente, me vino la inspiración y contesté con firmeza.

—No puedo decírtelo porque es una carta de Max para ti.

La joven frunció el ceño y Angy me miró un poco extrañada pero intentando disimular.

—Y si es una carta para mí, ¿cómo es que la tienes tú?

—Porque me la dio esta mañana cuando fui a ver a Julia. Me pidió su opinión antes de dártela —sonreí un poco—, y me dijo que se la devolviera porque quería dártela él personalmente. Me pidió que no te lo contara...

Mi yo interior estaba orgullosa de mí al poder mentir con tanta espontaneidad. Pero no era momento de alegrarse por nada en realidad. Kristin por fin sonrió y ese gesto nos dio la victoria.

—Ah, bueno, entonces no me la des. Esperaré a que él me la dé en persona —Y diciendo aquello con aires de superioridad, entró en su cuarto.

Angy y yo suspiramos aliviadas y volvimos al interior de nuestro cuarto cerrando la puerta con rapidez.

—Anne, eres una *crack*. ¡Vas aprendiendo de tu hermanita a improvisar!

Ambas no pudimos reprimirnos las ganas de reír. Estuvimos riendo un buen rato hasta que nos dimos cuenta de algo muy importante.

—¡Mierda, Angy! Pero, ¿qué hacemos con esto? —le enseñé los papeles que había olvidado por completo durante varios minutos.

—Vaya, es verdad. Kris se ha metido en su cuarto. Recemos para que no le dé por mirar en el cajón donde estaban.

—¿Los guardamos en nuestra maleta por ahora? Nadie mirará ahí —sugerí sin pensar demasiado.

Ella asintió y en una de las cremalleras guardamos los papeles.

Mientras tanto, Max y Sebas acababan de entrar en el despacho de la discográfica. Tras saludar con la mano a dos hombres de traje, les invitaron a tomar asiento.

—Acabamos de escuchar vuestra maqueta —dijo uno de ellos.

—Está bien pero... —comenzó el otro.

—¿Pero? —interrumpió Max sin poder contenerse.

—Pensamos que hay mucha escasez como para triunfar en el mercado.

—¿Cómo que escasez? —volvió a preguntar Max, pero Sebas le interrumpió para que no metiera la pata con su comportamiento.

—Podemos escribir más canciones si se refieren a eso.

—No. No nos estamos refiriendo a las canciones —dijo el hombre más joven.

Max y Sebas esperaron a que hablaran de nuevo y al fin el otro hombre dijo:

—Hay escasez de instrumentos. Podríais incorporar un par de miembros más.

—En vez de un dúo —intervino su compañero—, podríais decir que sois una banda al completo.

—¿Incorporar más? —Max se estaba poniendo nervioso—. Espera ¿nos están diciendo que nuestra música no sería valorada si solamente fuéramos nosotros dos?

—Max... —interrumpió Sebas de nuevo tomando la palabra de forma más tranquila que su hermano—. ¿Quieren decir que si incorporamos a alguien más nos contratan para grabar el disco?

—Eso estamos diciendo exactamente.

—Está bien —dijo Sebas levantándose de aquella cómoda silla—. Volveremos pronto con más componentes.

—¡¿Qué?! —exclamó un sorprendido Max mirando a su hermano, atónito.

—Pero tendréis que grabar un tema con la banda.

—Necesitamos saber que los otros miembros complementan bien con vosotros —añadió el hombre de mayor edad.

Sebas asintió y empujando a Max que tenía intención de volver a quejarse salieron de allí.

Por los pasillos comenzaron a discutir en voz alta.

—Sebas, no te entiendo. ¿Sabes lo que acabas de hacer?

—Por supuesto. Salvar nuestra música.

—Tú mismo lo has dicho —le señaló Max con el dedo—. *Nuestra* música y de nadie más.

—¡Max, deja de ser tan egoísta!

—¿Egoísta yo? —se señaló—. ¡Aquí el único egoísta eres tú! ¡No compartes las ideas conmigo, ni me consultas sobre lo que vas a decir! ¡Hala! ¡Decides *tú* lo que vamos a hacer con la banda! ¡Decides *tú* si vamos a incorporar o no a gente!

Sebas paró de repente permaneciendo frente a su hermano. Ya estaban en la salida.

—Está bien, Máximo. Quizás sea un egoísta por eso, pero lo único que he hecho es conseguir que podamos realizar nuestro sueño. Grabaremos el disco que tanto esperábamos. Pero claro, aquí el señorito se molesta porque no le consulté antes. ¿No? —respiró hondo y dijo finalmente—: Al menos yo pienso en los dos porque esto no es solo mi sueño, es el sueño de ambos. Y si esta es la única manera de conseguirlo pues no hay más que hablar —se dio la vuelta y comenzó a andar hacia el hotel dejando a Max en la puerta de la discográfica, pensativo.

Julia, tras haber recibido el alta del hospital, se hospedó en una habitación del mismo hotel en el que estaban Max y Sebas. Como caminaba con escayola y muletas, los dos chicos le ayudaban a caminar cuando salían fuera a comer. En el transcurso de la primera semana conseguí volver a hablar con Julia como antes. Fui a visitarla un par de veces al hotel, y las cosas fueron volviendo a la normalidad entre nosotras, aunque debo decir que fue gracias a mi hermana que vino conmigo a aquellas visitas e hizo que el ambiente fuese menos incómodo.

Max me había llamado el día después a nuestro encuentro para explicarme lo que les habían propuesto en la discográfica. Le noté algo disgustado y no paró de decir <<si es que es una pérdida de tiempo porque no vamos a encontrar a nadie que quiera unirse a nosotros>>. Después, cambió de tema para preguntarme cómo iba el plan de juntarle con Julia de nuevo. Me volvió a llamar un par de veces más a lo largo de la semana preguntando lo mismo. La

verdad es que iba mal, pero eso no se lo decía.

<<Dame más tiempo>>, le decía cada vez que sacaba el tema.

Julia no estaba por la labor de volver con Max. Aún no se hablaba con él y sólo mencionaba a Sebas. Y eso era otro problema más porque el hablar de Sebas le molestaba a Angy que aún seguía insistiendo en volverse a casa antes de la fecha acordada. Cada vez que estaba a solas con ella le animaba para que se lo contara a Julia, que no hiciera como yo hice callando lo que sentía por Max, pero Angy no se atrevía a dar el paso aún.

Respecto a Kristin, me metí en un buen lío por inventar lo de la carta porque tuve que escribirla yo misma haciéndome pasar por Max. Una vez escrita la dejé en el buzón. La carta decía así:

Hola Kris. Soy Maxi. No puedo darte la carta en persona porque no tengo mucho tiempo para quedar. Pronto nos veremos, estoy seguro. Espero que estés bien.

P.D. No le cuentes a nadie acerca de esta carta. Será nuestro secreto.

Un beso.

Tras echarla yo misma en el buzón recé para que nunca le mencionara aquella carta a Max. Sabía que no era un buen plan pero era el único que tenía.

Casi dos semanas después, le quitaron la escayola a Julia (tan solo tenía que hacer algunos ejercicios de rehabilitación con el pie), y por ello decidimos celebrarlo con una fiesta en el local de Kristin y Simon. La pobre no había podido moverse mucho y era la primera vez que nos volvíamos a juntar todos desde aquel fatídico primer día. Llevamos comida, alcohol y música. Lo necesario para una noche de diversión. Julia llegó con un precioso vestido verde esmeralda e iba acompañada de los gemelos Adams que también iban guapísimos. Simon fue a abrazar a Julia nada más verla, cosa que nos conmovió.

—Simon, que me estrangulas —dijo la pobre Julia riendo.

—Perdona —sonrió, avergonzado—. Bueno, es que hacía tiempo que... ¡Chicos! ¿Qué tal? —se interrumpió él mismo para abrazar también a los dos hermanos.

—Sí, sí, intenta ocultar que tenías ganas de verla —se carcajeó Anton.

Yo le di un codazo por el comentario pero no hizo caso y siguió riéndose y

haciendo pequeños comentarios al respecto. ¿Acaso a Simon le gustaba Julia? ¿O quizás era solamente una coña entre Anton y Simon?

Entonces Kristin fue corriendo a abrazar y besar a Max y yo miré hacia otro lado.

—Hay que intentar que no se queden solos en ningún momento —me susurró Angélica al oído—. No vaya a ser que la arme con lo de la supuesta carta.

Asentí con un poco de miedo. ¿Y si Kristin descubriera que la carta no la escribió él? Seguro que vendría a nosotras y nos culparía de ello, pero lo peor sería que nos exigiría decirle la verdad acerca de los misteriosos papeles que no quisimos mostrarle.

Sentados en unos sillones comenzamos a tomar patatas fritas y a beber nuestros primeros cubatas. Fue entonces cuando los chicos sacaron el primer tema de la noche.

—Bueno, ¿y qué habéis hecho estos días por aquí? —preguntó Sebas a sus amigos.

Anton y Simon se miraron y dijeron al unísono:

—Ensayar.

Todos nos reímos porque parecía que se habían puesto de acuerdo para decir la misma palabra a la misma vez.

—¿Ensayar el qué? —preguntó Max mientras se metía en la boca un puñado de patatas fritas.

—Pues yo con el bajo y él con la batería. Es un *crack* el tío —dijo Anton dándole una palmadita a Simon en la espalda.

—Qué va, es práctica —sonrió Simon algo tímido.

De pronto, Sebas miró a Max bruscamente y éste le miró de reojo con la boca llena.

—¿Qué pasa? ¿Ya me vas a decir que suena mucho cuando mastico? Porque joder...

Pero Sebas soltó una risotada y dijo:

—Max, no estás en la conversación. ¿No les has escuchado?

—Sí, que tocan el bajo y la batería —dijo Max limpiándose con una servilleta.

Sebas le seguía mirando esperando una respuesta y todos mirábamos a Max sin entender nada.

—¿No estarás pensando en...? —comenzó a decir mirando a sus amigos

entendiendo finalmente a lo Sebas se estaba refiriendo.

—Te ha costado ¿eh, hermanito? —le dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Queréis explicarnos de qué estáis hablando? —preguntó Anton.

—La discográfica nos pidió que metieramos algún miembro más para formar una banda y de ese modo poder grabar el disco —explicaba Sebas—. Decidme, ¿estáis interesados?

—Pero Max dijo una vez en el crucero que no quería —añadió Angy recordando el día en que le propusimos a ambos que incorporaran a alguien más.

Sebas iba a contestar pero Max se adelantó:

—Me he dado cuenta de que triunfaremos más si incorporamos un par de instrumentos.

Sebas sonrió agradecido y dijo dirigiéndose a Simon y Anton:

—Muy bien, ¿qué decís?

—Yo... N-no puedo creerlo. Estoy flipando —dijo Anton boquiabierto—. Por supuesto que quiero unirme.

—¡Y yo también! —añadió Simon sin dudar.

—¡Estupendo! —comenzó Sebas a dar pequeños botes de emoción en la silla.

Todos nos reímos en ese instante. La próxima hora fue genial a raíz de aquella conversación. Hablaron de que tenían que ponerse en marcha para grabar el tema que tendrían que llevar a la discográfica para que le dieran el visto bueno y también hablaron (sobre todo Max) de cómo sería ser famoso y de todas las chicas que tendrían para elegir. Ese último comentario dicho por Max no nos agradó a ninguna y le miramos con mala cara.

—Tranquilas que vosotras tendréis preferencia siempre, no os preocupéis —concluyó Max riendo aunque a nosotras nos seguía sin hacer ni pizca de gracia.

Mientras los chicos se dirigían a un lado de la sala para ver tocar a Simon y Anton, las chicas nos quedamos bebiendo en los sofás. Kristin, al ver que la excluíamos de la conversación, se levantó de pronto enfadada.

—¡Si no queréis que esté con vosotras lo decís, pero dejad de hablar en clave!

Al decir esto salió del local dando un portazo. Julia y Angy comenzaron a reír, pero yo me sentí un poco mal al respecto.

—¿No nos hemos pasado un poco?

—Ella también es borde con nosotras —respondió Julia encogiéndose de hombros.

—Pues a mí me preocupa que le dé por buscar las fichas médicas.

—¿Qué fichas médicas? —preguntó Julia, confusa.

Angy y yo nos miramos.

—¿Se lo contamos? —preguntó Angy.

—¿Contarme qué?

—Ok, Julia, pero no digas nada —bajé la voz—. Hemos cogido unas fichas médicas de Kristin donde le diagnostican que tiene cáncer de pulmón terminal con fecha de este año y... —no me atreví a continuar pero mi hermana me ayudó.

—Y puede que no pase de este verano. Quién sabe.

—¿En serio? Y... P-pero ¿Cómo...? ¿Por qué están aquí tan felices de vacaciones? Y qué raro que Simon no nos haya contado nada... —A Julia no le salían las palabras, había reaccionado igual que nosotras cuando nos enteramos.

No supimos qué contestar cuando de repente volvían los chicos para sentarse junto a nosotras.

—¿Y mi hermana? —preguntó Simon al vernos sin ella.

—Salió del local con prisas —respondió Angy.

Simon frunció el ceño. Salió fuera y la encontró apoyada en la pared al lado de la puerta con brazos cruzados. Le pareció extraño pero antes de preguntar le dijo de volver a entrar para contarnos algo. Kristin accedió aunque con mala cara.

—¿Qué os pasa? —preguntó Angy al ver que todos parecían emocionados por algo.

—Rápido, quiero irme ya a dormir. Estoy cansada —metió prisa Kristin.

—Bueno, chicas —comenzó Simon—, hemos estado hablando y hemos llegado a una conclusión.

—¿Te vas con ellos al hotel?! —preguntó Kristin con esperanza de poder deshacerse de su hermano para hacer lo que le viniera en gana.

—Jajaja, no, Kris.

—¡Somos nosotros los que nos quedamos! —saltó Max con ilusión.

Todos le miramos con la boca abierta. A mí me dio un vuelco al corazón.

—¿Eso es verdad? —preguntó Kristin algo más animada. Parecía tener mejor aspecto de repente.

—¡Sí! —contestó Sebas—. Julia, tú también te quedas ¿eh? No te vayas a pensar que te íbamos a dejar sola en el hotel.

La chica asintió, tímidamente.

—Se quedarán con nosotros porque así podremos ensayar en el local más fácilmente. ¿Qué os parece? —Simon parecía emocionado por acogerles en su casa.

Yo quería alegrarme por poder ver a Max y a Sebas todos los días pero Kristin iba a ser mucho más difícil de controlar ahora que Max estaría entre nosotros. Julia tampoco parecía muy contenta con la idea de vivir en el piso todos juntos, y no era para menos, ya que Kristin era un tanto insoportable.

—A mí me parece genial, Simon —opinó Kristin en un tono cariñoso—. Pero solo tenemos una habitación más. ¿Van a dormir allí los tres?

—Ya lo tengo todo pensado —Simon tomó asiento en el sofá—. Sebas y Max dormirán en el cuarto de invitados y yo con ellos. Sacaré el colchón hinchable.

Kristin miró de reojo a Julia y vio venir lo siguiente.

—¿Y ella?

—Pues dormiré contigo. Sois chicas. ¿No pretenderás que duerma con ellos dos? —preguntó señalando a los gemelos.

—A mí no me importaría —intervino Sebas sinceramente.

—Ni a mí, ni a mí —añadió Max, sonriente.

Entonces Kristin salió a la defensiva por el comentario de Max.

—Vale, está bien. Dormiré conmigo, no me importa, la verdad.

A Julia nadie le pidió opinión y tampoco añadió nada al respecto. Por alguna razón, no quería quejarse y empeorar más la situación.

<<Pobre Julia>> pensé, <<aunque por una parte si está con Kris podrá proporcionarnos algo de información>>.

Esa noche apenas pude dormir pensando en el resto de los días. ¿Cómo sería vivir tanta gente diferente en una misma casa? Era la primera vez que vivía una experiencia así y no me sentía del todo cómoda. Angy parecía más tranquila porque se metió en la cama y cayó dormida enseguida.

Capítulo 13

El tiempo pasaba volando. Tan solo nos quedaban diez días de vacaciones. Siempre pasa, ¿verdad? El tiempo corre aún más rápido cuando más estás disfrutando.

Al día siguiente a la pequeña fiesta que hicimos, los chicos se encerraron en el local para grabar un tema y así poder enviarlo a la discográfica. Debían estar muy inspirados porque para las ocho de la tarde tenían la canción lista. Por tanto, esa misma tarde mandaron la canción a la empresa vía e-mail. Pero lo más sorprendente estaba aún por llegar. A la mañana siguiente mientras desayunábamos todos juntos en la amplia terraza, le sonó el móvil a Sebas. Se levantó y entró al interior del apartamento para contestar la llamada. Diez minutos después volvía con una sonrisa en los labios. ¡La discográfica quería contratarles como banda! Ese mismo día tuvieron que ir los cuatro a la oficina para conocer al que sería su nuevo productor: Patrick. Por lo que nos contaron esa noche era un hombre la mar de majo y muy atento con ellos. La banda seguiría además con el nombre actual, La Malicia, por lo que Max y Sebas no podían estar más contentos.

Esa noche, tras terminar de cenar, Max salió a la terraza a fumar mientras los demás discutían acerca de los próximos planes. Siempre había algo de discusiones al respecto, éramos ocho personas y no compartíamos los mismos gustos y opiniones. Yo no estaba muy pendiente de lo que hablaban, ya que mi mente seguía trabajando en mi tarea de juntar a Julia con Max. Cada vez que había hablado con ella sobre Max siempre cambiaba de tema enseguida, así que acabé hartándome del asunto y fui directa a rendirme.

Le encontré sentado en una hamaca fumando. Pero no estaba solo. Había estado tan ausente que ni me había dado cuenta de que Simon también había salido a la terraza por lo que los encontré charlando. Parecían hablar de algún

asunto importante, ya que los encontré algo serios. Enseguida noté un poco de incomodidad cuando me vieron llegar.

—Perdón, ya vuelvo luego si eso.

—No, no pasa nada —dijo Simon—. Bueno, gracias tío —murmuró aunque lo llegué a escuchar.

Cuando volvió al interior, me senté junto a Max en la hamaca de al lado.

—¿Habéis discutido?

—No. ¿Por qué lo dices? —dio un calada al cigarro y me miró detenidamente.

—¿Por qué me miras siempre tan embobado? —cambié de tema girando la cara con timidez hacia el lado contrario.

Éste rió.

—Pues porque tus ojos me llaman mucho la atención, son preciosos.

Los tengo azules verdosos al igual que mis hermanos. Para mí no son nada del otro mundo la verdad. Aunque debo decir que cuando te dicen algo así hace que se te salten los colores. Por lo menos a mí me pasa siempre.

—Gracias, supongo —Pero ¿qué estaba haciendo? <<¡Deja de coquetear!>>—. Max, Y-yo... venía a decirte algo —volví a mirarle a la cara—. Siento decirte que no voy a poder ayudarte más con el tema de Julia. Es imposible porque ella...

—Tranquila —sonrió interrumpiendo mis palabras—, no hace falta que sigas intentándolo; ya no me interesa volver con ella —abrí los ojos de par en par—. No te sorprendas tanto, tampoco es que la deseara ni nada por el estilo. Era solo para que Kristin se olvidara de mí, ya sabes. —Me guiñó un ojo.

—Pero ¿por qué has cambiado de opinión así de repente?

Antes de contestar se aseguró de que no hubiera nadie alrededor.

—¿Puedes guardar un secreto? —se acercó más a mí y comenzó a bajar la voz.

Yo solo asentí.

—Simon me acaba de confesar que cree estar pillado hasta las trancas por Julia. Me estaba preguntando si sería un problema para mí. —Apenas lo escuché, ya que bajó mucho la voz.

—Que Simon... ¿Quiere a Julia? ¡Qué fuerte! —Max me tapó la boca con la mano. La verdad es que algo me intuía desde hacía ya unos días. Mi hermano no había dejado de lanzar indirectas cada vez que Simon y Julia hablaban o hacían algo juntos. Por lo visto, Anton también estaría guardando su secreto.

—No te emociones, ya te digo que me lo ha confesado como secreto. Quiere ir despacio, ya sabes —dijo quitando la mano de mis labios de la que desprendía un olor excesivamente a tabaco.

—¿Y es por eso que ya no quieres volver con Julia?

—En parte sí, no quiero ser un impedimento para él. Simon es un buen tío. Estoy seguro de que podría hacerla feliz.

—¿Hay otra razón por la que no quieres volver con ella?

Me sorprendí a mí misma de preguntar tanto. Normalmente solía hacer las preguntas solamente en mi cabeza.

—Ya te dije que no la deseaba. No siento nada por ella, solo amistad.

¿Me había respondido a la pregunta? Estuve a punto de volver a interrogarlo cuando escuchamos gritos provenientes del comedor. Ambos entramos rápidamente y vimos el panorama. Kristin gritaba a los cuatro vientos hecha una furia y señalando a Julia y a Angy con el dedo índice.

—¡Que sí, Simon! ¡Te digo que estas *niñatas* han estado rebuscando en los cajones privados de nuestro cuarto!

Al escuchar esto, Angy me miró. Estaba nerviosa pero intentaba disimular cruzándose de brazos y enfrentándose a ella. A ambas nos invadió el miedo. ¡Habíamos olvidado completamente devolver los papeles a su sitio! Nos iba a caer una buena.

—¡Nosotras no hemos tocado nada! —saltó Julia, defendiéndose.

—¡Tú cállate, eh! Que eres la peor de todas —le señaló con el dedo acercándose lentamente—. Tú has compartido cuarto conmigo estos últimos días y estoy segura de que les has chivado a tus amiguitas donde guardo mis cosas privadas.

—¡Kris, basta! —intervino Simon—. ¿Tan importante es eso que has perdido?

—Pues si dice que es su cajón privado lo será ¿no?

Todos nos sorprendimos al escuchar a mi hermano defender la postura de Kristin. ¿Por qué la defendía a ella? ¿Acaso él también sabía que estaba enferma?

—¿Por qué la defiendes?! —Angy, la voz de mi conciencia, habló por mí.

Kristin sonrió ligeramente haciendo que Anton pusiera una cara de tonto imposible de describir. Espera, ¿no sería que...? ¿Anton pillado por Kristin? No, no quería ni imaginarme esa posibilidad.

Me dolía la tripa de los nervios. Tenía un nudo en la garganta horrible.

Comenzaron todos a discutir por nuestra culpa. Teníamos que hacer algo pero ¿el qué? No me dio tiempo a pensar porque Kristin volvió a sacar otro tema dirigiéndose a Max precisamente.

—Por cierto Maxi, gracias por la carta. —Y desvió la mirada hacia mí.

¿Quería decirme algo con aquella mirada furtiva? Se iba a armar una buena así que decidí escabullirme. Max no respondió en ese momento y observó a Kristin, confuso.

—¿A dónde vas, Anne?! —Kristin preguntó a voz de grito al ver que me adentraba por el pasillo hacia las habitaciones—. ¿No tienes nada que comentar al respecto?

Entonces escuché a Max decir que él no había escrito ninguna carta y al ver que Kristin no se extrañaba me temí lo peor: Nos había descubierto. El silencio se apoderó de los próximos cinco segundos. Todos seguíamos en tensión hasta que el teléfono de Sebas comenzó a sonar. Lo cogió y nos transmitió la noticia tras colgar.

—Era Patrick —todos le miramos—. ¡Vamos a grabar nuestro primer disco! ¡Mañana empezamos!

Los chicos saltaron de alegría pero nosotras solo sonreímos, aunque Kristin seguía mirándome fijamente de una manera escalofriante. Angy y Julia se acercaron a mí. Kristin llegó hasta nosotras en un instante en el que ellos se abrazaban felices por la nueva noticia.

—¿Puedo hablar con vosotras?

Las tres nos miramos indecisas y asentimos casi a la vez.

—Vamos a mi cuarto —nos ordenó Kris colocándose al frente.

Las tres la seguimos, confundidas. ¿Aún quería hablar con nosotras después de todo aquel numerito que acababa de montar?

Una vez frente a la puerta de su cuarto pasamos primero nosotras y luego ella.

—Tomad asiento, si ya estáis en vuestra casa —nos dijo mientras cerraba con cerrojo.

—Tranquilas —susurró Angy mirándonos a Julia y a mí mientras nos sentábamos en las camas.

—Muy bien, entiendo que no quisierais delataros delante de los chicos —comenzó a hablar paseándose por su cuarto con aires de detective del FBI o algo parecido—. Pero ahora estamos a solas —se detuvo frente a nosotras—, así que dadme mis papeles.

—¿Qué papeles? —se atrevió a preguntar la entrometida de mi hermana.

—Vamos a ver... Voy a refrescaros la memoria —nos miraba enfadada al tiempo que sonreía falsamente—. Hace unos días me dijisteis que guardabais una carta de Max para mí.

Angélica y yo asentimos rápidamente.

—Se la di a Max después de darle mi opinión y me dijo que te la enviaría. Ya la tienes ¿no? —comenté al respecto.

Kristin sonrió forzosamente y comenzó a perder la paciencia. No había nada que hacer, debíamos rendirnos. Lo sabía todo.

—Anne, sé que esa carta no era de Max. Él nunca firmaría la carta como “Maxi” porque no le gusta cuando le llamo así. Además, esa no era su letra.

—¿Y cómo sabes tú si es o no es su letra? —preguntó Angy.

—Porque me enseñó su diario personal en el barco y puedo reconocer que esa no era su letra. No soy tonta.

Un momento, ¿Max tenía un diario? ¿Por qué a mí nunca me lo había mencionado y a Kristin le había dejado hasta leerlo? Tenía que conseguir ese diario como fuera.

—Bueno, nosotras no sabemos si era de Max o no, él nos la dio para ti y... —pero a Angy parecía habersele acabado las ideas.

Kristin se dirigió a uno de los cajones de la cómoda y abriendo uno de ellos dijo:

—Aquí faltan unos papeles. ¡Los quiero de vuelta de una maldita vez!

Las tres permanecimos en silencio. Miré a Angy que no tenía intención de hacer ni decir nada. Le di un codazo y me miró comprendiendo y leyéndome el pensamiento como buenas mellizas que éramos.

—Voy a por ellos. —Se levantó finalmente, y salió del cuarto.

Julia y yo nos miramos preocupadas por la que nos iba a caer encima al volver Angy con los papeles en la mano.

—¡Eh, Angy! ¿Va todo bien? —preguntó Sebas que salía del baño en ese instante.

—Sí, Julia está bien.

—¿Julia? —frunció el ceño—. Yo no he preguntado por ella, he hablado en general.

—Pero seguro que solo te preocupa cómo está ella, como siempre —murmuró entrando a nuestro cuarto y abriendo la maleta. Cogió los papeles y tras darse la vuelta se chocó de frente con Sebas que le había seguido hasta

el interior. Tenerle de nuevo tan cerca le hizo ponerse nerviosa así que intentó salir de allí de inmediato.

Sin embargo, Sebas cerró la puerta con cerrojo y no le dejó salir.

—¿Qué quieres? —el corazón de Angélica latía a mil por hora—. Déjame salir, tengo que darle estos papeles a Kris y es urgente.

Pero Sebas le quitó los papeles rápidamente y se los guardó tras la espalda. Ágil movimiento que Angy no pudo impedir que ocurriera.

—Ahora ya no tienes que darle nada —dijo sonriendo y mostrando una bonita y blanca hilera de dientes—. Quiero que me escuches.

—No tengo nada que escuchar.

—Quiero aclararte un par de cosas —decía mientras Angy intentaba quitarle los papeles.

—En otro momento, Sebas. ¡Tengo prisa!

—¿Ah, sí? —se acercó más a ella impidiéndole el paso—. Dime por qué has dicho eso de Julia y te dejaré salir.

—Lo he dicho porque es verdad. El día que se cayó por las escaleras no hiciste más que preocuparte por ella. Y esa tarde cuando no pude decirle a Max lo de la reunión pasaste de mi cara... —dijo bajando la voz.

—Lo sé —asintió, arrepentido—. Siento mucho haberte tratado algo mal y haber estado distante contigo, pero me jodió mucho no haber ido a la reunión de la discográfica y estaba cabreado con todos.

—No con todos...

—Julia lo estaba pasando fatal. Es mi mejor amiga, no iba a dejarla ir sola en la ambulancia, es lo mínimo que...

Entonces Angy le interrumpió.

—¿Tu mejor amiga?

—Claro —se encogió de hombros—. No me digas que pensabas como mi hermano en lo de que ella y yo...

Angy no dijo nada, estaba intentando reaccionar pero no le salía nada.

—¿Tú también con esa tontería? —bufó Sebas—. Y si lo pensabas, ¿por qué no me lo preguntaste para confirmarlo?

—Sí, claro —reaccionó al fin—. Voy y te digo “oye Sebas, ¿a ti te gusta Julia o son solo imaginaciones mías?”.

Ambos rieron y Angy se sonrojó sin darse cuenta.

—Y ella... Quiero decir... ¿Julia no siente nada por ti?

—Entre ella y yo solo hay una buena amistad. Tengo que reconocer que

estuve pillado por ella pero fue antes de que saliera con mi hermano. Ella siempre me vio como un amigo.

—Vaya. —Quiso sonar triste pero se alegró por dentro.

—¿Ves como sabía que tenías que escucharme? —Se pasó la lengua por el labio inferior tras hablar y Angy se derritió por dentro.

—Pero ¿cómo sabías que yo tenía esa idea en la cabeza?

—No soy tan iluso como mi hermano —rió—. Me doy cuenta de las cosas solo con las miradas y el comportamiento.

—¿Tanto se nota que...? —<<Mierda>>, pensó, <<estoy hablando demasiado>>.

—¿Que te gusto? —terminó la frase él.

Angy se sonrojó aún más. ¿Cómo había surgido este tema? Ya no se acordaba ni de lo que había venido a hacer al cuarto, solo pensaba en él, en su rostro, su presencia, sus labios, aquel flequillo que adornaba su frente, el piercing de la ceja que le quedaba tan bien...

Se acercaron poco a poco hasta que sus labios se rozaron. En ese preciso instante, alguien golpeó la puerta gritando a los cuatro vientos.

Capítulo 14

—¡Angélica! ¿Qué coño estás haciendo ahí dentro? ¡Sé que tienes los papeles! ¡Sal ya!

Kristin acababa de cortarles el rollo. Sebas le devolvió los papeles a Angy aunque no antes de echarles un vistazo.

—Pero ¿qué...? —Abrió los ojos como platos.

—Luego te explico, no digas nada. —Angy abrió el cerrojo y salió del cuarto dejando a Sebas solo en la habitación algo preocupado.

Cuando Angy volvió al cuarto, llegó con Kristin que ya tenía los papeles en la mano. Enseguida comenzó a gritarnos disparatadas e insultos varios: <<cotillas>>, <<idiotas>>, <<entrometidas>> y <<estúpidas>> fueron algunas de las que salieron por su linda boca. Angélica explicó que la idea fue suya pero yo la defendí diciendo que había sido idea de las dos. Seguidamente, Julia añadió que ella también había tenido algo que ver. Me alegré al ver que Julia nos defendía y que además se involucraba en todo el lío. Era una buena amiga.

Kristin nos mandó salir del cuarto, enfurecida. Parecía a punto de explotar.

—¡Y decídele a mi hermano que venga ahora mismo! —Cerró de un portazo dejándonos en el pasillo.

Respiramos hondo y caminamos hacia el comedor. No había nadie. Vimos entonces a Sebas salir hacia la azotea y enseguida nos dijo que estaban todos ahí fuera. Una vez llegamos hasta Sebas, éste sonrió a Angy y yo la miré extrañada.

—Luego te cuento —me susurró al oído.

—Eso, eso, luego me cuentas.

Los chicos, que estaban sentados sobre las hamacas, charlaban animados sobre sus gustos musicales. Pero tuvimos que interrumpirlos al dirigirnos al

hermano de Kristin.

—¡Simon! —le llamó Julia provocando que el aludido se levantara con rapidez al escuchar la voz de la chica—. Te busca tu hermana.

—Ah. Eh... V-vale. Gracias —respondió con torpeza.

No pude evitar sonreír, ya que vi cómo Simon se ponía nervioso al tratar a Julia cara a cara. No sabía si ella notaba algo extraño en su comportamiento, pero no podía decirle nada. Max me había confiado aquel secreto y no quería defraudarle. Nos quedamos con los gemelos y mi hermano que nos enseñaron la letra de una canción que habían estado escribiendo entre todos.

Mientras tanto, Simon entró al cuarto de su hermana. Nada más entrar se derrumbó al verla tirada sobre la cama boca abajo y llorando a más no poder.

—¡Ey, enana! ¿Qué te pasa? —se sentó junto a ella acariciándole la espalda.

Pero la chica seguía sollozando sin responder.

—¿Es por eso que has perdido? ¿No lo has encontrado?

Kristin se dio la vuelta. Tenía muy mal aspecto, se le había corrido todo el maquillaje y sus mejillas tenían manchones negros.

—Sí, lo he encontrado. —Y cogiendo los papeles arrugados que tenía al lado de la cama se los tiró a la cara.

Simon los agarró y los reconoció al instante.

—¿Los habías perdido?

—¡Me los habían robado! —exclamó con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo que robado? No entiendo lo que...

—¡Tú y los demás veis cosas que no son! ¡Ellas no son tan santitas, solo están aquí para cotillear y jodernos el viaje! ¡Cogieron estos papeles sin permiso y ya lo deben de saber todos! —rompió a llorar de nuevo.

—Bueno, Kris. Tampoco es nada malo que lo sepan ¿no? —intentó mantener la calma pero ella seguía disgustada.

—¡Sí es malo, Simon! ¡Ahora todos querrán estar atentos conmigo porque saben que me voy a morir! ¡Y no quiero que solo estén conmigo por pena! ¡No quiero que me traten de forma diferente por estar enferma! ¡Estoy harta de ese tipo de gente!

Simon la abrazó inmediatamente. Le dolía cuando hablaba de ello tan fríamente.

—Kris, ellos te aprecian por cómo eres, no por tu enfermedad. Y las chicas... Bueno, quizás quisieron cotillear pero todos hemos sido cotillas

alguna vez ¿no?

—¡Simon, no las defiendas! —le empujó y se puso en pie, furiosa—. ¡Vete! —gritó con fuerza, pero él no se movió—. ¡Sal del cuarto!

Éste dejó los papeles sobre la cama y salió de allí. Kristin golpeó la puerta con el pie con todas sus fuerzas. ¿Es que nadie la comprendía?

<<Cómo van a entenderme, ninguno está pasando por lo mismo que yo>>, pensó.

Se acercó al cajón y guardó los papeles. Entonces vio algo que no pudo retenerse a coger. Agarró el paquete de cigarrillos que había guardado en su maleta sin que Simon se enterase y, abriendo la ventana, comenzó a fumar. Eso le tranquilizaría los nervios que tenía en esos momentos.

<<Lo que ya tengo dentro no me lo van a quitar, así que por qué no seguir fumando>>, pensaba mientras daba una primera calada.

En menos de una hora se había fumado la mitad del paquete.

Esa noche, Simon durmió con su hermana porque ella no quería volver a dormir con Julia. Los gemelos Adams recibieron a Julia encantados aunque algo confusos.

—Vamos a ver, yo no me he enterado de nada —decía Max mientras se quitaba la camiseta para dormir sin ella—. ¿Por qué duermes con nosotros hoy?

La chica se encogió de hombros. No tenía ganas de hablar con Max; aún no le había perdonado todo el daño que le había hecho. Una vez tumbada en el colchón inflable se arropó hasta el cuello con las sábanas y dijo:

—Hasta mañana, chicos.

Max miró a su hermano, extrañado, y éste se encogió de hombros.

Mientras tanto, Angy me estaba contando emocionada lo que había pasado entre ella y Sebas en el cuarto hacía unas horas.

—¿Ves como no iba detrás de Julia?

—Ya, pero...

—Pero ¿qué? No saques peros donde no los hay.

—¡Pero sí hay uno! No estoy segura de si Julia le quiere solo como amigo porque no hace más que hablar de él a todas horas.

—Mira, Angy, deja de rayarte.

A pesar de decirle esas últimas palabras de ánimo sabía que cabía esa posibilidad pero ahora ella estaba muy contenta. Sebas al fin sabía que Angy le quería y parecía que él también la quería a ella así que no quise discutir

más el tema.

—¿Y tú con Max qué tal? ¿Aún sigue intentando salir con Julia? Porque me haría un gran favor.

—¡Egoísta! —le tiré un cojín.

—Jajaja, era broma pero así me la quitaría de en medio. Bueno, dime qué pasa.

—Pues nada, ya no quiere volver con ella.

—¿Por qué?

Estuve a punto de soltar el secreto que me había confiado Max, pero me contuve.

—No quiso darme explicaciones —mentí.

—Vaya tío, no se aclara. Pero bueno ahora tienes vía libre, date prisa antes de que Kristin vuelva a entrar en acción. —Y diciendo esto apagó la luz quedándose dormida a los pocos minutos.

Yo, en cambio, daba vueltas a las cosas una y otra vez. No podía centrarme en Max tan tranquila sabiendo que una chica iba a necesitar más cariño que cualquier otra persona en esos momentos. A la mañana siguiente hablaría con Kristin para pedirle disculpas por haber cogido los papeles. Era hora de acabar esta tontería del perro y el gato.

Los cuatro chicos se levantaron temprano para ir a la discográfica y empezar a grabar el álbum que les sacaría a la luz en los próximos días. Cuando me levanté, Angy ya no estaba en la cama y me preocupé porque no solía madrugar ni levantarse antes que yo. Fui hacia el comedor y tampoco había nadie. Entonces me dirigí a la cocina. Había una nota pegada en la nevera.

Anne, Kris, estamos de compras. Volveremos con comida.

Julia & Angy

¿Me habían dejado sola con Kristin? ¿Por qué no me habían avisado a mí también? Entonces recordé que quería hablar con ella. Tenía que enfrentarme a Kris por mucho que me costara dar el paso. Preparé dos bandejas de desayuno y para cuando comenzaba a tomar el mío, Kristin atravesaba el comedor con mala cara. Parecía no haber podido dormir en toda la noche.

—¿Y la gente? —preguntó con una voz ronca que nunca antes había escuchado.

—Los chicos en la discográfica y mi hermana y Julia han ido a comprar comida.

—Ah.

—Te he dejado tu desayuno aquí —señalé su bandeja.

—No tengo hambre. —Iba a volverse hacia el pasillo de los dormitorios pero tras un movimiento un tanto brusco se dirigió al sofá y se tumbó, agotada.

—Kris... ¿Podemos hablar?

—¿Tú? ¿Hablar conmigo? —respondió sin mirarme—. ¡Qué novedad!

Me levanté de la silla y me senté en el sofá de al lado. Fue entonces cuando me miró.

—¿De qué quieres hablar? ¿Acaso quieres pedirme permiso para volver a cotillear en mis cajones? —preguntó, burlándose—. Ah no, que vosotras no pedís permiso.

—No, en realidad quiero pedirte disculpas por ello.

El rostro de Kristin cambió por completo, parecía sorprendida. Mirándome a los ojos volvió a hablar:

—Vaya, nunca imaginé que me pedirías perdón. Ayer ninguna lo hizo y créeme que lo estuve esperando, pero nada.

—Lo sé, lo siento —creí ver una pequeña sonrisa en sus labios—. También quería decirte que siento mucho si nos portamos mal contigo. No empezamos con buen pie.

Kristin volvió a abrir los ojos más sorprendida aún. Hasta yo misma me estaba sorprendiendo de todo lo que estaba saliendo por mi boca. Pero no tenía sentido enfadarse con ella. Cuando una persona está enferma lo que más necesita es cariño, por mucho que se nieguen a aceptarlo. Con Kristin no quería que todo acabara con malentendidos y discusiones.

—No quiero que me pidas perdón por pena. Está claro que como ahora sabes lo del cáncer quieres quedar bien —se sentó en el sofá abrazándose las piernas—. Se lo dije a mi hermano ayer y me dijo que no, que no me hablaríais por pena, pero he aquí la prueba.

—Kristin, no te estoy pidiendo perdón por pena, es solo que estoy arrepentida. No sé, me pongo en tu lugar y...

—¿Cómo has dicho? —me miró fijamente, interrumpiendo.

—Pues eso, que me pongo en tu lugar y sé que tiene que sentar fatal que

nadie te preste atención sin sentir pena o que te sientas incomprendida.

Conforme iba hablando Kris fue bajando la cabeza y pude ver cómo unas lágrimas empapaban el sofá. ¿Le había hecho llorar? ¿Era bueno o malo? No supe qué más decir así que me callé y esperé a que ella dijera algo.

Se secó las lágrimas y mirándome dijo:

—Nadie me ha dicho antes lo de ponerse en mi lugar. Muchas gracias por entenderme —hizo una pausa para secarse las lágrimas y añadió—: ¿Me dejas darte un abrazo.

¿Había escuchado bien? Sí, Kristin quería abrazarme.

—Claro.

Ambas nos levantamos a la vez y se abalanzó hacia mí. Me sentí algo extraña. ¿Qué hacía abrazando a Kristin? Mis sentimientos de odio habían desaparecido. Todo había cambiado con tan solo unas palabras de entendimiento. Fue en ese momento cuando supe que Kris no había tenido muchas amigas con las que hablar de sus problemas. Siempre acudía a su hermano, pero seguro que echaba en falta contar con amigas. En esos minutos abrazadas supe también que no volvería a discutir con ella. Yo en su lugar me sentiría fatal si en mis últimos días no hubiera encontrado la felicidad y a una amiga en la que poder apoyarme hasta el final. Me alegra haber llegado a tiempo.

Capítulo 15

Esa noche hablé con Julia y Angy sobre la pequeña conversación que tuve con Kris, y ambas entendieron que hice lo correcto al hablar con ella. A la mañana siguiente, ellas le pidieron perdón por lo ocurrido. Enseguida descubrimos que Kristin no era como pensábamos, también tenía su lado sensible y su corazoncito, y pudo demostrarlo ese día mientras nos tomábamos un refresco al sol tumbadas en las hamacas de la azotea.

—Anne, no voy a volver a ser un obstáculo más.

—¿Cómo? —volví mi rostro hacia ella—. ¿A qué te refieres?

—A Max. No quiero ser un obstáculo en vuestra relación. Me he dado cuenta de que no le intereso de verdad —tenía la mirada fija en las nubes—. En cambio, se nota que tú sí le interesas en serio.

—Kris, tú quieres a Max y...

—Y voy a dejar de existir en poco tiempo —me dolía mucho cuando hablaba de esa manera tan fría—. ¿De qué serviría quererle? Tú le podrás hacer feliz por mucho tiempo, pero yo tengo fecha de caducidad.

Aún recuerdo aquella conversación sobre Max. Esa tarde, Kristin me demostró que era una chica estupenda y todo ello me enseñó a no volver a juzgar a las personas sin conocerlas porque puedes equivocarte, como me pasó a mí con ella.

Angy había salido con Julia a dar un paseo junto al río Hudson. Había decidido hablar con ella sobre lo que le preocupaba.

—Bueno, Angy ¿de qué querías hablar? —consiguió sacar el tema Julia al ver que su nueva amiga no sacaba ningún tema en especial.

—Nada, es una tontería —sonrió tímidamente sin saber bien cómo empezar.

—¿Es sobre Sebas?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Últimamente estás muy nerviosa cuando él está delante y creo que es algo impropio de ti. ¿Es que ha pasado algo entre vosotros?

Angy recordó el roce de labios del día que fue a buscar los papeles de Kristin pero a Julia le negó ese cometido. Desde aquel momento no habían vuelto a quedarse solos por lo que no volvió a repetirse nada parecido. Le restó importancia y decidió no contarle nada al respecto.

—No, nada. No ha pasado nada.

—¿Entonces? ¿Qué querías decirme?

Angy se armó de valor, tenía que aclararse de una vez por todas.

—Quiero saber si tú sientes algo más que amistad por él.

Julia comenzó a reír lo que a Angy le pilló por sorpresa.

—Pero ¿cómo puedes pensar eso? Sebas y yo solo somos amigos. Sebas es como el hermano que nunca he tenido —Angy no sabía cómo reaccionar—. De verdad —añadió parándose frente a ella para que le tomara en serio.

—Gracias, Julia.

—No seas tonta y ve a por él, se nota que hay *feeling* entre vosotros.

—¿Tú crees? —Se sonrojó un poco. Nunca había hablado antes con Julia sobre chicos y le incomodaba un poco el tema.

—Conozco a Sebas, sé de lo que hablo.

Esa conversación me la contó mi hermana aquella noche con todo detalle. Me alegré mucho por ella. Ese mismo día, Sebas y Angy comenzaron a tontear demasiado sin cortarse un pelo. Simon seguía aún con su secreto de enamorar a Julia poco a poco. A Simon le costaba mostrar sus sentimientos y Max intervenía de vez en cuando para ayudarle aunque en su día me dijo que no lo haría, que no se metería en medio. Sin embargo, no llegó a cumplirlo del todo. Parecía desesperado por que estuvieran juntos y a mí me ponía de los nervios que solo hablara de ellos.

Esa noche decidimos salir todos a dar una vuelta por *Broadway*. Simon y Kristin nos llevaron a una cervecería llamada *Paddy's* bastante conocida por su música jazz en directo. Habíamos bebido ya unas cuantas cervezas cuando Max volvió a pasar a la acción con respecto a dejar a Julia y Simon a solas. Mientras el resto decidió ignorarlo yo no pude más y lo solté con rabia.

—¡Max! ¡¿Quieres dejar que se líen cuando les dé la gana!?

La gente de nuestro alrededor nos miró al subir la voz. Fue la mayor

metedura de pata del siglo. Simon se cabreó con Max por haberme contado su secreto y, sin decir nada, salió del pub y cogió un taxi para volver al apartamento. Nadie habló sobre ello durante el trayecto de vuelta al piso. Sin embargo, la conversación —de la que no pude librarme— que tuve esa noche con Max en la azotea fue un tanto desagradable. Max se puso hecho una furia conmigo y sus palabras se me clavaron en el corazón como afiladas astillas.

—¡No sé por qué confié en ti! —me miró a los ojos con rabia—. Me has defraudado, Anne.

—Max, ¡lo siento —comencé a sollozar intentando no llorar delante de él—. No sé por qué lo dije, de verdad.

—Mira, déjame en paz, mañana tengo que grabar y no quiero irme a la cama más cabreado de lo que ya estoy —dijo caminando hacia la puerta de la azotea. Entonces paró de andar y, con un semblante serio, añadió—: Y, por favor, no vuelvas a gritarme de esa manera delante de todo el mundo. ¿De acuerdo?

Cuando Max se fue, lloré como nunca. ¿Y quién fue la persona que me consoló?

Kristin.

Ella lo había escuchado todo desde la ventana de su cuarto y vino enseguida para estar conmigo. En esos momentos no podía pensar en perderla, era mi amiga después de todo. Ella cumplió su palabra y no volvió a tontear con Max a pesar de que él quisiera tontear con ella. Lo hacía para intentar darme celos. Lo sé. Nunca podré agradecer a Kristin todo lo que hizo por mí.

Mi hermano Anton era un caso especial, ya que él nunca contaba nada acerca de su vida privada pero era fácil conocer sus sentimientos a través de su comportamiento. Anton y Kristin habían congeniado desde el principio y se veía a la legua que había algo entre esos dos. Sin embargo, nadie comentaba nada al respecto.

Hasta que les pillamos.

Fue al día siguiente cuando salíamos a comprar al supermercado. Tanto Anton como Kris se negaron a acompañarnos, cada uno dando una excusa diferente. No sé si alguno se tragó aquella mentira pero yo me olía algo raro. Una vez llegamos a casa gritamos sus nombres y no obtuvimos respuesta por lo que supusimos que habían salido a algún lado. Sin embargo, el portazo que dio Julia al abrir la puerta del cuarto que compartía con Kristin nos llamó la

atención y fuimos hacia el pasillo. Julia tenía la cara roja como un tomate.

—¿Julia? ¿Estás bien? ¿Qué pasa? —preguntó enseguida Angélica.

Mientras tanto, algo apartados, estábamos los demás observando el panorama. Julia contestó entre susurros:

—Kris y Anton... están, están... Les he pillado y... —balbuceaba sin encontrar las palabras exactas.

—¿Se estaban dando el lote?!

La grave voz de un entusiasmado Max hizo a Anton reaccionar y todos pudimos escuchar su voz desde el pasillo.

—¡Podríais ser más discretos! ¿No? ¡Un poco de privacidad, por favor!

El pasillo se llenó de carcajadas en ese momento. Había acertado. ¡Anton y Kris estaban juntos!

—Joder con mi hermano, qué calladito se lo tenía —comentó Angy una vez nos sentamos en los sofás del salón.

La verdad es que no me esperaba que a pesar de que Anton hubiera salido de una reciente relación que acabó en drama, volviera a querer pasar por algo parecido. ¿Acaso no sufrió bastante por su ex novia? ¿Por qué quería volver a pasar por algo parecido o incluso peor? Quizá suene egoísta, pero preferiría que no se enamorara de ella. No quería que lo pasara mal otra vez.

—¿Y Kris qué? —añadió Julia sacándome de mis pensamientos—. Anda que nos cuenta algo la tía.

—A lo mejor solo ha sido un calentón del momento —comentó Max mientras apagaba su cigarrillo en un cenicero.

—Anton no es como tú, que te entran calentones a doquier.

Temí que mi comentario le ofendiera pero en cambio me sacó la lengua y sonrió haciendo que me derritiera un poco más. Le devolví la sonrisa. Quizás ya se le había pasado el enfado del día anterior. Al rato, Simon y Julia se dirigieron a la cocina a sacar la comida de las bolsas de compra. Simon babeaba mirando a Julia a cada segundo. Era extraño que no se lanzara de una vez la verdad. Quizás necesitaba su tiempo.

En cuanto pudimos estar a solas con Kristin nos contó que se había estado viendo con Anton a escondidas desde que habíamos llegado a Nueva York. Se las habían arreglado para mantenerlo en secreto. Todo un romance de película.

Amanecía un nuevo día, se acercaban los últimos días de vacaciones. Hoy era un día muy deseado por todos, ya que los chicos lanzaban oficialmente su

primer EP que incluía cinco canciones.

Angy y yo nos despertamos de pronto por un ruido que vibraba por todas las paredes. Resonaba música por todo el piso.

—¿Qué demonios es eso que suena? —Miré la hora con ojos soñolientos.

Eran cerca de las nueve de la mañana. Decidí levantarme y por el pasillo me encontré a Kris y Julia que también salían del cuarto igual de dormidas que yo. Angy me siguió y las cuatro en pijama nos dirigimos a la azotea. La música provenía de allí.

—¿Están ensayando aquí? —preguntó Kris con la voz ronca.

—¿A estas horas? —añadió Angy mirando el reloj de pared.

Pero nos equivocamos. Allí estaban los cuatro sentados en las hamacas y también en pijama. Parecían estar atentos a algo. Entonces nos dimos cuenta: la radio. ¡Se estaba escuchando el primer single de La Malicia! Habían madrugado para escuchar el lanzamiento de su primer single.

—¡Sois vosotros! —exclamó una emocionada Julia.

Los chicos sonreían felices y las cuatro fuimos corriendo a felicitarles. Habían trabajado duro para conseguir aquel momento de felicidad.

Por la noche decidimos hacer una hoguera al lado del río Hudson para celebrarlo. Había una zona con una barbacoa de piedra y unos bancos de madera para uso público. Tras una bonita cena al lado del río, encendimos una pequeña hoguera y nos sentamos alrededor del fuego. Podría decir que aquel día fue uno de los mejores recuerdos que tengo de esas vacaciones.

—Kris, ¿estás bien? —Anton se acercó a ella, preocupado.

La joven de clara melena se había alejado del grupo por un ataque de tos y Anton había seguido sus pasos. Todos nos dimos cuenta que llevaba ya un rato tosiendo y cada vez más fuerte. No me gustaba para nada aquello.

—Sí, sí. No te preocupes, seguro es por el humo de la brasa —contestó rápidamente y luego tosió aún más fuerte.

Kristin se llevó la mano al pecho, debía arderle de tanto toser. Mientras Anton permanecía con ella alejados del resto, nosotros observábamos la escena desde la hoguera. Estábamos sentados en la poca arena que había al lado de la orilla contemplando el fuego que habíamos hecho hasta que desvié la mirada un momento y la posé en Simon. Tenía los ojos húmedos y no despegaba la vista de su hermana. Julia se arrimó más a él y le agarró una mano. Éste, con una mirada de agradecimiento, se la estrechó fuertemente. Angy y Sebas terminaron tumbados sobre la arena y muy acaramelados. Eran

tan monos... Hacían una pareja perfecta. En cambio, Max y yo fuimos los únicos que permanecemos separados uno del otro observando cómo las llamas se iban consumiendo poco a poco. Nos habíamos quedado sin tema de conversación. Le miré de reojo y nuestras miradas se encontraron un instante. Él sonrió un poco y yo se la devolví, nerviosa.

Decidió sacar un cigarrillo y lo encendió con las llamas.

—Deja de fumar... Es malo —le dije con una media sonrisa para que no se lo tomara como una orden.

Tras darle una calada, me miró y respondió tranquilamente:

—¿Te molesta?

No sé qué fue lo que me pasó pero no conseguí responder a la pregunta así que él se adelantó poniéndose en pie.

—Bueno, si eso me voy a dar una vuelta por aquí para que no te moleste el humo.

Al ver que se alejaba me levanté corriendo y fui tras él. Notó mis pasos y se dio la vuelta.

—¿Puedo acompañarte? —pregunté con timidez.

—Claro —sonrió encogiéndose de hombros.

Mientras tanto, Anton y Kris acabaron sentados en un banco a varios metros de la hoguera. Éste le pasó un brazo por la espalda y ella se recostó sobre su hombro.

—Anton...

—Dime —respondió con la mirada fija en las tranquilas aguas del río Hudson.

—¿Me vas a echar de menos cuando no esté aquí? Sé que has tenido problemas con tu ex, con las drogas y demás. No debió ser fácil dejarla marchar. ¿Por qué quieres estar conmigo si vas a volver a pasarlo mal? Eres un poco masoquista —sonrió, levemente.

A Anton le dolió tan fuerte el corazón tras escuchar aquellas duras palabras que pensó que acababa de sufrir un infarto.

—No le des vueltas a esas cosas —le besó en la frente.

Pero Kristin comenzó a llorar en silencio y Anton se percató.

—Por favor, Kris. Para. No lo pienses más, te haces daño —dijo secándole las lágrimas con la mano—. Y a mí también me lo haces.

Kris le miró con los ojos anegados en lágrimas.

—Solo quiero saber si me echarás de menos —volvió a decir esta vez

sollozando.

—No te imaginas cuánto... —susurró acercándose a sus labios—. Y estoy contigo porque quiero. Y sí, lo pasé mal con mi ex, pero su enfermedad era algo que se podría haber evitado. Ella seguía eligiendo el camino incorrecto y ya no pude más. Contigo es diferente. *Tú* eres diferente —los ojos de Anton se cubrieron de lágrimas mientras agarraba la blanquecina mano de Kristin—. Eres una luchadora y quiero darte las gracias por dejarme compartir estos maravillosos momentos contigo.

Finalmente, se besaron callando así el dolor de ambos.

—¿Ya os vais? —preguntó Sebas al ver a Simon y Julia levantarse al mismo tiempo.

—Voy con ella al piso que dice que ya tiene sueño —señaló Simon a la chica.

—Bueno, pues hasta mañana.

—Hasta mañana —respondió ella.

Cuando ya se habían alejado lo suficiente, Angy preguntó:

—¿Crees que volverá?

—¿Quién?

—Simon.

—No creo —contestó Sebas contemplando el cielo nocturno lleno de brillantes estrellas—. Se quedará con ella. Me alegra que se haya interesado por Julia.

—¿Y eso? —Angy le miró pero éste seguía con la mirada puesta en aquel infinito cielo.

—Simon es el mejor tío que he conocido. Sé que la cuidará.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —volvió la cara para observarla.

—¿Tú me cuidarás a mí?

Sebas se incorporó un poco para colocarse frente a ella.

—¿Acaso lo dudabas? —Y diciendo esto sus rostros se acercaron y se besaron largo rato.

Max y yo seguíamos caminando por la orilla, sin rumbo, y apenas manteníamos una conversación de más de cinco minutos. Esto iba fatal. Yo cada día le quería más y él parecía que cada día me iba queriendo menos —si es que me había querido alguna vez—, hasta el punto de ni siquiera hablar de

algo interesante. Pero entonces fue él, por primera vez en lo que llevábamos caminando, quien me preguntó algo totalmente inesperado.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo la última calada al cigarro y tras apagarlo en la arena, lo tiró a la papelera más cercana.

—Sí, dime.

—¿Me vas a decir por qué te molestaba tanto que intentara juntar a Simon con Julia?

Seguíamos caminando pero me dieron ganas de salir corriendo para no contestar. ¿Que por qué me molestaba? ¡Porque tenía celos! ¡Celos de que hablara de ellos todo el tiempo y que no se centrara en mí! ¡En nosotros! Pero no pude decírselo.

—Ah, eso... —dije, dubitativa—. Bueno, porque pienso que ellos son mayorcitos para hablar las cosas. No creo que necesiten a ningún mediador. ¿No crees?

Max suspiró, parando de repente.

—¿Qué haces? ¿Ya te has cansado? —dije en tono burlón.

—Sí —contestó dejándose caer sobre la arenilla—. Soy vago hasta para caminar. Pero acércate que no muerdo —Me tumbé a pocos centímetros de él—. ¿Quién lo diría, eh?

—¿El qué? —tragué saliva. Comencé a notar un nudo en la garganta.

—Que volveríamos a estar así, tan cerca.

Noté que tenía los ojos puestos en mí así que giré la cara para encontrarme con su intensa mirada. El corazón me latía fuertemente y no podía concentrarme al pensar que por culpa del maldito silencio que reinaba pudiera escuchar mi nerviosismo a través de los latidos de mi corazón.

—No me digas que aún te pone nerviosa estar conmigo.

Su media sonrisa me derritió.

¿De verdad podía escuchar mis latidos acelerándose?

—No estoy nerviosa —mentí, sonrojada.

En cambio, di las gracias a que era de noche y apenas había luz; de esa manera no podía ver mis sonrojadas mejillas.

—Tal vez esto te relaje un poco —dijo al tiempo que se aproximaba a mis labios.

Al fin nuestros labios iban a encontrarse después de aquel primer día en Nueva York. Y, por primera vez, nada ni nadie pudo romper aquel maravilloso momento. Sentí el *piercing* de su lengua rozar contra la mía. Me encantaba.

Comenzamos a acercarnos cada vez más hasta que acabé recostada sobre él. Fue un momento mágico en el que puedo asegurar que había amor, por lo menos por mi parte. Aún no estaba segura de si yo era una más para él y recé desde ese día para que no lo fuera.

Capítulo 16

Los dos días siguientes a la hoguera —y al beso tan intenso que tuve con Max— fueron algo extraños. Max no me ignoraba pero tampoco mostraba interés más allá de lo normal. ¿Acaso aquel maravilloso momento que tuvimos al lado del río Hudson no había significado nada para él?

Al día siguiente a la hoguera los chicos fueron citados por su productor, Patrick, para hacer una pequeña entrevista en una de las radios locales de Nueva York. Por lo que nos contaron al llegar al piso había al menos cincuenta personas, la mayoría chicas, a las puertas de la radio para verlos y hablar con ellos.

—¡Y hemos firmado nuestros primeros autógrafos!

—¡Fue increíble!

Nos pusimos muy contentas por ellos pero mi sonrisa desapareció al ver cómo mi hermana, Kristin y Julia besaban a sus chicos mientras que Max tan solo me había dado un mísero abrazo que duró dos segundos.

No entendía nada. ¿Qué había cambiado entre nosotros desde la noche anterior?

Simon y Julia salían juntos oficialmente desde la noche de la hoguera. ¡Por fin! Me alegré por ellos, pero yo seguía sin entender por qué las demás parejas mostraban su amor en público y Max y yo seguíamos como al principio. La única diferencia era que estos dos últimos días nos enrollamos varias veces pero siempre a escondidas del resto. ¿Acaso no había amor entre nosotros? Yo estaba muy segura de lo que sentía por él. Pero ¿quizás él no sentía lo mismo que yo?

Finalmente, acabé contando todo ello a las chicas una noche cuando nos dejaron a las cuatro a solas.

—Joder Anne, pero habla con él. ¡No seas tonta! —me animaba Angy a su

manera.

Las otras dos asintieron.

—Con Max hay que ser directa, si no te puedes tirar media vida esperando a que te diga lo que siente —añadió Julia.

—Pero ¿qué le digo? Me da miedo fastidiarla. No quiero estropear la relación que tenemos ahora...

—¿Acaso te gusta la relación que tenéis ahora? —me preguntó Kris—. ¿O preferirías otro tipo de relación más estable?

—Lo segundo —suspiré.

—Pues ya está, déjaselo claro Ann —dijo Julia de nuevo—. Le conozco y sé que es mejor que lo hables con él para que no se monte sus películas en la cabeza.

Tras esta conversación me convencieron así que aquella noche que volví a quedarme a solas con Max en su cuarto, me armé de valor. Aunque no antes de preguntarle por la entrevista que tuvieron con la radio.

—Fue una experiencia cojonuda. Somos ya unos profesionales —sonrió—. ¿Nos sentamos? —señaló la cama que compartía con su hermano.

—Pues me alegro un montón —sonreí de manera forzada al tiempo que nos sentábamos.

—¿Te pasa algo?

Max tenía un sexto sentido o algo por el estilo porque enseguida sabía que me pasaba algo. Era una ayuda la verdad.

—Pues la verdad es que sí.

—¿Y? ¿Qué te pasa?

Tragué saliva y lo solté, aunque quizás no exactamente con las palabras que hubiera querido usar. Sin embargo, fue lo primero que me vino a la cabeza.

—¿Qué soy para ti, Max?

Él frunció el ceño y contestó:

—¿A qué te refieres?

¿Por qué me lo ponía tan difícil? Resoplé para mis adentros.

—Quiero saber por qué siempre nos escondemos de los demás.

—Para tener más intimidad —contestó rápidamente como si tuviera estudiada la respuesta.

—Ya, pero...

—Ok, espera —me interrumpió—. Ya entiendo por dónde vas. Quieres que

salgamos por ahí en plan parejita feliz como hace el resto ¿no?

Su tono de voz no me gustó en absoluto, la conversación tomó un giro inesperado.

—No, Max. No quiero decir que tengamos que hacer lo mismo que hacen los demás —respondí con el mismo tono serio.

En realidad quería decir que sí, que era exactamente eso lo que echaba en falta. Pero mi miedo a perderle del todo fue mayor a mis palabras.

—¿Entonces? ¿Es que no quieres seguir liándote conmigo?

Comencé a temblar de los nervios hasta el punto de no saber cómo seguir la conversación. Me quedé bloqueada. Los nervios me fallaron. ¡Yo solo quería saber si me quería! Pero ¿por qué solo podía pensarlo? ¿Por qué no tenía el valor suficiente para preguntárselo?

—Mira, dejemos esto para otro momento —dijo finalmente levantándose algo enfadado—. No sé qué coño te pasa, la verdad. Me mareas con tus comentarios. —Y diciendo esto salió del cuarto dejándome allí sola.

Mis ojos se humedecieron de inmediato. ¿Por qué era tan difícil mantener una relación normal con él? ¿Por qué no podía fluir todo igual de bien que al resto de parejas? Yo tenía la culpa de todo. Era una auténtica inútil en todo lo relacionado con el amor. Nunca me habían durado los novios más de un mes y seguro que algo estaba haciendo mal. Pero ¿el qué?

A la mañana siguiente desperté llena de sudor. Había tenido una pesadilla. En ella Max se alejaba de mí hasta ir desapareciendo de mi vista, y por mucho que corría tras él nunca conseguía alcanzarle. Y lo peor de todo, es que Max se giraba para mirarme pero luego seguía caminando dejándome atrás, olvidada.

—¿Estás bien, Anne? Estabas haciendo unos ruidos extraños.

La voz de mi hermana me sacó de mis pensamientos.

—Sí, solo era una pesadilla.

Ambas nos levantamos y fuimos a la cocina a desayunar. Ese día los chicos pasaron mañana y tarde en la discográfica para hablar de detalles relacionados con futuras entrevistas. Nosotras mientras tanto pasábamos el día hablando tumbadas en las hamacas de la terraza.

—¿Hablaste ayer con Max? —me preguntó Kristin tras un rato en silencio.

—Sí —dije estremeciéndome al recordar la ingrata conversación.

Me avasallaron a preguntas al respecto así que les acabé contando lo que hablamos.

—Joder, Anne, si es que no sabes ir al grano! —resopló mi hermana.

—No sé —intervino Julia—. Max es un chico muy liberal, a lo mejor no quiere nada serio y por eso no le hace gracia el ir de <<parejita feliz>> como dice él ¿no?

—Ya sabemos que no quiere nada serio —afirmó Kris—. O si no mira lo que nos hizo en el crucero. Le encanta jugar con todas.

A mí todos esos comentarios me dolían en el alma. Yo estaba enamorada de Max y solo deseaba escuchar de su boca que él también lo estaba de mí. Sin embargo, parecía que solo tenía la intención de seguir jugando.

Iba a tumbarme un rato en la cama a reflexionar cuando me sonó el móvil.

—Es Anton —dije leyendo su nombre en la pantallita—. ¿Sí? —contesté—. ¡No puede ser! Qué fuerte, ¿no? ¡Ok, aquí estaremos! ¡Hasta luego!

—¿Qué pasa? —preguntaron las tres a la vez.

—¡Dice Anton que se van mañana con su productor a Boston a tocar para un programa de televisión en directo!

Todas saltamos de alegría. Los chicos estaban acaparando la atención del público de una manera impresionante, pero ya no era solo en Estados Unidos sino que también comenzaban a escucharse en algunas partes de Europa. Sobre todo en Inglaterra, nuestro país natal. Todo estaba pasando tan rápido... Tan solo nos quedaban cuatro días para volver a coger el barco que nos llevaría de nuevo a Inglaterra. Prefería no pensar mucho en ello y disfrutar de lo que nos quedaba de viaje.

Esa noche celebramos el éxito de la banda por todo lo alto. Bebimos y bailamos sin parar. No puedo contar mucho de esa noche, ya que bebí demasiado y no lo recuerdo todo. Lo que puedo contar es lo que al día siguiente me contaron las chicas.

Los chicos saldrían de casa después de comer. Además, pasaban la noche en Boston en un hotel que les proporcionaba la discográfica. Volverían a la mañana siguiente. Mientras ellos seguían descansando para el viaje, las chicas vinieron a despertarme cerca de las once de la mañana. Por lo visto acabé fatal la noche anterior y la resaca era prueba de ello. Enseguida me contaron la que armé anoche y casi me da un infarto al escuchar lo que me contaban.

—Sí, Ann. Normal que no lo recuerdes —dijo Julia, riendo.

—Pero ¿y a Max le pareció bien? —pregunté anonadada por lo que me estaban contando.

—Vamos a ver, Anne —dijo Angy—. Max también llevaba sus copas de más. Vaya dos —todas rieron—. A lo mejor ni se acuerda así que no te rayes.

Por lo visto, anoche en la fiesta grité a Max que le quería y, por supuesto, lo hice delante de todos. Cuando me lo contaron noté cómo me subían los colores a las mejillas. Me quería morir de la vergüenza. ¿Qué pensarían los chicos de mí? ¿Y Max? ¿Lo recordaría?

—Voy a hablar con él —dije decidida.

Todas asintieron dándome la razón.

—Yo si quieres voy a distraer a Sebas que seguro que está con él en el cuarto.

Al parecer, Sebas ya se había levantado y se fue con mi hermana a la cocina a desayunar. De esta manera me dejó vía libre para entrar al cuarto. Una vez en el interior, cerré la puerta a mis espaldas. Aún las persianas estaban bajadas y apenas penetraban los rayos de luz del nuevo día. Sabía que Max estaba tumbado sobre su cama pero no sabía si estaría dormido. La tímida luz que entraba por las rejillas de la persiana me ayudó a ver su rostro. Tenía los ojos cerrados y respiraba apaciblemente. Me senté al borde de la cama, pero no se inmutó.

<<Me da igual que esté dormido>> pensé, <<tengo que hablar con él>>.

Carraspeé un poco la garganta y al fin se movió. Le miré. Estaba tan guapo medio dormido... No llevaba ninguna gorra puesta —pocas veces podías verle sin una— y estaba sin camisa. Me daban tantas ganas de abrazarle y besarle...

—¿Anne? —Su voz hizo que volviera a la realidad.

—Sí, soy yo. ¿Podemos hablar?

Se llevó la mano a la cabeza quejándose del dolor. Llevaba una resaca enorme de la noche anterior, al igual que yo. Se incorporó un poco apoyándose en el respaldo de la cama. Yo seguía dándole un poco la espalda, sentada al borde de la cama.

—¿De qué quieres hablar? —abrí la boca para responder pero me interrumpió—. Si es por lo que intentamos hablar el otro día no quiero más rayadas, por lo menos ahora no, por favor.

—¿Recuerdas algo de anoche? —le pregunté de repente ignorando su comentario.

Mientras pensaba se mordía el labio inferior y jugueteaba con el *piercing* de su lengua.

—Algo recuerdo, pillé un pedo enorme —sonrió un poco.

—¿Y qué recuerdas? —me tembló un poco la voz, pero seguí firme.

—Pues cosas sueltas —decía mientras se pasaba la mano por aquel pelo rapado al dos—. La verdad es que no sé si he soñado contigo o si ocurrió de verdad pero me decías que me querías.

Me pilló tan desprevenida que sacara justo el tema del que quería hablar que no supe qué contestar. Gracias a Dios fue él quien volvió a hablar.

—Supongo que fue un sueño porque vaya tontería que me lo dijeras así de repente con la borrachera que llevábamos ¿no?

<<Vamos Anne, vamos, dile que no es ninguna tontería y que fue verdad>>, decía una lejana voz en mi cabeza.

—Sí, una tontería... —contesté susurrando y medio arrastrando las palabras, sin atreverme a decir la verdad por miedo a su reacción.

De pronto, Sebas nos interrumpió entrando al cuarto sin llamar.

—Oh, vaya, perdonadme. Max, ve preparando la maletilla. Yo ya tengo la mía medio hecha. Salimos en dos horas y aún tienes que ducharte y desayunar. Que luego tenemos que esperarte y llegamos tarde.

Max se levantó de la cama lentamente. No me sorprendió verle en calzones, ya que siempre dormía así y se paseaba por la casa en paños menores como si nada.

—¡Qué ganas de pasar una noche fuera y ver mundo!

—Boston está a cuatro horas de aquí, tampoco va a ser muy diferente.

—Calla, no me quites la ilusión que tengo —contestó a su hermano entre risas.

Mi hermana acababa de llegar también al cuarto y me miró con tristeza cuando negué con la cabeza. Angy entendió enseguida que la cosa entre Max y yo seguía igual que siempre. Y lo peor de todo era que se iban en un par de horas y no podría volver a hablar con él hasta el día siguiente. Sería la primera noche separadas de los cuatro chicos y aquello nos dejaba a todas algo deprimidas.

Capítulo 17

La despedida fue tan dolorosa como la primera vez que tuvimos que despedirnos de Max y Sebas cuando se fueron al hotel. La única diferencia era que habíamos pasado día y noche con ellos durante los últimos días por lo que la despedida dolía aún más que la vez anterior.

—Prometernos que estaréis bien ¿eh? —dijo mi hermano Anton mirando sobre todo a su chica. Kristin se acercó a él y le abrazó. Seguidamente besaba a su chico con pasión y miedo a la vez. Anton notó enseguida el temor de que se pusiera peor para cuando él volviera. Cada minuto contaba—. Kris, mañana a la noche estamos de vuelta, todo irá bien —dijo mirándole a los ojos mientras le agarraba por los hombros.

—Anton... —a Kristin se le quebró la voz—. Prométeme algo.

—Lo que quieras.

—Prométeme... —una lágrima se le derramó por la mejilla izquierda—. Prométeme que no me olvidarás, pase lo que pase —éste giró la cara, sus ojos se humedecieron pero no quería llorar, no delante de ella—. No me olvides, Anton.

Kris se colocó frente a él y éste tuvo que mirarle a los ojos.

—No voy a olvidarte. Jamás te olvidaré. Te lo prometo.

Simon se despedía de nosotras al tiempo que miraba de reojo a su hermana y a Anton. Finalmente, se acercó a su chica.

—Julia, esto es importante. Si veis que mi hermana se encuentra mal llamadme de inmediato, por favor. Sé que intenta aparentar fuerte pero su cuerpo se va debilitando a cada segundo. Necesito saber que todo va bien.

Julia le entendió a la perfección y asintió. Ambos se abrazaron fuertemente. Sebas y Angy se abrazaron largo rato también y fue Sebas quien la animó para que no se viniera abajo.

—No nos pongamos dramáticos, mañana te veo ¿ok?

—Te echaré de menos. —Volvió a abrazarle.

—Y yo a ti.

El amor estaba en el aire. Mis amigas y mi hermana terminaron de despedirse de sus respectivos novios y fue en ese momento en el que yo quería desaparecer. Max y yo éramos los únicos que quedábamos por despedirnos. Una vez nuestras miradas se encontraron fue Max quien llegó hasta mí.

—Bueno, ya os contaremos qué tal todo ¿eh? —No dejaba de mirarme a los ojos.

—Qué envidia —dije más bien pensando en las parejas, pero él debió entender que tenía envidia de su viaje.

—Ya os invitaremos a algún concierto cuando... —entonces le interrumpí besándole en los labios y haciéndole callar.

Fue un impulso, uno de esos momentos en los que ya no puedes obligarte a esconder más tus sentimientos. Por suerte, me correspondió al beso. Fue largo y apasionado pero aún seguía con mis dudas de lo que él sentía por mí y me daba rabia dejarle marchar sin saberlo. Era el primer beso que nos dábamos delante del resto. Tras separarnos, me besó en la frente y sonrió, algo que nunca antes había hecho y no supe cómo interpretar aquel detalle tan importante para mí.

Ya estaban todos en el taxi excepto Simon que aún se despedía de su hermana.

—Por favor Kris, llámame con lo que sea ¿ok?

Ambos lloraban sin poder evitarlo, sabían que cada segundo que pasaban juntos era esencial. No sabían cuándo podría ir a peor, ya que la enfermedad estaba muy avanzada y los médicos no tenían mucha esperanza de que pasara del año.

—Espérame Kris, por favor —le suplicó, abrazándola.

Ésta no conseguía decir nada por culpa de los continuos sollozos aunque entre susurros pudo pronunciar las palabras más importantes.

—Te quiero hermanito, gracias por todo... —su voz se quebró al final y ya no pudo decir nada más.

—Yo también te quiero, enana.

Fue una escena muy conmovedora. Nunca me gustaron las despedidas y siempre intentaba evitarlas pero desde aquel día supe que una despedida era realmente importante; pues nunca sabes si aquella despedida iba a ser la

última.

Al volver al interior del piso ya no era lo mismo. La presencia de los chicos era necesaria para convivir. Kristin se encerró en su habitación nada más entrar y no salió en toda la tarde. Intentamos hablar con ella pero fue imposible. Mientras tanto, Julia, Angy y yo permanecemos en los sofás del comedor dejando que pasaran las horas.

—Chicas, tengo que contaros algo... —rompió el silencio Julia tras unos minutos.

—¿Sobre qué? —pregunté tumbada en uno de los sofás.

—Bueno, me da mucha vergüenza decir esto pero necesito vuestro consejo. No puedo aguantarlo más.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Angy, preocupada.

—Veréis... —suspiró—. Tengo un retraso desde hace ya tiempo, en junio no me vino la menstruación pero no me preocupé. Y debería haberme venido este mes y tampoco...

Ambas abrimos los ojos de par en par.

—Bueno Julia, tranquila ¿ok? A lo mejor no es nada, mira, vamos a la farmacia más cercana y compramos un test de embarazo ¿te parece? —sugerí mientras me sentaba junto a ella—. Así saldremos de dudas.

—Gracias, Anne.

—Déjame ir con ella —se levantó Angy—. Anne, tú quédate por si a Kris le da por salir del cuarto. Tú eres la que mejor se lleva con ella, tiene más confianza contigo.

Asentí y las despedí desde la puerta.

Me quedé tumbada en el sofá pensando y rezando por Julia para que no estuviera embarazada. Simon ya tenía suficientes preocupaciones con la enfermedad de Kristin como para afrontar que iba a ser padre de una pequeña criatura. Pero entonces me dio un vuelco al corazón. No podía ser. Imposible. Tenía que asegurarme. Fui corriendo a la cocina a mirar el calendario. Julia llevaba más de un mes con retraso y hacía solo cuatro días que salía con Simon; lo que quería decir que...

—No. No puede ser de Max —dije en voz alta sintiendo cada latido del corazón golpear fuertemente mi pecho.

Me fui al sofá de nuevo. No puedo asegurar cuánto tiempo estuve llorando y pensando en la posibilidad de que Max fuera el padre del bebé de Julia. Estaba casi segura de que era suyo pero no podía asimilarlo. De pronto, una

fuerte tos proveniente del baño me hizo volver a la realidad. Me sequé las lágrimas rápidamente y fui hacia allí corriendo. Me encontré a Kristin de rodillas con la cabeza apoyada en el váter y no parecía poder parar de toser. La tos le provocaba arcadas continuamente.

—Kris...

Ella no se inmutó y siguió concentrada en lo que hacía. Sin darme cuenta, un par de lágrimas humedecieron mis mejillas. La vida de Kristin pendía de un hilo cada vez más fino. Coloqué mi mano en su hombro y me arrodillé junto a ella. Kris se giró y pude comprobar que había estado llorando. Tenía los ojos hinchados.

—Anne, ¿te puedo pedir un favor? —Su voz sonó quebrada.

—El que quieras.

—Vamos a mi cuarto y te lo explico. —Se levantó del suelo.

—Pero ¿te encuentras bien?

—Sí. No te preocupes. Esta no es la primera vez que me pasa.

Una vez se había lavado la cara en el lavabo, fuimos hacia su cuarto. Cerró la puerta al entrar y se dirigió a un cajón del escritorio. De ahí sacó un cuaderno que parecía nuevo y arrancó una hoja. Se giró hacia mí y me la entregó. Estaba en blanco.

—No hay nada escrito.

—Lo sé —añadió dándome un bolígrafo—. Quiero que escribas lo que te voy a dictar.

Me senté en el escritorio y ella se acomodó en la cama. Mientras me dictaba todo aquello no pude retener las lágrimas y algunas empaparon el papel. Sin embargo, yo seguí escribiendo palabra por palabra todo lo que ella iba narrando.

Se estaba despidiendo de nosotros.

Veinte minutos después llegaban Julia y Angy de la farmacia.

—Julia, vamos, tranquila —Angy había ido todo el camino consolando a su amiga—. Si quieres te acompaño a hacértelo.

—No, gracias Angy, voy a hacerlo yo sola. —Se metió en el baño y se dispuso a hacerse el test.

Angy, mientras tanto, metió dos pizzas en el horno para comer. Kristin terminó de dictar aquella carta de despedida, y yo dejé el bolígrafo a un lado sosteniendo el papel en mis manos.

—Gracias Anne, yo no hubiera tenido fuerza suficiente para escribir todo

eso.

—¿Qué hago con ella?

—Quiero que la guardes hasta que todo esto acabe. Entonces se la leerás a los demás.

—No hará falta. No te va a pasar nada, no aquí en Nueva York. Estoy segura de que todavía tienes tiempo de regresar a Inglaterra y...

—Por favor, Ann. Todos sabemos que no tengo ya tiempo para nada. Quiero estar preparada por lo que pueda pasar.

—Joder, Kris. No puedo... —Entonces me derrumbé. Me dejé caer en el suelo contra la pared y lloré como nunca.

Enseguida sentí los brazos de Kristin que me abrazaba, y ambas lloramos desahogandonos así una con la otra.

En el baño, Julia suspiró al ver el resultado del test.

<<Lo que me temía>>, pensó al ver la respuesta.

Angy, nerviosa, esperaba en el salón caminando de un lado a otro.

—¿Y bien? —dijo enseguida al verla entrar.

Un pequeño silencio se apoderó de la sala hasta que Julia habló:

—Ha dado positivo.

—¡¿Qué?! —exclamé al escucharla.

Kristin y yo habíamos salido al pasillo justo en el momento indicado para conocer la verdad.

—¿El qué ha dado positivo? —preguntó Kris sin entender.

Como Julia no parecía por la labor de contestar fue Angy quien lo hizo.

—Julia está embarazada —miró a su amiga—. Y está claro que es de Max. Lleva un retraso de hace ya casi dos meses, y a tu hermano lo ha conocido hace cuatro días que digamos —explicó mi hermana dirigiéndose a Kristin finalmente.

Kristin se llevó las manos a la boca, sorprendida. Entonces noté cómo las tres me observaban. Mi reacción fue instantánea. Varias lágrimas cayeron rápidamente por mi rostro y mi mirada se mantenía fijada en Julia.

—Lo siento muchísimo... —la voz de Julia la escuché tan lejana que no supe si llegó a decir aquellas palabras o me las imaginé.

—No tengo hambre —dije mirando las pizzas que ya estaban sobre la mesa del comedor.

Corrí a mi cuarto y me metí dando un ligero portazo. Me tiré sobre la cama y lloré con rabia. No podía encontrarme peor aquel día. Kristin estaba cada

vez más débil y ahora Julia esperaba un bebé de Max, lo que complicaba más las cosas para que éste se centrara solo en mí. Tenía miedo de que al enterarse quisiera volver con ella. Aunque podría existir una solución: el aborto. Pero ¿sería Julia capaz de abortar por mí? Sacudí la cabeza para apartar esa idea de mi cabeza. ¿En qué diablos estaba pensando? Eso sería un egoísmo por mi parte, no podía permitir que lo hiciera. Sería una locura.

Angy, Julia y Kristin comieron sin mí y estuvieron hablando del tema del embarazo.

—Me siento fatal —decía Julia con poco apetito. Se le había quitado el hambre.

—Tía, no tienes la culpa, ha ocurrido y ya está. Además, que ni siquiera nos conocíamos cuando te acostaste con Max por última vez —dijo Angy intentando calmar el asunto.

—Lo sé, pero Anne me odiará de todas formas.

—¿Y qué tienes pensado hacer? —intervino Kris.

—¿A qué te refieres?

—A si lo vas a tener.

Angy y Kris miraron a Julia terminarse una porción de pizza y, tras beber un sorbo de agua, contestó:

—Me gustaría tenerlo pero si a Anne le molesta, abortaré. No quiero que lo pase mal por mi culpa.

—No tienes por qué hacerlo por ella —comentó Kris algo sorprendida por la respuesta de Julia—. Haz lo que sientas.

—Eso es lo que siento —se levantó—. Voy a hablar con ella.

Mientras ellas comían yo seguía tumbada en la cama pensando en todo. Solamente nos quedaban dos días en Nueva York, y mi futuro con Max era cada vez más incierto. Rompí a llorar por milésima vez cuando me llegó un mensaje al móvil. Lo cogí y leí el nombre: Max. <<Hablando del Rey de Roma>>, pensé. Lo abrí nerviosa y comencé a leer.

Capítulo 18

Hola, Anne.

Sé que lo que voy a pedirte puede que cambie nuestra relación por completo, para peor o para mejor. No lo sé. Pero necesito que lo hagas, no puedo guardarmelo más. Ve a mi cuarto, en el armario pequeño encontrarás un diario, el mío (sí, tengo diario). Quiero que lo leas, solo tú. Espero que de esa manera resuelvas las dudas que puedas tener.

Un beso.

Max 14:30

Releí el mensaje varias veces. Sí, me estaba dejando leer su diario. ¿Sería el mismo que había dejado leer a Kristin en el barco? Me levanté de inmediato para ir en su busca pero una vez abrí la puerta para salir al pasillo me choqué de frente con Julia.

—Anne, ¿podemos hablar?

No tenía ganas de hablar con ella, no la odiaba por llevar un hijo de Max en su vientre pero sentía celos de alguna manera.

—Ahora no puedo, Julia —intenté salir pero no me dejó.

—Por favor, quiero saber tu opinión.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi embarazo. Quiero saber si te molestaría que lo tuviera porque si es así abortaré, no quiero estar a malas contigo toda mi vida. Durante este mes te has convertido en una persona muy importante para mí y...

—Julia, ¿estás loca? —le interrumpí, incrédula—. Jamás te pediría algo así. ¡No puedes abortar! Llevas casi dos meses con un bebé en tu vientre, no puedes deshacerte de él.

—¿Entonces no te enfadas conmigo? —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cómo voy a enfadarme? —le abracé—. Eres mi amiga. Nunca te pediría algo así.

—Gracias —se separó mirándome a los ojos—. No sé cómo reaccionará Max cuando se entere pero...

—No pensemos ahora en eso ¿ok?

Me dejó salir al pasillo y nos separamos.

Mientras me dirigía hacia el cuarto de Max iba imaginándome distintas reacciones de éste al conocer la noticia. Una de ellas era la posibilidad de que volviera con ella. Ésa era la que más temía. Intenté despejar mi mente cuando me encerré en el cuarto de los gemelos. Encontré el diario fácilmente y me tumbé en la cama en la que él dormía. Aún olía a él. Abrí la primera página: *El verano de Máximo Adams*, decía el título. Sonreí para mis adentros, ya que jamás hubiera imaginado a Max con un diario. Kristin ya nos había advertido sobre este diario pero aún así se me hacía extraño que tuviera uno. Fruncí el ceño. ¿Por qué lo habría dejado aquí? ¿Qué era lo que quería que supiera? Fui directamente a la última página pero estaba en blanco, lo que quería decir que aún no estaba terminado. Decidí comenzar a leerlo desde el principio. En las primeras cinco hojas no decía nada interesante, hablaba de que iba a irse de crucero a Nueva York con su novia y con Sebas, aunque me llamó la atención una frase que decía:

...bueno, Julia viene porque Sebas me ha convencido. La verdad es que a mí no me hace mucha gracia que me siga a todos lados. Me apetecía más irme a solas con mi hermano e ir a por todas.

Y a partir de ahí contaba el tipo de camarote que les había tocado, los horarios, los días que iban a pasar a bordo y muchas más cosas que ya sabía de antemano. Entonces bajé la mirada al final de la hoja siguiente que decía:

...y al fin llegó nuestra primera actuación del crucero, pero no voy a recordar este día por ello sino por las chicas que conocí, en especial una que me llamó la atención. Su nombre es Anne, parece ser que Sebas conoció a la chica y a su hermana melliza y las invitó a venir. Pero no fue ahí donde la vi por primera vez, sino unas horas antes, en el buffet a la hora de comer. Los dos fuimos a mirar los postres antes de servirnos la comida. Parece una

chica interesante. Más tarde, conocimos a Kristin y a su hermano que también vinieron a...

Paré un momento de leer. ¿Había leído bien? ¡Max se había fijado en mí en la zona de postres aquel primer día! ¡Además dice que le llamé la atención el día que nos presentaron! Pero entonces ¿por qué apenas me dirigió palabra ese día? ¿Y por qué acabó enrollándose con Kristin?

Pasé algunas hojas y pude leer la respuesta a mis preguntas:

...no sé qué me pasa pero no dejo de pensar en Anne. El problema es que apenas la veo porque paso más tiempo con Kristin. La verdad es que Kris me gusta, es atrevida, algo que siempre me ha llamado la atención en una chica, pero Anne me atrae mucho más. Supongo que ella es la excepción. ¿Por qué soy tan débil y tan idiota? Sigo enrollándome con Kristin a escondidas y Sebas ya se huele algo. Sé que soy un estúpido porque estoy haciendo esto a escondidas de Julia, pero no sé cómo explicarlo... Con Julia no siento nada más que atracción, al igual que con esta chica, Kristin. En cambio, cuando veo a Anne... Nah, olvídale. De todas formas, creo que a Anne no le intereso porque no hace más que estar con Sebas al igual que Julia, y ya me estoy hartando. ¿Qué tiene él que no tenga yo?...

Seguí leyendo más adelante aún sin poder creer todo lo que estaba descubriendo.

...la he cagado hasta el fondo. Sebas ha ideado un plan para conducir a Julia hasta mí y ha hecho que descubriera cómo me enrollaba con Kristin a sus espaldas. Me he cabreado con Sebas pero la verdad es que me lo merezco por idiota. Sin embargo, conociéndome sé que no voy a reconocerlo porque nadie puede enterarse de que cuando estoy con Kris es porque no puedo estar con ella..., con Anne. Noto que ahora sí que la he perdido para siempre, seguro que pensará que soy un cabrón. ¿Qué coño me pasa? ¿Por qué no puedo tratarla como a las demás tías? No puedo hacer eso. Ahora me empiezo a dar cuenta de lo que es sentir algo más por una chica, porque es eso lo que me está pasando ¿verdad? ¿Cómo saberlo? Jamás he sentido nada parecido hasta ahora...

Una lágrima empapó la hoja que estaba leyendo, las manos me temblaban de la emoción. ¿Todo lo que decía era verdad? ¿Cómo pudo esconder esos sentimientos tan bien? ¿Nadie notó nada? Ni siquiera yo lo noté aquellos días. Pero ¿cómo iba a notarlo cuando no dejaba de pasearse con Kristin a todas horas? Sonreí al volver a leer el párrafo, su forma de expresar sus propios sentimientos era totalmente peculiar. Aún puedo notar su chulería a la hora de leer aquellas palabras.

Seguí leyendo más abajo, llegaba una de las partes que más me gustaron de aquel crucero. Al fin iba a saber lo que él había sentido en aquel momento:

...tras enterarme del problema que tiene Kristin (no lo escribo aquí por si algún día alguien lee esto y prometí no contarle), me dirigí hacia proa y allí me encontré con ella. Con Anne. Su pelo ondeaba por el viento, estaba preciosa. Como si hubiera salido de la propia película Titanic. Me coloqué a su lado y por primera vez me atreví a mantener una pequeña conversación. Como pude comprobar, ella piensa que no tengo sentimientos, así es como me ha visto estos días por fuera. Sin embargo, lo que ella no sabe es que los sentimientos los llevo muy dentro de mí y no los muestro por fuera porque me aterran. Es como si mi otro yo no me permitiera liberar estos sentimientos. La he pedido perdón por mi comportamiento y parece que se siente bien conmigo (menos mal). Hacía frío y la he dejado mi sudadera, fue gracioso ver lo grande que le quedaba. Después, estuve a punto de besarla pero ella no parecía tener deseo de ello porque se apartó diciendo que era hora de ir a cenar. Estoy un poco rayado, la verdad. A ver qué pasa esta noche en la discoteca, es la última noche de crucero y tengo que aprovecharla...

Aún no podía creer todo lo que estaba leyendo. Tenía que ser verdad, lo contaba con todo detalle, era él. No cabía duda de que era Max quién había escrito todo esto. O quizás, su otro yo como dice en su diario.

Sonreí.

Pasé algunas hojas hasta llegar a la parte de la discoteca. Seguí leyendo:

...he conseguido hacer las paces con Kristin (lo necesitaba, no se merece que haya jugado con ella). En cambio, Julia es algo más difícil de tratar. He intentado hablar con ella pero de nuevo hemos discutido, dice que solo

pienso en que le interesa mi hermano pero es lo que parece. Yo solo quiero que confíe en mí y si le gusta pues que me lo diga y ya está. Pero bueno, caso aparte...

La noche en la discoteca comenzó con un juego sobre vampiros en el que teníamos que besar en el cuello al mayor número de chicas posible. Por supuesto Anne fue mía (aunque no fue la primera, me hice de rogar jeje). También besé a Julia para ver su reacción cuando supiera que no ha sido Sebas, por lo visto se molestó así que debe ser que de verdad quería haber sido elegida por mi hermano. Por eso o porque simplemente me odia. Seguramente sea la segunda.

Y ahora llega la parte que más me ha gustado de la fiesta. Tras el juego (que por cierto, gané yo jeje), acabé invitando a un cubata a Anne y no opuso resistencia. Bueno, estábamos hablando y tal cuando de pronto me suelta “me gustas” y seguidamente se corrige ella misma diciendo que se refería a que le gusta el cubata. Es verdad que la música estaba muy alta y tal, pero ¡no estoy sordo! Jajaja. Ella negó que hubiera pronunciado aquellas dos palabras pero yo sabía que sí las había dicho. Insistí para que lo volviera a decir, la verdad es que por un momento pensé que me equivocaba y que sólo escuché lo que quería escuchar, pero cuando me acerqué a sus labios y vi que iba a dejarse llevar supe que sí las había dicho. Entonces se jodió el momento cuando Kristin nos interrumpió. Estuve a punto de mandarla a la mierda pero estaba muy borracha y no tuve más remedio que acompañarla a su camarote. Cuando acosté a Kris quiso que me quedara con ella pero me negué, tenía que volver a la fiesta con Anne, no podía dejar pasar ese momento. Pero mala suerte la mía, porque para cuando volví ella ya no estaba...

Resoplé para despejarme. Adentrarme en los sentimientos de Max era algo totalmente mágico. Lo contaba todo detalle a detalle. Por lo visto, todo lo que no expresaba a la cara lo expresaba por escrito.

Seguí leyendo unas líneas más abajo:

...y al fin llegamos a Nueva York. Sebas, Julia y yo teníamos un hotel reservado que se encuentra cerca de la discográfica aunque ahora que he conocido a Anne y a nuestros nuevos amigos pues preferiría quedarme en el piso de Simon y Kristin porque allí estará Anne. Pero la vida lo iba a

complicar todo aún más. Por ejemplo, lo que nos ha pasado al poco de llegar al piso de Simon y Kristin al que fuimos primero para comer juntos. Mientras algunos se fueron a comprar pues aproveché y fui a hablar con Anne a solas. Y sí, acabamos dándonos “el beso”, y digo “el beso” porque solo fue uno. La puerta del cuarto donde estábamos se abrió de pronto y mi ex novia apareció tras ella. A los pocos segundos desapareció de allí. Por supuesto salí disparado tras ella gritándole que parase pero no me hizo caso. Total, se ha tropezado bajando las escaleras y ahora está en el hospital (está bien, nada grave). Joder, esto no tendría que estar pasando si desde un principio yo les hubiera dicho a TODOS que Anne me gusta... demasiado. Pero por algún motivo no me sale, no puedo, y hasta que no esté seguro de que ella siente lo mismo por mí no saldrá a la luz lo que yo siento por ella.

Y todavía no he acabado. No se quedó todo ahí, aún tenía que cometer más errores para quedarme a gusto. Me fui a dar una vuelta para pensar cuando Kristin me encontró. Se puso a llorar diciéndome que no quería perderme y cosas así y por un instante me imaginé que era Anne quién me decía todo aquello. (Ojala ¿no?). Y sí, acabé besándola, y por lo visto Anne se ha enterado. Doy asco. Encima ahora Sebas está cabreado conmigo porque no fui a la reunión con la discográfica, pero es que pensé que él había llamado o algo para cancelarla. Total, que volví a equivocarme. La despedida con Anne fue muy seca, pero me lo merezco. Bueno, voy a intentar dormir.

Me froté los ojos tras terminar de leer ese párrafo. Me escocían de tanto enfocar la vista, pero quería seguir leyendo. Poco a poco me iba acercando al presente y quería saber lo que sentía ahora mismo.

Miré mi reloj. ¿Ya eran las cinco de la tarde? Me encogí de hombros y seguí leyendo.

...bueno, me acabo de levantar, tengo que decir que anoche me costó mucho dormir dándole vueltas a todo intentando buscar una solución. Tengo que evitar que Anne piense que me gusta porque primero debo asegurarme de que ella siente lo mismo por mí. No quiero quedar en ridículo, así que le mandé un mensaje para quedar hoy. Tengo un plan, no muy convincente, pero al menos le hará pensar lo contrario...

Volví la siguiente hoja y seguí leyendo ansiosa por saberlo todo:

...ya le he contado el plan a Anne (se lo ha tragado, menos mal). El plan es que ella intentará que Julia y yo volvamos para de esa manera quitarme de en medio a Kristin (ya he dicho que es un plan poco convincente). Yo no quiero volver con Julia, claro está, pero esto me ayudará a observar cómo se comporta Anne. Pienso que si hace todo lo posible para que Julia y yo volvamos es que no le importo en absoluto. En cambio, si termina negándose a ayudar querrá decir que tiene miedo a perderme por lo que le intereso. Es un poco enrevesado, lo sé. Ahora solo toca esperar y ver el resultado. Soy un poco retorcido con esto de los sentimientos. ¡Qué le voy a hacer! Es la primera vez que me enfrento a ellos.

Con respecto a la discográfica, Sebas y yo hemos ido y hemos salido de allí discutiendo (cómo no) y es que nos han dicho que tenemos que incorporar algún miembro más para triunfar como banda. Me ha jodido la verdad, porque él y yo somos capaces de triunfar por nosotros mismos. Eso lo tengo muy claro. Los tíos de la discográfica nos han “amenazado” con que si no tenemos más miembros no nos contratarán para grabar el disco así que no hay otra opción. ¡Qué vida más injusta! Pero Sebas tiene razón, nuestro objetivo es vivir de la música, realizar NUESTRO sueño y si para ello hay que incorporar a más gente pues no nos queda otra.

Estaba a punto de seguir con la próxima hoja cuando tocaron a la puerta. Escondí el diario bajo la almohada y alguien entró:

—Anne, vamos a cenar que ya tenemos hambre —Era Angy—. ¿Qué haces aquí por cierto?

Me levanté de la cama y eché un último vistazo a la almohada antes de salir.

—Vine a limpiar un poco y me quedé dormida —improvisé. Por suerte mi hermana no lo cuestionó.

En la cena se hizo el silencio, cada una con sus pensamientos. Yo cené rápidamente para volver a sumergirme en aquel diario, necesitaba terminar de leerlo cuanto antes.

—Vaya, qué rapidez —comentó Angy al ver que me levantaba aún con los carrillos hinchados de comida—. ¡Hasta mañana ¿eh?! —exclamó al ver que

desaparecía por el pasillo hacia los dormitorios.

Respondí con un <<hasta mañana>> y volví a entrar al cuarto de Max. Una vez con el diario en mis manos me acomodé en la cama para seguir leyendo.

Capítulo 19

Busqué la hoja que había doblado por una esquina justo antes de ir a cenar y comencé a leer:

...esta semana casi no he escrito porque hemos estado ensayando. ¡Sí! Ya somos una banda (resulta que Anton, el hermano de las mellizas, toca el bajo y Simon la batería) y estamos preparando el disco con el que conseguiremos la fama. Gracias a esto... ¡Nos hemos quedado en el piso de Simon y Kristin! De esta manera podré estar más cerca de Anne y la podré ver todos los días.

Me salté algunos párrafos en los que solo hablaba del grupo y de su evolución hasta que llegué a finales de junio. Leí con ansia de saber más:

...hoy Simon me ha confesado ¡estar pilladísimo por mi ex novia! En realidad sabía que había algo entre ellos porque siempre se echaban unas miraditas que vamos. Sí, por parte de ella también así que el plan ha tenido que ser cancelado, no quiero ser un obstáculo para Simon. Por tanto, le he dicho a Anne que ya no hace falta que lo intente y como confío en ella le he contado el porqué y me ha prometido que guardará el secreto de Simon. Esta tarde hemos tenido movida, bueno, más bien las chicas, no sé lo que se traen entre manos pero han discutido, sobre todo con Kristin, que me ha mencionado algo de una carta que supuestamente yo le escribí, pero no le di importancia (cosas de chicas jeje). Sin embargo, lo que pasó más tarde sí fue importante. Nuestro productor nos llamó para decirnos que ¡iremos a Boston a tocar en un programa de televisión nacional y en directo! No me puedo creer lo rápido que nos estamos dando a conocer, ¡que siga así! :)

Con los nervios a flor de piel seguí leyendo:

...hoy hace un día caluroso y por ello nos hemos tomado un descanso en la discográfica. Hemos ido a una cervecería en Broadway y una vez sentados a una mesa y tras beber unas pocas cervezas dejé caer un comentario que venía al pelo para que Simon y Julia se quedaran a solas (es que les veía tan cortados que me daban ganas de juntarles para que comenzaran a salir ya). Sí, ya sé que no debía meterme pero no quiero que a Simon le pase como a mí, quiero que se atreva de una vez por todas a lanzarse a Julia, ya que yo no soy capaz de hacerlo por Anne. Después de lanzar la indirecta a Simon y Julia va Anne, se levanta cabreada de la mesa, y me grita a los cuatro vientos “¡Max! ¿Quieres dejar que se lïen cuando les dé la gana?”, palabras textuales. Me quedé bloqueado pero lo primero que sentí fue rabia porque Simon se levantó también cabreado mirándome y se fue de allí. Acababa de delatar que quería a Julia y encima que yo se lo había contado a Anne.

Esta noche he hablado seriamente con ella. Ahora me arrepiento por gritarle tanto pero estaba decepcionado y muy enfadado. Confié en ella y tampoco me dio una buena razón por haberlo soltado así sin más así que aquí estoy sin poder dormir y mañana tengo que madrugar para ir a la discográfica. Voy a intentarlo de nuevo...

Derramé un mar de lágrimas al descubrir el porqué de su insistencia en unir a Simon y Julia. Ahora lo entendía todo. Había sido una tonta por haberme comportado de esa manera. Con los ojos algo irritados de tanto llorar, pasé algunas hojas más. Ya me iba acercando al final del diario. Al final de sus sentimientos más profundos.

Comencé a leer lo que había escrito en estos últimos días:

...Noche especial; así es como titulo la noche que acabo de tener. Empezaré desde el principio: Tras terminar de grabar el disco hace nada y estar en venta (¡nos hemos escuchado en la radio! ¡Sí sí, La Malicia! ¡Nosotros! Jajaja), al ver que comenzábamos a ser reconocidos, decidimos celebrarlo con una hoguera a la orilla del río Hudson. Anton y Kris (que por cierto tienen un rollo juntos) estuvieron alejados del resto. Simon y Julia ya

están juntos oficialmente y parecen felices, cosa que me alegra, y mi hermano y Angélica son la pareja perfecta. Total, todos en pareja menos el estúpido de Max (es decir, yo) y la maravillosa Anne. Comencé a agobiarme un poco así que decidí irme a andar y a fumar tranquilo, pero Anne quiso acompañarme. Gracias a Dios que uno de los dos al menos hace las cosas bien. Por supuesto me refiero a ella, ya que yo no tuve lo que hay que tener para decirle que me acompañara y así poder estar a solas. Bueno, hablamos más bien poco así que decidí tumbarme en la poca arena que hay al lado de la orilla del río, era más relajante. Conseguí que se tumbara a mi lado y tonteamos un poco. ¡Buff! No tengo palabras para decir lo que he sentido cuando la he vuelto a besar desde aquel primer día que llegamos a Nueva York. Ahora más que nunca puedo decir que ella es la chica que necesito en mi vida y temo que ella solo quiera un simple rollo de verano. O ni eso. Aún estoy esperando que me dé la señal para saber si siente lo mismo que yo. Sé que lo mejor sería preguntarle directamente pero es que no puedo. Jamás pensé que me sentiría tan débil e inútil ante mis propios sentimientos. La noche de hoy, como ya he mencionado, ha sido muy especial. Hoy duermo feliz y pensando en ella, como todas las noches.

Tuve que parar un segundo para lavarme la cara. Una vez en el baño me miré al espejo: tenía un rostro feísimo, el rímel corrido y los ojos rojos de tanta llorera. Pero eran lágrimas de emoción así que me daba igual. Tras quitarme los últimos restos de maquillaje volví a la carga. Pronto iba a aclarar mis últimas dudas aunque ya estaban casi resueltas. Seguí leyendo:

...hoy no tengo ganas de escribir. Anne y yo hemos vuelto a discutir después de estar días seguidos enrollándonos. Me ha echado en cara algo así como que no nos liamos delante de todos y que los demás sí. Es cierto, pero porque no quiero besarla delante de todos sin ser algo oficial. Yo solo quiero que me diga que me quiere (aunque suene un poco cursi), pero cuando me lo diga entonces yo se lo diré, me resultará más fácil. Nunca he dicho un te quiero, tengo que estar seguro de que la chica en cuestión siente de verdad algo por mí y entonces se lo diré, y seremos pareja y todo lo que ella quiera. Creo que he vuelto a pasarme con ella con algunas cosas que he soltado ¡pero solo la he incitado para que me diga lo que siente! En cambio, lo único que he conseguido ha sido rayarme. No quiero escribir más por

ahora, necesito pensar...

Tragué saliva intentando asimilar todo lo que estaba leyendo. ¿Max quería que le dijera que le quería? ¿Era eso por lo que solo nos besábamos a escondidas? ¡Yo pensaba que era él quien solo quería liarse conmigo y nada más! Todos estos malentendidos fueron por culpa de ambos, por no ser capaces de expresar nuestros sentimientos desde un principio. ¿Por qué habíamos sido tan idiotas?

Pasé a la siguiente página y vi que ya era la última que tenía escrita así que seguí leyendo con rapidez:

...joder, qué dolor de cabeza tengo ahora mismo. Creo que ya está amaneciendo, acabamos de tener una fiesta en el piso por todo lo alto y no sé por qué estoy escribiendo porque la verdad no tengo la cabeza ahora como para escribir. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo, quería escribir que Anne ha estado guapísima (como siempre, pero hoy más). En la fiesta hablamos de forma amigable (si recuerdo bien) pero de lo que sí me acuerdo es que empezó a beber un montón y, entre copa y copa, gritó “¡Max, te quiero!” delante del resto. Me lo dijo a la cara pero no pude contestar porque se desmayó a los pocos segundos. Las chicas le han ayudado a tumbarse en la cama hace un rato y yo también me vine a la mía a los pocos minutos. Nadie mencionó nada al respecto. Pues eso era todo, espero acordarme mañana de todo esto...

Había dejado un espacio y luego escribió algo más. Leí entonces el último párrafo del diario:

Hoy es el último día (por ahora) que escribo en este diario. Hoy he descubierto que Anne no me quiere, que no siente lo mismo que yo. Hace una hora que Sebas me ha despertado y enseguida mencionó que anoche Anne me dijo que me quería. Él tampoco conoce lo que siento de verdad ¿eh? Y bueno, tras asegurarme de que en realidad había ocurrido, Angy se ha llevado a Sebas del cuarto y yo he vuelto a cerrar los ojos para pensar. Pero Anne acababa de entrar al cuarto. Sabía que era ella por su forma de caminar. Se sentó al borde de mi cama. No tenía ni idea de para qué venía hasta que abrí los ojos para que comenzara a hablar. Fue directa al grano y

me preguntó si recordaba algo de anoche (por supuesto que lo recordaba), pero le dije que solo recordaba cosas sueltas y esperé a que sacara ella el tema. Pero como no lo hacía, intenté ayudarla diciendo que no sabía si había soñado que me decía que me quería o si pasó de verdad. Por un segundo pensé que al fin iba a declararse. Y yo tenía preparada la pregunta del por qué no me lo había dicho antes. Así nuestra relación iría sobre ruedas. Pero lo negó. Me mintió diciendo que no dijo nada. ¡ME MINTIÓ! Y fue ahí cuando me derrumbé. Ahora sé que no me quiere y además me voy en un rato a Boston con los chicos y nuestro productor y pasaremos la noche allí.

Buah, he sido un gilipollas todo este tiempo. Si pudiera decirle todo esto me entendería. Sí, creo que ya sé lo que voy a hacer, jamás lo hubiera hecho pero por ella hago lo que sea. Le mandaré un mensaje una vez de camino a Boston y le diré que lea este diario, así lo sabrá todo aunque no cambie nada.

Anne, si lo estás leyendo espero que me perdones por no haber tenido el valor suficiente para decir todo esto a la cara. Ahora sabes todos los motivos de mi extraño comportamiento, y es que aún no sé si he perdido el tiempo en todo esto o va a merecer la pena que lo hayas leído. No sé, llámame idiota, tonto, estúpido, cobarde... Cualquier insulto me describe ahora mismo. Sin embargo, aún tengo una pequeña esperanza y por mínima que sea la mantendré hasta el final. Es ahora o nunca.

TE QUIERO, ANN.

Solo te pido una última cosa: escíbeme en cuanto termines de leer el diario. Y en el caso de que esto termine aquí quería darte las gracias por todo lo que me has dado este verano. Jamás lo olvidaré porque será imposible olvidarte.

Más lágrimas se derramaron cayendo en el diario haciendo que la letra escrita a bolígrafo se emborronase un tanto. Pasé la página pero ya estaba todo el resto en blanco. En cuanto lo terminé de leer supe enseguida lo que tenía que hacer.

Cogí mi móvil y le contesté al mensaje:

Ya lo he leído. 19.01

Esperé su respuesta y en dos minutos la obtuve:

¿Algo que quieras decirme al respecto? 19.03

Sonreí mientras un par de lágrimas de felicidad caían sobre la pantalla de mi móvil. Volví a escribirle algo nerviosa:

Que eres un idiota, un tonto, un estúpido y un cobarde. Pero te quiero. 19.05

Ya está, lo acababa de hacer. ¿No era esto lo que deseaba escuchar? Esperé su contestación.

Eso no me vale, tienes que decírmelo a la cara cuando vuelva. 19.06

Estuve a punto de volver a contestarle algo desilusionada por su respuesta cuando me llegó otro mensaje suyo:

Ah, y que yo también te quiero aunque supongo que a estas alturas ya lo debes saber. Te quiero, Ann. ¡No imaginas las ganas que tengo de verte de nuevo para decírtelo a la cara todos los días! 19.07

Tras leer aquel último mensaje comencé a llorar de tal manera que ya no veía las teclas del móvil. Volví a dejar el diario en su sitio y me tiré sobre la cama de Max para desahogarme. Nunca había sentido tanta felicidad al mismo tiempo.

Y recordando cada palabra del diario caí dormida en un profundo y maravilloso sueño.

Capítulo 20

A la mañana siguiente me levanté antes que nadie, o eso creía. Al abrir los ojos escuché un par de gemidos provenientes de la habitación de Kristin. Me asomé con cuidado y sin que me viera la observé. Gemía y sollozaba sentada en la cama y agarrándose las rodillas. ¿Tendría dolor? No parecía estar sufriendo sino más bien parecía estar desahogándose. Me daba muchísima pena verla así. Cada mañana me despertaba con un nudo en la garganta pensando en el día en que Kris nos dejaría para siempre. Por suerte, en unas horas los chicos estarían de vuelta y entre todos cuidaríamos de ella estos últimos dos días antes de nuestro regreso. ¡Anton, Angélica y yo nos volvíamos en *dos* días! Aún no podía creer que nuestro viaje estuviera a punto de terminar y, por supuesto, mi mayor preocupación era si Max querría seguir conmigo a pesar de la distancia hasta que él volviera a Inglaterra. No podía hacer nada más que esperar a hablarlo con él cuando volviera de Boston.

Sobre el diario de Max, decidí no contarle a nadie sobre su existencia, ni siquiera a mi hermana. Era algo demasiado íntimo como para ir contándolo por ahí y seguro que a Max no le haría nada de gracia. No estaba por la labor de estropear las cosas cuando parecían empezar a ir bien.

Kristin no quiso desayunar esa mañana y tampoco quiso salir a comer. Se encontraba algo más pálida de lo normal, y cuando fuimos a preguntarle qué tal se encontraba tan solo nos dijo que la dejáramos descansar. Se volvía algo testaruda cuando veía pena en nuestros rostros. No insistimos más, y mientras Julia se encontraba en el baño Angy y yo comenzamos a comer.

—Los chicos ya están de camino ¿No estás contenta?

—Sí, claro que lo estoy —respondí enseguida sin apartar la vista de la televisión. Estaban echando una película que comenzamos a ver a la mitad.

—Pues no lo parece...

—¿Por qué lo dices?

—No sé, te veo algo ausente desde que se marcharon. Y cada vez que nombramos a Max cambias de tema —hizo una pausa—. ¿Te preocupa que elija a Julia por lo del bebé?

—No voy a negarte que un poco de miedo sí que tengo.

—No te preocupes —me abrazó—. Seguro que todo sale bien.

Al rato llegó Julia para unirse a la comida. Una vez terminamos, fui a mi cuarto a echarme la siesta. Aunque apenas pude coger el sueño pensando en que en pocas horas volvería a ver a Max.

—Ssh, no hagáis ruido...

—¡Joder Simon, pero abre ya! —Max comenzaba a desesperarse.

—¡Eso, necesito ver ya a mi niña! —exclamó Anton ilusionado por ver a Kristin.

Abrieron la puerta con unas sonrisas de oreja a oreja pero se desvanecieron enseguida al ver que no había nadie en el salón, ni tampoco en la cocina. Dejaron las maletas a la entrada y caminando intentando no hacer mucho ruido fueron hacia el interior a buscar a sus chicas.

Alguien comenzó a zarandear mi hombro.

—¿Qué quieres, Angy? —pregunté sin abrir los ojos—. ¡Quiero dormir! —exclamé con la cabeza metida bajo la almohada.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres hacer ahora?

Al escuchar aquella voz mi corazón dejó de latir por unos segundos. ¿Era él? ¿O era otro de mis sueños en los que soñaba que él llegaba? Saqué la cabeza de debajo de la almohada y le vi de pie, al lado de mi cama. Era él, en carne y hueso.

—¡Max! —salté de la cama de un impulso y le abracé con todas mis fuerzas haciendo caer su gorra al suelo.

Sentí sus brazos rodeándome la espalda, su cuerpo contra el mío. Respiré su delicioso aroma. Ese perfume que me encantaba.

Al fin juntos.

Nos miramos a los ojos tras aquel intenso abrazo y nos besamos dulce pero apasionadamente.

—Te he echado tanto de menos... —volví a abrazarle tras el ardiente beso.

—Y yo a ti ni te imaginas —su voz cerca de mi oído hizo que me diera un escalofrío—. El día de ayer y parte del de hoy se me han hecho interminables sin ti.

Sonreí al escucharle decir aquellas bonitas palabras dirigidas a mí.

—Somos unos idiotas. Lo sabes ¿no? —susurré mientras seguía posando mis labios contra los suyos.

El joven sonrió dulcemente y nos volvimos a besar. Estaba en el paraíso.

Sebas había desaparecido por el apartamento en busca de Angy y enseguida la encontró en la terraza tomando el sol. Mientras tanto, Simon y Anton entraban al cuarto que pertenecía a Julia y Kristin pero allí solo encontraron a Julia sentada en la cama leyendo un libro.

—¡Simon!

El chico corrió hacia ella y se besaron con ternura. Fue entonces cuando Anton vio que la cama de Kristin estaba vacía.

—¿Dónde está Kristin?

—Me parece que se fue a vuestro cuarto hace un rato. Ha estado algo decaída hoy. Creo que no ha pasado buena noche —comentó una preocupada Julia.

Anton salió de allí rápidamente para dirigirse a su cuarto. Abrió la puerta y allí la encontró; dormida en la cama de él y arropada hasta el cuello. Tosió varias veces seguidas en ese momento. Anton se acercó y sonrió al verla. Sin embargo, tenía muy mal aspecto. Su palidez era notable pero para él estaba igual de preciosa que el día que la conoció en el barco. Posó su mano sobre la frente de ésta y le apartó unos mechones de la cara. La chica comenzó a abrir los ojos lentamente.

—Hola cariño, ya estoy aquí. A tu lado.

—Anton... —ofreció una media sonrisa—. Te eché de menos... —su voz sonaba apagada pero al fin y al cabo era su voz, la de su chica.

—Y yo a ti —dijo acariciando su mejilla. La besó y ella le correspondió con las últimas fuerzas que le quedaban en su débil cuerpo.

Hasta la hora de cenar estuvimos hablando sin parar. Los chicos nos contaron el día tan genial que tuvieron en Boston. Les entrevistaron y cantaron en el programa. Al parecer estuvieron espectaculares, acudieron más de mil personas a la salida para felicitarles y hacerse fotos con ellos. Les felicitamos y para celebrarlo pedimos unas pizzas, ya que nadie tenía ganas de cocinar.

Comimos en el cuarto de Anton donde estaba Kristin quien no tenía apenas fuerzas para moverse. Cada vez que tenía que ir al baño una de nosotras tenía que acompañarla para que no se marease o se cayera por el camino. El final estaba cada vez más cerca y todos lo sabíamos. Tras terminar de cenar, Simon tomó la decisión que todos esperábamos pero que nadie se había animado a proponer.

—Kris, voy a comprar billetes de avión para salir mañana al mediodía a Inglaterra. Necesitas ir al hospital y que te vea nuestro médico lo antes posible —le agarró de la mano mientras la joven asentía sin decir palabra alguna sabiendo que su hermano tenía razón.

Varias lágrimas cayeron por las mejillas de ambos.

—Anton —habló la joven tras secarse las lágrimas—, me encantaría quedarme contigo estos últimos días que te quedan aquí pero...

—No digas más, ahora mismo cancelo nuestros billetes de barco y cogemos el mismo vuelo. No voy a separarme más de ti.

Anton nos miró a Angy y a mí y entendimos perfectamente su repentina decisión. Max y Sebas dijeron que también cogerían el billete para ir todos juntos.

—No vamos a dejarte sola, Kris —dijo un emocionado Sebas.

Max asintió apoyando a su hermano.

—Gracias, chicos. Sois geniales.

Aquella última noche, cada pareja se fue por su lado para tener un momento de privacidad y finalmente despedirse de este magnífico mes en Nueva York.

Anton y Kristin se pasaron el resto de la tarde y noche encerrados en el cuarto abrazados en la cama y hablando. No querían despegarse, ambos sabían que sus días juntos estaban contados. Simon y Julia se acomodaron en las hamacas de la terraza a mirar las estrellas. Julia se mordía el labio nerviosa porque sabía que tendría que contarle lo del embarazo tarde o temprano pero no quiso apresurarse y romper el maravilloso momento a su lado. Además, Simon ya tenía bastante con la enfermedad de su hermana. Sebas y Angy se fueron al cine al centro de Nueva York. Angy tuvo que aguantar a algunas chicas que les paraban por la calle para saludar a Sebas, pero tenía que empezar a acostumbrarse. Poco a poco su banda iba a siendo más conocida.

—Oye Angy, he notado a mi hermano un poco raro durante el viaje a Boston —comentaba Sebas ya desde los asientos del cine—. ¿Sabes si Anne

tiene algo que ver?

—¡Ah! Ni idea, no me ha dicho nada.

—Bueno, ¿quieres algo de beber?

El alto sonido de la banda sonora de la película hizo que Angy entendiera otra cosa totalmente distinta.

—¿Que si sé algo del bebé? —se puso nerviosa—. ¿Cómo sabes lo del bebé?

Sebas frunció el ceño sin entender nada, abrió la boca para hablar pero ella se adelantó.

—Jo, Sebas, ¿tú crees que Max volverá con Julia cuando sepa lo del embarazo? ¿O ya lo sabe? ¿Se lo has dicho?

Éste la miró incrédulo ante sus palabras.

—¿Por qué me miras así?

—¿Julia está embarazada?! —subió la voz y la gente les mandó callar así que bajó la voz enseguida—. ¿Está esperando un bebé de Max?

—P-pero... ¿No acabas de decir que...? —<<Mierda>>, maldijo para sus adentros dándose una palmadita en la frente—. Por favor Sebas, guarda el secreto. Es Julia quien tiene que decírselo a Max.

—Tranquila, no diré nada —seguía sin poder creerlo—. Qué guay, voy a ser tío.

Angy no pudo evitar sonreír al ver que él también lo hacía. Se cogieron de la mano y siguieron viendo la película.

Max y yo paseábamos cerca de la orilla del río Hudson agarrados de la mano cruzando nuestras miradas de vez en cuando y sonriendo sin poder evitarlo.

Nos mirábamos como si fuera la primera vez que nos veíamos.

—Como sigas mirándome así me vas a desgastar —dije al fin, sonrojada.

—Es que aún no me creo que me hayas correspondido, al final voy a tener que darle las gracias a la mariconada esa del diario —sonrió.

—No es ninguna mariconada —le devolví la sonrisa—. Me gusta mucho cómo lo describes todo al detalle.

Me dio un beso inesperado y seguimos caminando.

—Por cierto, ahora que recuerdo... Kristin me dijo una vez que reconocía

tu letra porque le enseñaste tu diario. ¿Ella también lo leyó?

El joven de pelo rapado soltó una carcajada.

—¡Ni de coña! No le enseñé ese diario. ¿Qué cara pondría si hubiera sabido que era a ti a quien quería todo este tiempo?

—¿Entonces qué diario le enseñaste?

—Uno que escribí hace unos años. Estuvimos hablando de diarios y le enseñé uno antiguo —se puso rojo y sonreí—. ¡Pero ni una palabra a nadie, eh! Que yo no escribo cosas de esas ¿entendido?

Ambos nos reímos y nos paramos a admirar el hermoso río.

No podía creer que al fin estuviera con él y todo gracias al poder de la escritura.

—Anton... —Kris abrazaba a su chico, quien no se había separado de ella ni un segundo.

—¿Uhm? —carraspeó mirándola a los ojos.

—Me siento... muy cansada, pero... me gustaría hacer una cosa por última vez.

—¿El qué?

—Hagamos el amor —le susurró rozando sus labios contra los suyos.

—Kris, no creo que sea... —Pero ella le interrumpió.

—Por favor, será lo último que te pida. Te necesito.

Anton asintió finalmente. De todas formas, él lo deseaba hacer también y lo haría con el mayor cuidado posible para no lastimarla. Comenzó a besarla por todo el cuerpo y poco a poco fueron dejándose llevar por el momento. Kristin lloraba de felicidad y tristeza al mismo tiempo, sabía que ésa podría ser su última noche con Anton.

Marcaban cerca de las diez de la noche cuando Sebas y Angy llegaron de nuevo al piso. Sebas se quedó junto a Simon en la terraza mientras Angy decidió hablar con Julia en la cocina sobre lo bocazas que había sido con Sebas.

—Oh, no—resopló Julia cuando su amiga le contó lo ocurrido en el cine.

—Lo siento Julia, de verdad.

—No te disculpes, si es que tengo que decírselo ya.

—Bueno chicas, ¿cenamos?

Simon entró en la cocina en ese instante.

—Ahí lo tienes —susurró Angy. Y salió de allí dirigiéndose a la terraza para unirse a Sebas.

—¿Pasa algo? —preguntó Simon acercándose a su novia.

Julia comenzó a llorar de los nervios. Además, con el embarazo se sentía mucho más sensible que antes y lloraba enseguida. Simon la abrazó al instante sin saber qué le ocurría pero ésta le rechazó a los pocos segundos sin poder mirarle a la cara

—E-Estoy embarazada —pudo decir entre sollozos.

Simon sabía que él no era el padre porque no se habían acostado aún así que supo enseguida que debía ser de Max.

—¿Lo sabe él? —Su tono de voz fue serio aunque no quiso enfadarse.

Ella negó con la cabeza. De pronto, se escucharon las llaves y la voz de Max.

—Pues aquí lo tienes.

Julia observó cómo Max se besaba nada más entrar al piso.

—Suerte —dijo Simon finalmente saliendo de la cocina.

Julia se dejó apoyar en la encimera para no caerse. ¿Simon no le iba a apoyar con el embarazo? Debió pensar que ésa iba a ser su reacción pero tenía una pequeña esperanza de que no fuera así. Por lo visto, se había equivocado.

—Julia —fui hacia ella al verla medio derrumbada—. ¿Estás bien?

—Simon ya se ha enterado —consiguió decir tras darle un vaso de agua y beber un par de tragos.

Entonces supe lo que venía ahora. Tenía que contárselo a Max, lo que podía poner en riesgo mi relación con él, pero no teníamos otra opción. Max era el padre y tenía que saberlo.

—Anne, quiero que estés tú delante cuando se lo cuente.

Aquella proposición no me la esperaba en absoluto pero asentí. Por alguna razón quería estar presente y ver su reacción. Decidimos que hablaríamos después de cenar la cual tuvo lugar de nuevo en el cuarto de Anton donde Kristin seguía en cama. Simon no se acercó a Julia en ningún momento y, aunque estuvo pegado a su hermana todo el rato, de vez en cuando cruzaba una tímida mirada con Julia. Max no se despegaba de mí, me abrazaba y me besaba delante de todos sin importarle nada más. Me sentía en las nubes.

Capítulo 21

Tras terminar de cenar, Julia, Max y yo nos reunimos en la terraza para hablar más tranquilos. El resto se quedó charlando en la habitación con Anton y Kristin. Max estaba inquieto por saber lo que le íbamos a contar.

Aún me tiemblan las piernas al recordar lo nerviosa que estaba en aquel momento.

—Bueno, ya estamos aquí. Contadme —dijo apoyándose en la barandilla y cruzando los brazos sobre su pecho.

Julia me miró nerviosa y yo asentí.

—¿Pasa algo? —volvió a decir Max mirándonos a ambas.

—Max... yo... estoy... yo... —balbuceaba Julia sin poder terminar la frase.

—Está embarazada de hace dos meses —lo solté sin poder aguantarlo más.

—¿¡Embarazada!?! —exclamó abriendo los ojos como platos—. Espera, ¿de hace dos meses? ¿Quieres decir que yo...? Vamos sí, que yo... —No parecía poder terminar tampoco de decir algo coherente.

Julia comenzó a llorar y a mí me contagié. Ambas teníamos miedo por lo que pudiera decir Max sobre aquella noticia pero la suerte me acompañó.

—¡Voy a ser padre! ¡Joder, increíble! —ambas le miramos incrédulas y con los ojos llorosos—. Pero ¿por qué lloráis? —Nos abrazó a ambas sonriendo de oreja a oreja.

—Vas a seguir con Anne ¿no? —preguntó Julia seriamente—. Porque como la dejes por esto te juro que... —Max le interrumpió.

—No pienso volver a dejarla escapar —me agarró de la mano y lloré aún más junto a él—. Ambas me habéis hecho el chico más feliz del mundo. Julia, tú has sido la primera chica que me ha hecho abrir los ojos, además de ser mi mejor amiga y ahora me das un bebé. Es el mejor regalo del mundo. Y tú, Anne —me agarró de la cintura mirándome a los ojos—, gracias a ti he conocido lo

que es el amor verdadero. No pienso dejarte ir nunca.

Sin pensarlo dos veces le di un apasionado beso a la vez que varias lágrimas caían sobre mis mejillas de la emoción. Julia nos contemplaba feliz y acariciando su vientre. Ahora solo necesitaba que Simon estuviera con ella. Pero no hizo falta hacer nada porque de pronto apareció junto a ellos, emocionado. Lo había escuchado todo.

—Julia —llegó hasta ella—. Por favor, perdóname. No quise que pensaras que iba a separarme de ti. No pienso dejarte sola en esto.

Ella le besó dándole las gracias. Luego Max se dirigió a Simon y dijo:

—Tío, aquí somos ya una familia, mi hijo será como si fuera tuyo. Aunque tendrás que dejar que me lo lleve de ligoteo.

Los cuatro nos reímos sin poder evitarlo. Max y Simon se fundieron en un amigable abrazo. Esa noche tardamos bastante en acostarnos. Sebas y Angy se unieron a nosotros en la terraza y allí estuvimos en las hamacas con nuestras parejas y el nuevo miembro de la familia creciendo en el interior de Julia. Mientras tanto, Anton caía profundamente dormido al lado de Kristin, pero ella no podía dormir. Su mirada seguía observando el cálido rostro de Anton durante cada segundo, cada minuto y cada hora. Nunca antes se había sentido así de feliz.

No sé si tendré fuerzas para escribir todo esto que voy a contar, pero haré el intento. He comenzado a contaros mi historia y quiero hacerlo hasta el final.

Aterrizamos en Southampton el uno de agosto, pisando tierra inglesa de nuevo tras casi un mes en Nueva York. Kristin se había pasado casi todo el vuelo dormida excepto dos veces que tuvo que ir al servicio a vomitar. Simon y Anton estuvieron atentos a ella en todo momento. La querían tanto...

Al salir del aeropuerto, pedimos dos taxis que nos llevaron directamente al hospital. Una vez le dieron una habitación llamé a nuestros padres para que supieran que ya habíamos llegado y que estábamos en el hospital con una amiga. Pasaríamos todo el tiempo que hiciera falta con Kristin antes de ir a casa. El doctor de Kristin llegó enseguida y mandó llevarla a hacer un escáner urgente para ver cómo se encontraba el tumor.

Simon acababa de salir de hablar con el médico tras recibir los resultados

y en cuanto volvió a la sala de espera le preguntamos cómo se encontraba. Su cara le delató. No eran buenas noticias.

—El tumor se ha extendido al otro pulmón y a una parte del hígado —sus lágrimas cayeron por las mejillas al tiempo que las de Anton—. El médico dice que... —cogió aire para seguir hablando— puede que no pase de este día.

De pronto, Anton cerró los puños con fuerza. Se levantó y se encaró con Simon exclamando:

—Tendrías que haberla traído antes al hospital. ¡Maldita sea!

—¡Ella no quería! Por eso fuimos a Nueva York. No quería quedarse encerrada en un hospital.

Simon y Anton se miraban a los ojos, dolidos y llenos de rabia. El resto les mirábamos compungidos y, por varios segundos, permanecimos en silencio excepto Anton y Simon que sollozaban sin poder contener el llanto. Julia se acercó finalmente a su novio e intentó calmarlo pero fue en vano. Ni ella podía apaciguar aquel dolor insoportable. Mi hermana lloraba en silencio abrazada a Sebas, y Max me agarraba de la cintura. Al sentir su cabeza apoyada en mi hombro noté una ligera lágrima caer sobre mi piel. Nadie parecía poder retener la tristeza en aquel momento. Cinco minutos después, Simon anunciaba que se iba a la habitación a sentarse un rato con Kristin. Pero antes de que saliera de la sala de espera Sebas mencionó que debía comunicar a sus padres lo sucedido. Era la primera vez que hablábamos sobre su familia. Y todos nos sorprendimos con la áspera respuesta de Simon.

—¿Padres? ¡Nuestra madre murió en un accidente y nuestro padre es un alcohólico que apenas aparece por casa! ¡Jamás pudo retener un trabajo lo suficiente como para poder ahorrar algo de dinero! ¡Yo mismo tuve que pagar la quimio de Kristin con mis únicos ahorros! ¡A mi padre nunca le importó que Kristin enfermara! ¡No pienso avisarle! —sus lágrimas caían por sus mejillas mientras cerraba los puños con fuerza—. ¡Le odio!

No podíamos creerlo. ¿Cómo podría existir un padre así? De pronto, un médico aparecía por la puerta con seriedad en el rostro. Enseguida supimos lo que aquello significaba. Y como si a cámara lenta se tratara Anton cayó de rodillas al suelo mientras Simon empujaba al médico a un lado para salir hacia la habitación de Kristin. Llegó hasta la camilla y la zarandeó intentando que despertara mientras decía su nombre una y otra vez. El médico llegó a los pocos segundos y con ayuda de un par de enfermeras le agarraron de los

brazos para sacarle de la habitación. Fuimos todos hacia allí y tratamos de calmar a Simon.

—¿Podemos pasar a verla? Por favor... —suplicaba Anton al doctor.

El hombre de bata blanca asintió al ver que Simon se había calmado un tanto y nos dejó pasar a todos a la vez para verla una última vez antes de que se llevaran el cuerpo a las cámaras frigoríficas. Anton y Simon agarraron cada uno una mano. Entonces saqué del bolsillo algo que había traído conmigo desde que montamos en el avión.

—Chicos, tengo que leeros esto ahora que estamos todos aquí.

—¿Qué es? —preguntó Simon con mala cara.

—Una carta de Kristin. El día que os fuisteis a Boston me dijo que la escribiera y que la leyera cuando ya no estuviera con nosotros.

Todos aguardaron a que comenzara a leer así que tras aclararme la garganta empecé a leer en voz alta recordando la voz de Kristin el día en que me dictó aquellas palabras:

Chicos, chicas, no sé lo que se sentirá al morir pero os puedo decir lo que me gustaría sentir: a vosotros. Me gustaría sentirlos a cada uno de vosotros a mi lado porque sois lo que me ha dado fuerza para seguir adelante todo este verano.

Angélica... ¡Qué decir! Que me hubiera gustado haberte conocido antes y haberme llevado mejor contigo. Eres una gran persona y me alegro mucho de que estés con Sebas, te lo mereces. Nunca te lo dije pero te envidio por tener una hermana tan genial como la que tienes. Ambas sois auténticas.

Julia... Bueno, a ti quería pedirte perdón lo primero por mi comportamiento en el crucero. Sé que fui muy egoísta y debo admitir que solo pensaba en mí pero ha sido conocerte y arrepentirme totalmente de haberte hecho daño. Te deseo lo mejor al lado de mi hermano, me hubiera encantado tenerte de cuñada.

Sebas... A ti tampoco he podido conocerte a fondo pero si eres igual que tu hermano, seguro que eres genial. No, en serio, se ve que te preocupas por todos y eso hace ver lo especial que eres. Suerte con Angy. Espero que os vaya genial juntos.

Max... A ti quería pedirte perdón por todo lo que he hecho para intentar conseguirte. Finalmente me he dado cuenta de que yo no soy la persona que buscas y que solo he sido una molestia estos días. Te deseo de corazón que

encuentres a esa persona porque te mereces ser amado. Ojalá sea Anne, es buena chica y haríais una pareja estupenda. ¡Ahí lo dejo!

Anton... ¡Ay, mi niño! Te quiero con todo mi alma. Eres lo mejor que me ha pasado y me alegro muchísimo de haber hecho este viaje porque gracias a ello te he conocido y me he sentido querida y protegida gracias a ti. Sé que ha sido duro para ti pero no quiero que sufras por mí. Prométemelo. Tienes que sonreír porque tienes una sonrisa preciosa. Ah, y ya sabes ¿eh? No me olvides.

A mi Anne... Pues nada, que gracias por escribir esto que estoy contando porque yo no tendría fuerzas para ello. Me arrepiento mucho de no haber empezado con buen pie contigo pero mira ahora, somos uña y carne ¿no crees? Espero que no me olvides porque yo no te olvidaré. Has sido la única mejor amiga que he tenido.

Y por último... queda el mejor de todos. ¡Mi hermanito Simon! Te quiero muchísimo, gracias por sacarme de casa y llevarme de crucero. Gracias a ti he conocido a toda esta buena gente a la que jamás olvidaré. Sé que seguirás adelante con Julia y también sé que no me olvidarás porque me lo has prometido muchas veces. Jamás podré devolverte todo el apoyo que me has dado, sentimental y económicamente hablando. ¡Ah! Y cuida de papá, es la única familia que nos queda después de todo.

¡Os quiero!

Las últimas palabras se me trabaron al leerlas de tanto llorar. Me había emocionado al volver a leer la carta ahora desde mis propios labios y pude comprobar que no fui la única. Todos lloraban en silencio; un silencio incómodo, triste, apagado.

—Toma, quédatela tú —dije dirigiéndome a Simon—. Estoy segura de que Kris querría que la tuvieras.

Simon cogió la carta y dándome las gracias volví junto a Max para agarrar su mano.

Al día siguiente se celebraría el entierro en uno de los cementerios más grandes de Southampton. Al salir del hospital cerca de las ocho de la tarde invitamos a todos a nuestra casa para cenar. No podía pasar esa noche sin ellos. Además, Simon necesitaba nuestro cariño y atención. Les presentamos a nuestros padres que nos recibieron con un gran abrazo. Anton comenzó a llorar de nuevo durante la cena cuando tuvimos que contarles lo de Kristin. Menos

mal que el amor de una madre hace que todas tus penas desaparezcan en cuestión de segundos y eso fue lo que consoló a Anton, el abrazo de su propia madre, de la nuestra. La cena transcurrió tranquilamente mientras contábamos las anécdotas más divertidas, intentando no volver al tema de la enfermedad de Kristin y así relajar el ambiente. A la hora del postre se me ocurrió una idea.

—Mami, ¿pueden quedarse a dormir esta noche?

—Eh... Bueno...

—No se preocupe —se adelantó Simon—. Anne, de verdad, no es necesario.

—Por favor, mami —seguí insistiendo ignorando a Simon.

—Claro que pueden quedarse —dijo mi padre de pronto con una sonrisa y una mirada de entendimiento.

Me levanté corriendo a abrazarle y a darle las gracias. Mi casa no era muy grande pero eso era lo de menos, solo quería dormir junto a ellos esa noche, sobre todo dormir al lado de Max, al que necesitaba a mi lado como si de oxígeno se tratara.

A la mañana siguiente llamamos a un par de taxis que nos llevaron al cementerio indicado donde transportarían el cuerpo de Kristin para ser enterrada. Simon consiguió contactar con su padre que apareció en el cementerio a la hora indicada. Enseguida se llevó a la boca una petaca que guardaba en el bolsillo del pantalón. Amigos y vecinos de Kristin y Simon aparecieron también. El entierro dio comienzo a la hora exacta. Simon se arrodilló en el césped mirando por última vez como descendían el féretro e iba desapareciendo bajo tierra. Me dio rabia comprobar que el padre no derramaba ni una lágrima por su hija. ¿Es que acaso no sentía dolor? Aquel día entendí la razón por la que Simon y Kristin querían alejarse lo más posible de su casa. Era bastante triste la escena. Sin embargo, Simon tenía ahora una nueva familia junto a Julia y todos nosotros.

El verano se terminó, un verano más. Bueno, en realidad no. No fue un verano más. Fue el mejor verano de mi vida y a día de hoy lo sigue siendo.

Dos años después, al cumplir los veinte, me independicé con Max que gracias a su fama por la banda y gracias también a mis ahorros pudimos comprarnos una casita a las afueras de Southampton donde todo nuestro alrededor era campo. Sebas y Angélica son nuestros vecinos, les dimos envidia, y ahora es como si viviéramos juntos porque suelen pasarse en nuestra casa la mayor parte del tiempo y otras veces es al contrario. Pero no hay problema, estamos acostumbrados a convivir todos juntos y nos encanta. Simon no quiso seguir viviendo con su padre y en cuanto pudo se compró una casita en Winchester, un pueblo a veinte minutos del centro de Southampton. No quiso alejarse de nosotros porque aún seguían ensayando con la banda y tenían que verse a menudo. Patrick, su productor americano, no tuvo problema alguno para trasladarse a Londres y de este modo poder seguir trabajando juntos. <<Triunfareis con vuestra música y quiero formar parte de ello>>, les dijo el día que éstos le llamaron para preguntarle si quería seguir siendo su productor.

Sobre nuestro hermano Anton... Los primeros meses los pasó fatal, no hacía más que pasar horas en el cementerio visitando a Kris pero finalmente rehízo su vida con una chica que conoció en uno de los conciertos que dieron en Southampton. Y sí, he dejado a Julia para el final porque se merece un gran final. Los nueve meses de embarazo los pasó en casa de sus padres quienes al enterarse de la noticia no dudaron en apoyarla. Simon iba a recogerla los fines de semana para que los pasara junto a él en su casa. Y la noticia de que daba a luz nos llegó un veinte de marzo. Para nuestra sorpresa y la de ella... ¡Fueron mellizos! Una niña y un niño preciosos. Definitivamente habían salido a la madre porque tenían el pelo oscuro y los ojos verdes. La estupenda noticia nos llenó el corazón de felicidad a todos después de tanto tiempo sufriendo. Entre todos decidimos llamar a la niña Kristin, de este modo siempre estaría con nosotros de alguna manera y el niño se llama Maxi. Simon estuvo conforme con los nombres. Como bien dijo Max un día <<ya que Simon va a vivir con los peques, qué menos que el niño se llame como yo>>. Al nacer los pequeños, Julia se mudó con Simon a su casa en Winchester.

A día de hoy, cuatro años después de aquel inolvidable verano, estamos celebrando el cumpleaños de los mellizos ni más ni menos que en el piso de Nueva York recordando cada momento vivido allí dentro. Es la primera vez que volvemos desde aquel verano que tan lejano ya nos parece. Sin embargo, ninguno de nosotros está triste. Hoy deber ser un día feliz porque aunque nos

falte Kristin físicamente, no la hemos olvidado y la tenemos con nosotros en nuestros corazones. Sabemos que desde algún lugar ella también está observando cómo los peques de la familia han crecido y cómo hemos cumplido la promesa de no olvidarla. Anton ha invitado a su nueva chica a pasar estos días con nosotros y la verdad es que es una chica muy maja y nos recuerda bastante a Kris. Tienen un parecido espectacular y debe de ser por eso que Anton ha llegado a fijarse en ella entre tantas fans que hubo en aquel concierto donde se conocieron. Tener a Nayara (así se llama la chica) con nosotros es como tener un reflejo de Kris. Como si de alguna manera ella hubiera vuelto a través de otro cuerpo para no perderse este gran momento junto a Anton y sus seres queridos.

Bueno, creo haber oído mi nombre desde el comedor así que me despido ya. Los mellizos están a punto de soplar las velas y por nada del mundo querría perdermelo.

Hasta otra, querido diario.

Anne.

Agradecimientos

Antes que nada, gracias a ti por tener este libro en tus manos. Esta novela es mi segundo bebé, una historia que di mil y una vueltas hasta dejarla como yo quería. Espero que la disfrutéis tanto como yo al escribirla.

También dar las gracias a mi familia que me apoya desde el primer día, y a aquellas personitas que leen todo lo que escribo. Vosotras sabéis quiénes sois.

Y, por último, pero no por ello menos importante, gracias también a Roma García; creadora de esta portada y la de mi primer libro, Destinados. Además de ser la que ha maquetado sendos libros. Me alegra mucho haberte conocido en este mundo mágico de libros.